

ERICH VON
DÄNIKEN

La historia miente

Pruebas que muestran la
existencia de otro pasado

Prólogo de

JAVIER SIERRA *se*

¿Ha oído usted hablar del misterioso manuscrito Voynich cuya escritura aún hoy sigue sin ser descifrada? ¿Sabe que en el Libro de Enoch, un apócrifo del Antiguo Testamento, se habla de seres celestes que deciden bajar a la Tierra para mantener relaciones sexuales con las hijas de los hombres? ¿Sabe que en una cueva de Ecuador un sacerdote encontró un tesoro tan insólito como extraordinario respecto a lo que sabemos de nuestro pasado? ¿Sabe que las últimas investigaciones sobre las líneas de Nazca han aportado aún más interrogantes que respuestas?

Con nuevas investigaciones y datos sobre estos y otros temas igual de apasionantes, en esta nueva y polémica obra, Erich von Däniken continúa con su tarea de demostrar que en un pasado la Tierra fue visitada por seres de otro planeta y que hay muchos testimonios y pruebas que lo demuestran. Pruebas que, según von Däniken, han sido y son olvidadas cuando no ocultadas por la historia oficial, ¿por qué?

Con su estilo claro, directo, irónico y provocador von Däniken da una nueva vuelta de tuerca a sus hipótesis en esta obra apasionante logrando dejar en el aire una duda demoledora para nuestra visión del hombre y la historia.



Erich Von Däniken

La historia mente

ePub r1.1
XcUiDi 18.05.15

Título original: *History is wrong*
Erich Von Däniken, 2010
Traducción: Paloma Sánchez Criado

Editor digital: XcUiDi
Corrección de erratas: Mozartillo
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.



Prólogo

EL AMIGO DE ENOC.

JAVIER SIERRA.

DENTRO de tres o cuatro siglos libros, impresos como este se admirarán en una nueva clase de museos públicos: las bibliotecas. Estoy casi seguro de que solo entonces los estudiosos estarán en disposición de valorar un ensayo como *La Historia miente*. Y es que, créase o no, su autor es uno de esos polémicos escritores, aventureros y pensadores que ha redactado el conjunto de su obra —veintinueve libros hasta la fecha— teniendo su mente más puesta en el día de mañana que en el de hoy. Y por una razón: en el mundo que le ha tocado vivir, el peso de los dogmas religiosos nos ha oprimido de tal forma que nuestro apego a las creencias ha pesado siempre más que nuestra necesidad de saber. Nuestra civilización teme a la verdad. Es un hecho. Pero, sobre todo, teme a las ideas novedosas.

Muchas de las que expone en este libro se incubaron a finales de los años sesenta del siglo xx, cuando los Estados Unidos estaban a punto de poner un hombre en la Luna y los telediarios informaban constantemente de los progresos de la llamada «carrera espacial». Fue entonces cuando el autor de *Recuerdos del futuro*, *Regreso a las estrellas* o *El oro de los dioses* hizo algo que muchos aún no le perdonan: se atrevió a releer nuestro pasado en clave «tecnológica».

Con un desparpajo envidiable y sin complejo alguno, aseguraba que los rutilantes motores de propulsión nuclear, las escafandras de

visor tornasolado, los satélites geoestacionarios, las explosiones atómicas o las bases orbitales no eran un producto original de la ciencia moderna. Que bastaba con echar un vistazo a los textos sagrados para descubrir «naves espaciales» escondidas tras los *vimanas* de cinco mil años de antigüedad de los Vedas, e incluso tras la *Gloria de Yahvé* con la que Ezequiel se tropezó a orillas del río Kebar, en Babilonia, y que describió con esmero en el capítulo primero del libro veterotestamentario que lleva su nombre.

Däniken nunca ha ocultado que él es sólo un aficionado a la Historia. Un *amateur* sin prejuicios que se ha atrevido a traducir a lenguaje moderno las metáforas empleadas por nuestros antepasados para describir lo que su corto vocabulario no les permitía definir mejor. Admite haberse equivocado en ciertos detalles, pero no en su idea esencial. Desde su óptica, los carros voladores, las columnas de fuego, las zarzas ardientes, los rayos devastadores o los resplandores como cien mil soles de los que están preñados los libros santos cobran un sentido que trasciende a lo místico. Son, dice, alusiones a contactos —a veces, a encontronazos— con una tecnología superior de origen extraterrestre.

¿Podemos, entonces, reinterpretar nuestras *Biblias* para verlas como relatos fragmentarios de un *paleocontacto* olvidado con una civilización alienígena? Däniken lleva cuatro décadas pidiéndolo a gritos, con un entusiasmo conmovedor. Es de los pocos que ha hecho suya la máxima del autor de *2001: Una Odisea del Espacio*, Arthur C. Clarke, «cualquier tecnología superior es indistinguible de la magia», sin dejar que sus ideas se estanquen en lo anecdótico. Inspirado en el concepto judeocristiano de que Dios nos creó *a su imagen y semejanza*, ha propuesto incluso que aquellos dioses astronautas fueron los responsables de la «construcción» del ser humano. Que modificaron genéticamente ciertas especies animales para dotarnos de inteligencia, creando así una suerte de «esclavo» superior con el que dominar esta perla azul perdida en medio de la Galaxia.

Sus dioses-astronautas son, pues, desde su óptica, Dios mismo. O, al menos, el Dios de nuestros libros sagrados.

La polémica que levantan semejantes conceptos sigue hoy más que viva. Máxime en un tiempo en el que las ideas sobre la aparición del ser humano aún basculan entre creacionistas y defensores de un «diseño inteligente» de origen divino. Unos y otros prefieren ignorar que las fuentes en las que bebe Erich von Däniken para desarrollar sus ideas son impecables. El autor de *La Historia miente* se apoya en textos antiquísimos que toma al pie de la letra y que describen divinidades con atributos que parecen de ciencia-ficción. A esos textos milenarios no ha dudado en sumarles proezas arquitectónicas remotas e inexplicables —como las losas de Baalbek en Líbano, de dos mil toneladas, que nadie es capaz de mover hoy—, o figurillas de esos dioses que parecen sacadas de un catálogo de la NASA. En su defensa, Däniken argumenta que nada de eso se lo ha inventado él. Y tiene razón. Todo estaba ahí, delante de nuestros ojos, pero no nos habíamos fijado antes.

Ahora, tras cuatro décadas de éxitos editoriales ininterrumpidos, el autor de este libro —al que conozco y leo desde sus inicios— se ha visto abocado a proponer más argumentos para defender su hipótesis. Este libro forma parte de esa estrategia.

Después de exprimir hasta la extenuación las rarezas ocultas en la Biblia, el *Mahabharata* o el *Baghavad Gita* hindúes, la *Epopéya de Gilgamesh* sumeria y hasta el *Popol Vuh* maya, ha encontrado nuevos argumentos en legajos cada vez más raros y desconocidos. Uno de ellos es el *Libro de Enoc*, un texto precristiano en el que se detallan las incursiones de un grupo de ángeles a la Tierra, sus devaneos sexuales con las «hijas de los hombres» y el nacimiento de la estirpe de humanos maldita que pereció en el Diluvio. Su relato tiene al menos quince siglos de antigüedad, está narrado en una cautivadora primera persona y pertenece a un profeta que no conoció la muerte porque, según dejó escrito, fue arrebatado por uno de esos carros de los dioses y llevado a las moradas del Altísimo.

Enoc no es, contra lo que pueda parecer, un personaje totalmente nuevo en la trayectoria de Däniken. De hecho, ya le dedicó algunas páginas en su obra *Los ojos de la Esfinge* (1990), en las que llegó a llamarlo «mi amigo», lamentándose de que en el Antiguo Testamento solo lo cite de pasada. Enoc, según Däniken, es uno de los grandes incomprendidos de la Historia. Sus escritos narran proezas que solo suscitan incredulidad, como sus viajes a través de las dimensiones celestes. Pero lo cierto es que sus descripciones astronómicas abarcan cuestiones de mecánica cósmica impensables en su tiempo, como las órbitas del Sol y la Luna o la medición de los equinoccios. En 1999, sin ir más lejos, su libro fue objeto de un estudio científico por parte de dos masones de alto grado, Christopher Knight y Robert Lomas, que llegaron a la conclusión de que su remota «ciencia» remitía a efemérides de hacía diez mil años. En *Soñadores del Diluvio* (2001), Knight y Lomas afirmaron incluso que la civilización que tuvo esos conceptos astronómicos tan avanzados desapareció en pleno Holoceno porque uno o varios meteoritos impactaron en el planeta, provocando su práctica extinción. Sin embargo, nada dicen —porque no se atreven a jugarse su prestigio— del origen de esa ciencia.

Däniken, por supuesto, llena aquí esa laguna a su manera.

Estamos, pues, ante una obra para inconformistas sin prejuicios. Una especie de «mensaje en una botella» para gente con la mente abierta, dispuesta a escuchar pero no a creer. A comprobar antes de aceptar. Y siempre permeable a mutar sus certezas. Por eso algo me dice que los lectores que valorarán con justicia el trabajo de Erich von Däniken aún están por nacer.

Ojalá me equivoque y no descubran *La Historia miente* en uno de esos museos-biblioteca del siglo veinticuatro a los que parecen destinados los libros impresos.

1

LIBROS MISTERIOSOS

Mi pequeña encuesta duró tan solo unos pocos días. Comencé con mi esposa —la mejor de todas— y seguí trabajando en la oficina. A todos les planteé las mismas preguntas. Después llamé a algunos parientes y me atreví —lleno de valor— a dirigirme a personas totalmente desconocidas en un restaurante. «Disculpen, ¿puedo hacerles una pregunta?»; fui educado, y ellos también a pesar de que numerosos comensales fruncieron el ceño y se preguntaron: ¿Qué quiere? Al final había planteado las preguntas a cien personas; eso bastaba.

«¿Ustedes han oído hablar del Manuscrito de Voynich?»
«¿De qué?»

Apenas una de entre cien personas pudo responder algo cuando le sugerí las palabras «Manuscrito de Voynich», si bien las respuestas no fueron muy precisas. ¿No había salido algo recientemente en la revista alemana *PM-Magazin*? [1], ¿Voynich?, ¿algún código secreto de la Segunda Guerra Mundial?, ¿una asociación secreta? ¿Voynich?, ¿Voynich?

Mientras en internet aparecía un incontable número de páginas sobre el Manuscrito de Voynich, en www.voynich.nu se establecían

todas las conexiones transversales imaginables sobre el tema. Sobre el Manuscrito de Voynich aparecían cientos de ensayos de científicos y de personas aficionadas, además de libros, entre los que destacaba el de los británicos Kennedy y Churchill: *El Código Voynich* [2]. Este contiene toda la historia del enigmático y disparatado manuscrito, e incluso las especulaciones e intentos de desciframiento.

De hecho, se ha escrito de todo sobre el manuscrito y no tiene mucho sentido repetir lo que otros investigaron. Sin embargo, en el mapa mundial del conocimiento aún queda mucha *terra incognita* por explorar; muchas relaciones cruzadas que no encontré en la literatura sobre el Manuscrito Voynich. Creemos que siempre pensamos de forma lógica y que estamos bien informados; en realidad, somos versos de un libro gigante, del que desconocemos las primeras cuatro mil páginas. Ahora vivimos en una de las páginas del libro; de la totalidad de la composición ni intuimos el vocabulario, ni el alfabeto. El raciocinio del presente no tolera al del pasado. Y con esto me refiero a las personas que han seguido siendo inteligentes incluso cuando se volvieron académicas. Mis lectores, así como las cien personas a las que dirigí mi encuesta, no deberían pasar esto por alto.

El 31 de noviembre de 1865 la señora Wojnicz dio a luz a un chico en el pueblo de Telschi, cerca de la ciudad de Kowno, en Lituania. Probablemente su nombre fuera Michal, después se convirtió en Michael y más tarde se añadió el nombre de Wilfried. El padre de Wilfried tenía un puesto en el gobierno local. Después de la enseñanza básica, el joven Wilfried estudió Química en la Universidad de Moscú y se formó hasta convertirse en boticario. Se implicó políticamente en el movimiento nacional de Polonia que defendía la liberación del país de la dominación rusa. Se unió a un grupo de jóvenes activistas que intentaban salvar a dos compañeros de la ejecución. Esto los llevó en 1885 a la cárcel y Wilfried, que entonces tenía veinte años, acabó en un pequeño calabozo individual en la prisión de Varsovia. En el verano de 1887, Wilfried

tendría que haber sido deportado a Siberia, pero, de algún modo, consiguió escaparse —nadie sabe de qué manera— y tres años más tarde apareció en Londres.

En las afueras de Londres, en Chiswick, halló a un grupo de fanáticos entre las que había ingleses y rusos en el exilio que se oponían al Imperio zarista y que publicaban una revista llamada *Free Russia*. Wilfried Voynich se dedicó a vender la revista revolucionaria en la calle y, con ayuda de su amiga Ethel Boole, llegó a convertirse en dueño de una pequeña librería. En septiembre de 1902 Ethel y Wilfried se casaron; no necesariamente por amor, sino porque Wilfried quería obtener la nacionalidad británica y esta solo la conseguiría si se casaba con una inglesa.

Wilfried Voynich llevó una vida emocionante con muchos altibajos y siempre anduvo justo de dinero. El matrimonio Voynich hacía contrabando con libros prohibidos que enviaba a Rusia. Como consecuencia de ello, el temor constante de Wilfried era convertirse en víctima de ataques políticos y, por eso, cambiaba su nombre de forma esporádica, dependiendo del país donde se encontrara. Wilfried abrió una librería en Londres y empezó a hacer acopio de antiguos manuscritos y libros. Su tienda pronto empezó a parecer un caos indescriptible de manuscritos exóticos e impresiones de diferentes siglos. Wilfried Voynich contaba en persona que él mismo había descubierto el «libro más extraño del mundo» en un viejo castillo del Sur de Europa en el año 1912 [3]. Allí, dentro de un arcón, se encontraba un manuscrito coloreado del que nadie se había preocupado. Toda la obra se hallaba garabateada sobre pergamino y estaba provista de incontables dibujos a color; y Wilfried supuso inmediatamente que debía de tratarse de un escrito de la segunda mitad del siglo XIII. Desde entonces esta obra ilegible recibe el nombre de «El Manuscrito de Voynich».

Como se reveló después de la muerte de Wilfried Voynich (murió el 19 de marzo de 1931), su declaración de haber encontrado el manuscrito en un «viejo castillo» resultó ser una mentira. Lo cierto es que Wilfried había escrito un testamento por el cual dejaba a su

mujer, Ethel, y a su secretaria, Anne Nill, «El Manuscrito Voynich» en herencia. Tras la muerte de Ethel, el manuscrito pasó a manos de Anne Nill; esta última confesó en una carta que debía hacerse pública solo después de su muerte que Wilfried había encontrado el misterioso manuscrito en el año 1912 en el colegio jesuita de Frascati (Italia), en la Villa Mondragone. Esta villa, antaño una institución educativa de los jesuitas, albergaba una colección considerable de escritos antiguos del *Collegium Romanum*. En el año 1879 los jesuitas temieron que los soldados de Víctor Manuel pudieran saquear la biblioteca y así enriquecerse a costa de ella. De esta forma, la biblioteca acabó en la Villa Mondragone en Frascati, al norte de Roma. Allí fue donde Wilfried Voynich registró el interior del arcón hasta hallar el «Manuscrito Voynich». Por aquel entonces, los jesuitas necesitaban dinero para restaurar su villa, la cual se encontraba en ruinas. Los padres ofrecieron al astuto librero de Londres una gran cantidad de escritos amarilleados por el tiempo parecidos al manuscrito. Voynich compró 30 tomos viejos, y los jesuitas no se dieron cuenta del tesoro que Wilfried les estaba arrebatando.

A un librero como Wilfried Voynich, experto en textos antiguos, se le debieron salir los ojos de las órbitas al encontrar los pergaminos tan coloridos y curiosos en aquel arcón. Sin embargo, lo que debió de sobresaltarle más fue la carta que había en el interior de la funda que recubría el pergamino. Esta carta, escrita en latín, procedía de un señor llamado Johannes Marcus Marci von Cronland de Praga y databa del 19 de agosto de 1666; estaba dirigida a su amigo Athanasius Kirchner y en ella Marci daba cuenta de que le enviaba una obra que nadie podría leer. Si había alguien que pudiera llegar a descifrarla ese era únicamente Athanasius. Marci escribía lo siguiente sobre el origen del ilegible manuscrito [4]:

«El doctor Rafael, un profesor de lengua bohemia, de la corte de Fernando III, entonces Rey de los Bohemios, me explicó que el libro había pertenecido al emperador Rodolfo, el cual pagó al portador del manuscrito 600 ducados. El emperador cree que el autor de la obra es Roger Bacon».

Con esta información la historia se vuelve más complicada.

Coronado en 1576, el emperador Rodolfo II era un melancólico, atormentado por la dudas sobre sí mismo y las alucinaciones. Le gustaba escuchar a los astrólogos y a los magos e incluso los apoyaba económicamente. Entonces Praga, la capital y residencia de Rodolfo, era un lugar lleno de sociedades secretas, alquimistas y ocultistas. Praga en la ciudad de el Golem, el hombre artificial, y el Apocalipsis, que seguía a los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento, era el tema de cada día. El Manuscrito Voynich hubiera cuadrado perfectamente con aquel tiempo anterior al comienzo de la Guerra de los Treinta Años y con la corte de Rodolfo II. Desafortunadamente, Marci explicaba en su carta a Athanasius que el emperador Rodolfo atribuía la obra a Roger Bacon.

Esta importante pista debió de haber puesto los pelos de punta a Wilfried, ya que Roger Bacon, cuya fecha de nacimiento es desconocida y la fecha de su muerte fue en 1294, había sido un genio universal. Bacon había estudiado en Oxford y daba clases de filosofía en París. Fue el autor de numerosas obras muy voluminosas como *Opus maius*, *Opus minus*, *Opus tertium* y numerosas enciclopedias fantásticas. Bacon fue un adelantado a su tiempo; escribió sobre los barcos del futuro en los que ya no haría falta remar y que podrían ser manejados por un solo hombre, o sobre carros de combate que se moverían solos con una fuerza increíble. Incluso en 1256 ya sabía que existirían artefactos para volar [5]:

Se podrían fabricar artefactos para volar (instrumenta volandi)... ya han sido contruidos y es sabido que existe un aparato para volar.

Bacon, que también criticaba a la autoridad moral de la Iglesia, vivió en una época difícil. Después de su última obra, el *Compendium studii Theologiae*, Bacon fue nombrado *doctor mirabilis* por logros científicos. Aparentemente para tratar de amoldarse a su época se adhirió a la orden franciscana, sin

embargo, pronto tuvo malentendidos con su superior e incluso tuvo que cumplir encierro monacal.

¿Se supone que el mismo Roger Bacon fue el autor del Manuscrito Voynich? Faltan pruebas de ello, pero tampoco se puede descartar totalmente. Un libro de la envergadura del Manuscrito Voynich probablemente hubiera sobrepasado incluso a Roger Bacon. A fin de cuentas, se trata de una escritura totalmente nueva que se burla de cualquier lógica con coloridos dibujos de plantas y artefactos que no existen en ningún lugar de la Tierra. Por otra parte Roger Bacon debería de haber tenido acceso a escrituras muy antiguas, si no, no hubiera podido dar detalle alguno sobre aparatos antiguos de vuelo en su opúsculo *Obras secretas de la naturaleza y el arte* [5]. En escritos antiguos se describen exactamente ese tipo de artefactos para volar.

Se cuenta en los anales que el soberano chino Ch'eng T'ang había poseído «carros volantes» [6], que no procedían de su propio taller sino de un pueblo lejano llamado Chi Kung. Este pueblo vivió a una distancia de 40 000 Li^[1] (más allá de la Puerta de Jade). Dondequiera que eso estuviere, era una distancia enorme, ya que el «Li» correspondía a 644,40 metros según la antigua medida. Entonces, 40 000 Li serían aproximadamente 25 000 kilómetros. Sobre aquel pueblo se escribió literalmente:

También pueden fabricar carros volantes que pueden recorrer grandes distancias si el viento es propicio. En el tiempo de T'ang (en torno al año 1760 a. C.) el viento del Oeste trajo consigo un carro parecido hasta Jütschou (Honan), el cual fue destruido por T'ang sin saber que el pueblo le estaba viendo.

El cronista chino Kuo p'o (270-324 d. C.) continuó con los anales de sus antepasados y escribió: Asombrosos son los hábiles trabajos del pueblo Chi Kung. Unidos al viento, se rompieron los sesos para inventar un carro volante que elevándose y descendiendo, según el camino que siguiera, traía invitados a T'ang.

De esas máquinas para volar, que hoy nos parecen muy actuales, existen dibujos y pinturas. El emperador Ch'eng T'ang escondió esos antiguos aviones de la mirada de sus súbditos. El ingeniero jefe del emperador consiguió incluso construir un carro a

imagen y semejanza del carro de la Osa Mayor. Más tarde, el monstruo volador fue destruido para guardar para siempre el secreto. ¡El desarme en la China antigua! En su obra *Schang hai tisching*, el cronista Kuo p'o relata diferentes sucesos de aquella época [7]. Entre ellos no solo se describen artefactos voladores sino también discos volantes.

El pequeño rodeo que he dado comentando aspectos de las posibilidades de vuelo en la Antigüedad tiene un motivo. ¿Conocía Roger Bacon este tipo de textos? Los lectores de mis libros saben que los carros volantes son parte fundamental de infinidad de relatos. Sin embargo, nadie les presta atención. El rey indio Rumanvat, que reinó en algún momento hace siglos, mandó construir incluso un barco espacial, en el que podrían ser transportados varios grupos de personas de una sola vez [7].

En los poemas epopéyicos *Ramayana* y *Mahabharata* hay aproximadamente 50 pasajes en los que sin ningún tipo de tapujos se habla sobre máquinas volantes [9]. ¡Y... y... y...! Aquel que no conozca los textos de la Edad Media que hablan de posibilidades de vuelo debería callar. A mí me parece que Roger Bacon debió de haber conocido, al menos, algunas fuentes antiguas —por eso no permaneció en silencio.

Con las tradiciones orales de épocas muy lejanas tenemos un verdadero problema (¡uno de tantos!).

Pocas personas conocen estos textos; a eso se le suma que miles de libros antiguos ya no existen. En el año 47 a. C. y nuevamente en el año 391 de nuestra era la Biblioteca de Alejandría fue pasto de las llamas. Lo mismo sucedió con la de Jerusalén, Pérgamo y el resto de ciudades en las que las guerras hicieron estragos. Y cuando, en nombre de la cruz, fue conquistada Centroamérica, los monjes quemaron con gran fervor miles de manuscritos de los mayas y los aztecas. ¡Todo el conocimiento de la Antigüedad perdido! ¿Dónde están los textos originales de Enoc, Salomón, Manetón?, ¿dónde quedaron las obras originales sobre Atlantis? El punto de partida que he elegido en el abismo del tiempo

revela que la nuestra es una sociedad desangrada y desconocedora que juzga como si supiera algo.

Después de su emocionante descubrimiento en el arcón de la Villa Mondragone en Frascati en noviembre de 1914, Wilfried Voynich viajó a Estados Unidos. Allí abrió un anticuario y dio conferencias en círculos públicos y privados. Consiguió impresionar al profesor William R. Newbold, de la Universidad de Pensilvania, con su manuscrito, y este último comenzó con el desciframiento en 1919, a pesar de que solo tenía a su disposición algunas páginas del Manuscrito Voynich. Pronto, el profesor Newbold creyó que el Manuscrito Voynich contenía letras microscópicas que solo se harían visibles mediante una lente de aumento potente. En una ponencia que dio en abril de 1921, Newbold aseguró que podía traducir el inaccesible texto. Desgraciadamente, Newbold también creyó que el manuscrito había sido escrito por la pluma de Roger Bacon. Diez años después, quedó demostrado que el intento de desciframiento del texto del profesor Newbold había fracasado definitivamente. En el Manuscrito Voynich no existen microletras y la traducción de Newbold resultó ser un castillo en el aire; el deseo de un académico al que le hubiera gustado escribir historias.

Wilfried Voynich necesitaba dinero con urgencia. Él mismo había fijado el precio del manuscrito en 160 000 dólares y se negaba a bajar aquella cantidad. Ahora se encontraba rodeado de una pila de pergaminos coloridos que nadie podía leer y nadie quería comprar. Un manuscrito con una cubierta en blanco al que le faltaba un título y un autor. Cuando Wilfried murió en 1931 aún no había nadie que quisiera comprar el libro. Como hemos dicho el manuscrito pasó en herencia a su mujer Ethel y a su secretaria Anne Nill. Cuando su mujer murió, Anne Nill consiguió venderle el Manuscrito Voynich por 24,500 dólares a Hanspeter Kraus, un librero de Nueva York. Inmediatamente, Kraus volvió a fijar el precio en la cantidad que Wilfried había estimado al principio (160 000 dólares) y lo mantuvo siempre. En 1969 Hanspeter Kraus legó el Manuscrito Voynich a la Universidad de Yale. Allí se encuentra hasta hoy en la *Beinecke*

Rare Book and Manuscript Library^[2] catalogado bajo el número «MS 408».

Desde hace casi ochenta años, numerosos especialistas en lenguajes secretos están tratando de descifrar el Manuscrito Voynich. Entre ellos se encuentran criptógrafos muy notables que, por lo general, consiguen desentrañar el significado de los códigos más complicados. Los expertos están analizando la frecuencia con la que aparecen los signos, los comparan con escrituras del siglo XIII o intentan separar vocales de consonantes. El periodista científico Llull Culpe escribió sobre el último intento de desciframiento en el periódico *Die Welt*. El científico británico Gordon Rugg se sirvió de una técnica de codificación del siglo XVI. Para ello utilizó una cuadrícula de 40 filas horizontales y 39 filas verticales en las que iba colocando los signos Voynich. Al final se utilizó una plantilla con tres agujeros colocada sobre el texto y que se podía ir desplazando de un lado a otro del texto. El fruto de aquello fue un galimatías ininteligible pero que conservaba la misma estructura interna del texto original.

El Manuscrito Voynich no solo contiene sílabas sin sentido o «letras», también tiene dibujos a color que están situados a la izquierda y a la derecha de las páginas del pergamino, muy a menudo encima del texto o incluso insertos en él; de forma que puede parecer que el texto es un comentario de los dibujos. Por este motivo, los expertos debieron preguntarse: ¿es todo inventado?, ¿todo es falso, son todo fantasías iguales al resto de las que surgen en cada siglo en cualquier clínica psiquiátrica? Los británicos Kennedy y Churchill siguieron la pista de todas las ideas sobre la posible falsificación y escribieron un libro fabuloso, pero no encontraron una respuesta convincente.

¿No fue todo más que una ilusión religiosa, una visión garabateada por un loco sobre un pergamino en su celda? Se conocen ejemplos similares. En algún momento algún genio loco pudo decirse a sí mismo: ahora dejaré a los investigadores del futuro algo que no podrán entender. ¿Se esconde detrás del autor la

figura de Roger Bacon con sus increíbles conocimientos sobre épocas pasadas?

Bacon debió de haber tenido diversos motivos para plasmar su conocimiento en un texto secreto y evitar que el clero fuera tras él. Por otra parte, él no hubiera producido algo indescifrable. A él le bastaba con que, desde aquellos que le criticaban hasta el Papa, nadie pudiera leer el texto codificado. Para ello, en el texto tenía que haber un sistema oculto. Nuestros criptógrafos descifran todos los códigos secretos, y mucho más en la era de los ordenadores. El Manuscrito Voynich carece de este tipo de lógica. O tal vez Roger Bacon copiara un alfabeto mucho más antiguo para crear el Manuscrito Voynich sin ni tan siquiera entender su significado. ¿El contenido y las imágenes son la invención de un oculista para estafarle a Rodolfo II 600 ducados? En aquella época esto pudiera haber sido probable. O —última opción— ¿es Wilfried Voynich el falsificador de la obra? Según se ha demostrado, Wilfried se daba a la buena vida y siempre necesitaba dinero. Un contemporáneo suyo lo describe como «capaz y dinámico pero insoportablemente grosero y prepotente» [10]. A pesar de todo, no es plausible que el falsificador sea Voynich, ya que, definitivamente, el manuscrito existía ya antes de 1887.

¿Para qué existen sistemas de datación modernos? El Manuscrito Voynich está compuesto de un pergamino y en él se encuentran dibujos y garabatos. La base y los colores están hechos de materiales orgánicos y sobre ellos se puede hacer la prueba del carbono 14. Durante esta prueba se calcula la vida media de los isótopos de carbono. Estos isótopos se descomponen. Después de 5600 años solo se puede encontrar la mitad de los isótopos de carbono 14 que había inicialmente; después de 11 200 años solo un cuarto, y así sucesivamente. El método no es infalible, porque parte de que la cantidad de carbono 14 en la atmósfera ya se ha reducido. Sin embargo, esta cantidad podría presentar variaciones. Por este motivo, cuando se aplica sobre un objeto que tiene pocos siglos de antigüedad, la prueba de carbono 14 no aporta datos muy fiables. Y,

a fin de cuentas, la propietaria actual del Manuscrito Voynich, la Universidad de Yale, hasta ahora se ha negado en rotundo a permitir la realización de la prueba de carbono 14 sobre el manuscrito; y tiene un buen motivo para ello. Resulta que Yale adquirió en 1965 el llamado mapa de Vinland. Se trata de unos pergaminos en los que está señalada una tierra al oeste de Terranova. Con estos pergaminos los vikingos podrían haber encontrado Norteamérica. En 1965, al analizar la tinta del mapa de Vinland, se encontró un elemento químico cuya aparición, sin embargo, data del siglo xx. Por este motivo, el mapa debía ser una falsificación. En los nuevos experimentos que se prolongaron hasta el año 1995 se obtuvieron resultados diversos que apuntaban a dataciones controvertidas. La controversia no ha cesado hasta hoy. Este es el motivo por el que la Universidad de Yale se niega a datar el Manuscrito Voynich mediante la prueba del carbono 14.

Incluso si es posible datar el manuscrito, no se puede dejar a un lado el debate, ya que al final vuelve a aparecer la pregunta de cuál es el origen de su contenido. Para que nos entendamos: por ejemplo, todos los cristianos creyentes están convencidos de que la Biblia contiene la palabra de Dios; y en el caso de los Evangelios del Nuevo Testamento predomina la creencia popular de que los que acompañaban a Jesús de Nazaret habían ido apuntando las palabras y enseñanzas de su maestro, por así decirlo, que habían ido escribiendo una crónica de forma dinámica. A esta crónica se le atribuyó la calidad de «texto primigenio».

Y, de hecho, no es cierto todo lo que aparece en dicho texto. Ni siquiera existen esos textos primigenios tan fecundos para la teología y que tanto esfuerzo costó escribir. ¿De qué disponemos? De copias que, sin excepción, se originaron entre los siglos iv y x después de Cristo. Y estas, aproximadamente, 1500 copias provienen por su parte de copias de copias, y ni una sola copia coincide con el resto. Se han contado alrededor de 80 000 versiones (¡ochenta mil!). No hay ni una sola página de estos supuestos «textos primigenios» en la que no aparezcan contradicciones. De

copia a copia los diferentes escribas interpretaron el texto de forma diferente y lo adaptaron a sus épocas. Este «texto primigenio» bíblico está rebotante de miles y miles de errores que se pueden demostrar con facilidad. El «texto primigenio» más conocido, el *Codex Sinaiticus* —que como el *Codex Vaticanus* es originario del siglo IX—, fue encontrado en 1844 en un monasterio del Sinaí. Este contiene no menos de 16 000 correcciones (¡dieciséis mil!) realizadas, como poco, por seis correctores. Algunos pasajes fueron sustituidos varias veces y suplantados por un nuevo «texto primigenio». Solamente el profesor Friedrich Delitzsch, uno de los mejores expertos en la materia, encontró en el «texto primigenio» 3000 fallos de elaboración [11].

¿Y, esto qué tiene que ver con el Manuscrito Voynich? Partiendo de que sus textos y dibujos fueran verdaderamente antiguos, el contenido pudo ser copiado a nuevos pergaminos —sin realizar modificaciones como en el caso de los «textos primigenios» bíblicos —, debido a que esta vez nadie entendió nada de la totalidad de su contenido y que no había nada que corregir o que adaptar a la época del momento. Se podría haber creído en una escritura santa o en una tradición importante solo entendible por los ilustrados en un futuro lejano. Al meticoloso copista solo le pareció importante conservar el inmemorial contenido sin alterarlo y trasladarlo a las siguientes generaciones, ya que aquella escritura estaba carcomida por las polillas y se iba a pudrir. En tal caso, el manuscrito no tendría autor. Incluso en caso de que los pergaminos y la tinta del Manuscrito Voynich ya tuvieran doscientos años, seguimos sin saber cuán antiguo es el contenido original. Si bien podría ser que después de un desciframiento con éxito, de pronto, se descubriera una puerta a conocimientos pretéritos que cambiaran el mundo. David Kahn, un especialista norteamericano en escrituras secretas, vaticinó una vez: «El Manuscrito Voynich podría ser una bomba que explotara el día en que se consiguiera descifrarlo» [12].

Por el momento, no se puede decir nada del contenido del Manuscrito Voynich, ya que nadie lo conoce. Sin embargo, de los

dibujos y los signos sí: *grosso modo* se pueden dividir vagamente en la siguiente clasificación que sigue:

En las páginas 2 a 66 aparecen dibujadas plantas junto con sus flores y nudos de raíces desconcertantes; todos ellos siempre acompañados de un texto.

A continuación aparecen en las páginas a color 67 a 73 ilustraciones de astronomía entre las que se encuentran estrellas, el Sol, la Luna, posiblemente signos del Zodiaco y mujeres desnudas sentadas sobre tinajas o que emergen de recipientes parecidos.

Las siguientes diez páginas no nos dicen mucho a las personas de ahora, ya que a nuestros ojos no tienen sentido alguno. No consigo liberarme de la visión profana cuando me refiero a estos como «baños saludables» o a «fuentes de rejuvenecimiento», ya que de las mujeres dibujadas emanan unos líquidos de colores. El resto es una maraña absolutamente desconcertante de estrellas de diferentes tamaños y colores, y entre ellas, cosas como amuletos y flores brillantes. Treinta y tres páginas solamente tienen letras, en los que las líneas se suceden unas a otras.

El manuscrito completo se compone de pergaminos de tamaños diferentes; la mayoría tienen un formato de 23 por 15 centímetros. Curiosamente, las páginas están numeradas con números que podrían corresponder con la escritura del siglo XVI. Quienquiera que fuese el autor o el copista, conocía muy bien las claves de su época. La curvatura y los trazos, las rúbricas con un estilo muy parecido al estenográfico; la «g» y la «o» con forma de rosquillas, no comparables con los alfabetos griego antiguo, latino o cirílico. Y, sin embargo, me sobrecoge la intuición de haber visto algo parecido en la otra punta del mundo. La historia da muchas vueltas y quizá mis comentarios podrían ayudar a los criptógrafos a descifrar el jeroglífico.

En Ecuador, el caluroso país situado justo debajo del Ecuador de América del Sur, se encuentra la ciudad de Cuenca. Allí hay una iglesia con el nombre de María Auxiliadora. Allí, el padre Carlo Crespi se ocupó de la comunidad católica durante cincuenta años.

Con su conducta se ganó la confianza de los indios e incluso, en vida, la población de Cuenca lo consideró santo. Entretanto, el padre Crespi ha muerto y los habitantes le han hecho una estatua que hasta hoy, día tras día, es adornada por ellos con flores frescas. ¿Qué tenía de especial este padre? Que escuchaba con atención a los indios durante horas, días; se ganó su afecto y les ayudó en todas las situaciones posibles.

Los indios quisieron corresponderle y regalaron al benevolente padre obras de arte sagradas (que no olían a perfume precisamente) que sus familias habían escondido de los blancos durante siglos. El padre Crespi colgó estas obras de arte primeramente en las paredes del patio y, cuando fueron aumentado, las amontonó en un cobertizo en la parte trasera de la iglesia. Sin embargo, la cantidad de obras siguió creciendo y el padre Crespi abrió otras dos salas en las que yacen apiladas las cosas más sorprendentes que nunca he visto, unas encima de las otras. La ciencia nunca se ha interesado por los tesoros del padre Crespi; cree que se trata de falsificaciones de la Edad Moderna. Puede ser que algunas de las planchas, figuras y estelas procedan del siglo pasado; otras puede que no. Desde la conquista española todos los indios fueron cristianizados, sin embargo, en ninguna de las obras hay un solo signo cristiano. Ni una cruz, ni una Virgen, ningún Niño Jesús, ni ninguna frase bíblica. El estilo pictórico al que nos enfrentamos proviene de una época precristiana. Las caras sobre las planchas de metal son inusitadas; el estilo y los incontables símbolos no cuadran con ningún periodo de la historia del arte conocido. A menudo, las planchas de metal grabadas son tan complejas y están provistas de innumerables dibujos en miniatura que uno quiere creer que pertenecen a una escuela de arte propia.

Allí están colocadas sobre el suelo las planchas de metal y nadie repara en ellas. Su abundancia desconcertante sorprende en cada una de las composiciones pictóricas que rebosan en ellas. Caras con coronas en forma de sol, cabezas como las de las jirafas con rayos, caras parecidas a las de los monos, angustiadas, de las que

crecen serpientes que se entrelazan entre sí. En resumen: demasiados detalles como para tratarse de simples falsificaciones, y demasiado conocimiento de fondo como para haber sido pintado simplemente por un loco. Una de las planchas de oro muestra unas estrellas en el margen superior, a la izquierda y a la derecha, además de un ser con un estómago abultado y una cola de serpiente. También se ve un animalillo parecido a una rata, un hombre con cota de malla cuyo casco parece adherido a él, una figura triangular cuyo estómago está agujereado y en el otro margen una cabeza que desprende rayos. Finalmente, caras, espirales, pájaros, serpientes y en medio de todo, algo parecido a una flecha que señala hacia abajo. Un caos semejante al del Manuscrito Voynich. No sirve considerarlo una copia. No obstante, esto solo es el comienzo y quizá nos acerquemos de verdad al enigma de Voynich.



Entre las piedras aparecen algunos grabados.



Más curiosas piezas de la colección Crespi.



Figuras humanas y animales amontonadas sin orden alguno.

El padre Carlo Crespi no era cualquier personaje de aventuras advenedizo; era muy espiritual y los indios le contaron que sus tesoros provenían de unos lugares secretos de sus antepasados. ¿Por qué los indios iban a querer engañarlo, a quien tanto estimaban y querían? ¿Por qué, entonces, iban a estafarlo?, ¿por qué iban a querer venderle semejantes disparates? Me siento agradecido por haber conseguido tomar fotos de su colección cuando él vivía. Sobre el material de estas obras de arte inigualables se puede discutir. El mismo Crespi creía que detrás de las planchas doradas había, precisamente, oro. Por ello, hay que saber que ya las tribus preincaicas dominaban unas técnicas de

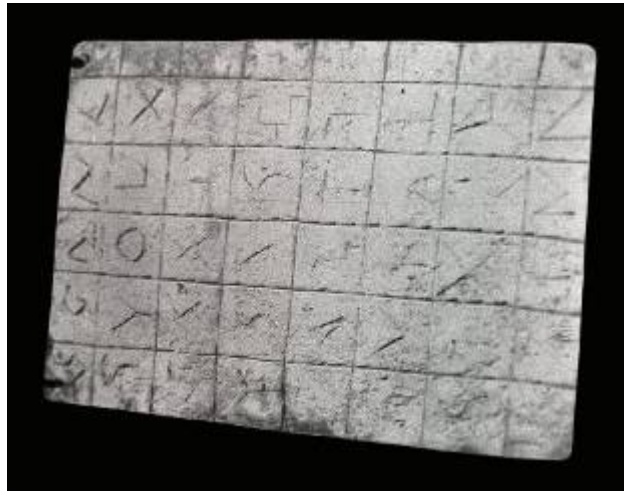
fundición y aleación de los metales que nunca volvieron a conseguirse [13]. Para desarrollar sus técnicas de fundición y revestimiento con oro mezclaban 50 por 100 de cobre, 25 por 100 de plata y 25 por 100 de oro. El color exterior dorado no revela nada sobre la verdadera proporción de oro. Los incas podían fabricar revestimientos de oro que solo tenían medio micrómetro y que incluso en una fotografía no se puede ver a menos que la imagen se aumente cien veces. Dominaban la técnica de dar apariencia de metal noble a todos los metales con una calidad menor.

Si se calienta una chapa de cobre y plata, o también una de cobre y oro, se observa cómo la superficie del metal noble se va enriqueciendo poco a poco mientras que el cobre se va perdiendo lentamente por oxidación. Al final, la superficie tiene apariencia de oro puro. Si la aleación contiene también plata, entonces la superficie de los dos metales nobles se enriquecerá. Esta empieza a ponerse de color plateado claro y después empieza a brillar con un amarillo pálido. Parece que estos artistas desconocidos recubrían intencionadamente sus mensajes con una fina capa de metal noble para que perduraran durante siglos. La colección de Crespi no debería ocupar un cajón olvidado como el que ocupa el Manuscrito Voynich.

Hace treinta y cinco años fotografié en ese cuarto de Carlo Crespi los objetos más increíbles. Allí había un disco de 22 centímetros de diámetro. En él se mostraban espermatozoides estilizados, soles sonrientes, una luna menguante, una gran estrella y la cara de un hombre cuadrada.

Había también una pirámide en cuyos lados, izquierdo y derecho, aparecían gatos que la franqueaban. Del cielo surgían serpientes, sobre la pirámide un sol y, a ambos lados de este, cuatro y cinco espirales. En la base de la pirámide se ve claramente una inscripción —signos que ninguna persona ha podido descifrar nunca—; a la derecha e izquierda, fuera de la pirámide, un par de elefantes. ¡Por todos los cielos! Ni antes de los incas, ni después, hubo nunca elefantes en América del Sur. En México se

desenterraron unos huesos de elefante que deben de tener más de 12 000 años. En una gargantilla dorada encontré una inscripción parecida que se repetía dieciséis veces ordenada en un cuadrado. Las fotos dan prueba de ello.



¿Quién grabo estos símbolos?

El mejor objeto que Crespi me enseñó, y que por lo que él creía provenía de una biblioteca de metal subterránea, sobre la que hablaré en el siguiente capítulo, fue una plancha de oro con 56 cuadrados. En la plancha había dibujadas catorce líneas, en cada línea había cuatro cuadrados y en cada cuadrado una inscripción estampada. Algunos de estos signos sorprendentemente son iguales a algunos del Manuscrito Voynich. ¿Podría ser esta plancha de la colección de Crespi la Piedra Rosetta que sirva para descifrar el Manuscrito Voynich? Yo tengo tan poca idea como ustedes, queridos lectores, pero sé con seguridad que hace siglos existían otras escrituras que no están registradas en ninguna biblioteca y que fueron traídas a la Tierra por extraterrestres. Esas escrituras contradecirían a toda lógica terrestre, a la simetría de cualquier alfabeto y podrían ser traducidas, en el mejor de los casos, si se contara con la cantidad suficiente de material comparativo. ¿Escrituras de los extraterrestres?, ¿traídas desde lejos?, ¿cuándo aparecieron?, ¿cómo?, ¿con qué medios viajaron los extraterrestres años luz y, si este fue el caso, qué buscaban en la Tierra? ¿Y, ahora,

además, se trata de escrituras? ¡Menuda afirmación! ¿Cómo pretenden ocultar algo así? Precisamente, sobre algunas escrituras de extraterrestres existen relatos. Aquí está una recopilación de ellos.

Platón, en su diálogo con Fedro, cita uno de estos relatos, el cual había llegado a conocer a través de su colega Sócrates [14]:

Uno de los antiguos dioses de Egipto estuvo en Naukratis, el mismo a que está consagrado el pájaro que los egipcios llamaban Ibis. Sin embargo, el nombre del dios era Thot. Este había inventado los números y el cálculo, la geometría y la astronomía, además de los juegos de mesa y de dados, y al final también la escritura...

El dios Thot le confió la escritura al faraón con las siguientes palabras:

¡Oh rey!, esta invención hará a los egipcios más sabios y servirá a su memoria; he descubierto un remedio contra la dificultad de aprender y recordar.

El faraón no estuvo de acuerdo con ello y contradijo al dios Thot:

Este invento no producirá sino olvido entre las almas que la conozcan, ya que, confiados con este auxilio extraño, abandonarán a caracteres materiales el cuidado de conservar los recuerdos, cuyo rastro habrá perdido su espíritu. Tú no has encontrado un medio de cultivar la memoria, sino de despertar reminiscencias.

Razón tenía, las escrituras milenarias solo pueden despertar el recuerdo de la memoria, mientras este no se haya perdido. ¿Quién sabe si el querido dios —sea quien fuere— inventó otros mundos mucho antes de crear la Tierra? Al leer en los relatos de los judíos en la Antigüedad encontramos lo siguiente [15]:

Al principio el Señor había creado miles de mundos; después creó otros mundos... El Señor creó mundos y los destruyó, plantó árboles y los arrancó porque todavía estaban desordenados... Y siguió creando mundos y

destruyéndolos hasta que creó nuestro mundo, entonces habló: este mundo me satisface, aquellos no me gustaban.

¿Crear mundos y plantas para destruirlos después porque no coincidían con lo deseado? Hoy en el lenguaje técnico se le llama *terraforming*^[3]. Para ello se trata de convertir en habitable un planeta que no lo es, de forma que, por ejemplo, se podrían dispersar algas azules en Marte. Estas se multiplican rápido y en poco tiempo producen enormes cantidades de oxígeno.

¿Fue al hombre al que después de experimentar un penoso proceso de maduración intelectual de pronto se le ocurrió garabatear unas letras? ¡Naturalmente! ¿A quién si no? ¿Seguro? Los relatos provenientes del tiempo primigenio cuentan que incluso dos mil años antes de la creación del hombre inteligente ya existía la escritura. Ya que entonces no existían los rollos de pergamino y no había ganado cuya piel se pudiera utilizar, ni tampoco metales y, por falta de árboles, tampoco pizarras de madera, este libro existía en forma de piedra de zafiro sagrado. Un ángel llamado Raziel, el mismo que estaba sentado sobre la corriente que salía del Edén, le dio este extraño libro a nuestro progenitor Adán. Debió de haber sido un ejemplar único, ya que no solo contenía todo el saber digno de ser conocido, sino que también se podían encontrar en él predicciones sobre el futuro. No solo Adán iba a beneficiarse de aquel libro de las maravillas, sino también sus predecesores.

También entre tus hijos, los que vengan después de ti, habrá uno que se sirva de este libro y sepa lo que va a ocurrir. Sabrá si se van a extender la desdicha o el hambre, si el trigo será abundante o si lloverá o habrá sequía.

¿Qué es un diccionario o una enciclopedia al lado de este gran libro? A los autores de esta fenomenal obra debemos buscarles entre los ángeles, ya que después de que el ángel Raziel entregara a nuestro progenitor el libro y se lo leyera en alto se produjo algo inesperado:

Y en el momento en que Adán recibió el libro, se prendió un fuego en la orilla del río y el ángel ascendió entre las llamas a los cielos.

De hecho, ¿qué es un ángel? Estos seres aparecen en toda la literatura religiosa y, definitivamente, no son terrestres. Tampoco son espíritus que uno podría imaginar o inventar, porque estas criaturas disponen de armas poderosas con las que castigar a las personas. Algunos de ellos copularon incluso con las hijas de los hombres —a eso llegaré más adelante—, no precisamente al más puro estilo celestial. Si los ángeles no eran terrestres, solo resta la opción de que fueran extraterrestres. ¿Sería esto un sueño? ¿Y, estos ángeles = extraterrestres hubieron podido conocer el futuro?

Nada más simple que eso. Si las personas algún día pudieran realizar «ascensiones» recorriendo enormes distancias y llegar a otros planetas cuyos seres están aún en la Edad de Piedra podríamos predecir el futuro de esos nativos con facilidad. No simplemente podríamos hacer pronósticos sobre los individuos concretos, sino sobre la totalidad de la sociedad futura. De esta forma podríamos contarles que iban a descubrir determinadas técnicas —dada la importancia de este hecho—. O que debido al aumento descontrolado de la población podrían tener problemas medioambientales —porque no se puede separar una cosa de la otra—. O mejor aún: hacer una profecía sobre cómo sus descendientes iban a ser capaces de dividir la unidad más pequeña de la naturaleza, lo cual podría ser peligroso, ya que así podrían llegar a destruir grandes partes de la tierra y convertirlas en zonas inhabitables (bomba de hidrógeno). En periodos de tiempo más pequeños esto también podría funcionar para las cosechas, en caso de plaga de langostas o comprender la aparente inmortalidad de las cucarachas. Puede que el primer habitante de ese planeta no entienda nada, pero sí puede escribirlo o conservarlo.

En el Libro de Adán de piedra de zafiro la historia se desarrolla de forma similar:

En el libro estaban descritos los signos supremos de la sabiduría sagrada y eran representativos de las 72 tipos de ciencias que a su vez se dividían en los 670 signos de los misterios más elevados. Incluso las 1500 llaves de las puertas al Mundo Superior que estaban prohibidas a los santos estaban ocultas en el libro.

¿Sabía usted que existen 72 tipos de ciencias y que estas se dividen a su vez en 670 signos que representan los conocimientos más elevados? Esta clasificación es parecida a la que nosotros hacemos al dividir la física en física atómica, física de las radiaciones, astrofísica, etc. O es similar al término genérico «biología», dentro del cual encontramos divisiones entre las que se encuentran el conocimiento de células, los insectos, los elefantes o la exobiología.

Adán otorgó en herencia a Set, su hijo de diez años, el libro mágico. Este debió de haber sido un chico especialmente despierto, ya que Adán explicó al chico no solo qué cualidades tenía el libro, sino, además, dónde residían sus fuerzas y maravillas. También le explicó cómo había actuado el mismo Adán con el libro y que lo había metido en un hueco entre las piedras.

Set se ciñó a las recomendaciones del padre, estudió aplicadamente la piedra sagrada de zafiro y, finalmente, construyó «... una funda de oro, metió el libro dentro y escondió la funda en una cueva...».

Más tarde, la piedra de zafiro y el conocimiento descrito en ella cayeron en manos de Noé, el superviviente del Diluvio Universal, y, gracias a ella, él pudo reconocer todas las órbitas de los planetas, «también la órbita de Aldebarán, de Orión y de Sirio..., también aprendió los nombres de cada una de las galaxias y nombres de los servidores celestiales».

Esta historia fantástica sobre el Libro de Adán se podría catalogar sin más como «inventada», si no fuera porque en ella hay algunos detalles que hacían sospechar. Entiendo el deseo de nuestro progenitor de encargarse de un libro como ese, ya que en algún lugar tenía que plasmar todo su conocimiento el único ancestro existente en aquel momento. Sin embargo, la piedra de zafiro me da

mucho que pensar. ¿Cómo tuvo esa idea quienquiera que fuese? La idea de escribir una enciclopedia sobre una piedra de zafiro resultaba extraña tanto hace siglos como hace milenios. En nuestra época, por el contrario, existen técnicas para almacenar en cristales cantidades ingentes de datos. Con este libro escrito sobre la piedra de zafiro, se dice que Adán dialogaba con el libro ¿Por qué?, ¿qué debió tener en mente el inventor de esta historia? Sin embargo, un pensamiento como este no tiene cabida en el remoto pasado. ¿Y cómo llega alguien de hace milenios a contar en esta historia del Libro de Adán detalles como los «72 tipos de ciencias» que debían estar descritos en ese libro? ¿Y sobre los 670 signos de los grandes misterios y las 1500 llaves? Ese tipo de cifras no se las saca uno de la manga. No quiero sobrestimar el contenido de este libro y por ello me pregunto por qué otorgó el autor de la historia tanto significado a determinadas constelaciones estelares. ¿Qué debían significar las órbitas de Aldebarán, de Sirio y de Orión tanto para Adán como para sus predecesores? Estas apenas si aparecen en el calendario terrestre.

Adán, Set y Noé debieron haber conocido por el libro los nombres de varios cielos. ¿No existe únicamente un cielo? ¿De qué hablan en realidad?

Los judíos de la Antigüedad detallan esta historia [15]. El primer cielo se llamó *Wilson*, y desde él se vigilaba a los hombres. Encima del cielo de *Wilson* estaba el cielo *Rakia*, donde se hallaban las estrellas y los planetas. Un poco más arriba surgía *Schechakim*, y encima de este estaban *Gebul*, *Makhon* y *Maon*. Finalmente, encima de ellos aparecía el cielo superior, llamado *Arabot*. Y allí debían de encontrarse la «querubina» y las «espirales sagradas», significara eso lo que significara para las formaciones del espacio. A menudo se menciona que entre los diferentes cielos hay distancias y espacios temporales, y que entre ellos hay «escaleras» y «épocas de quinientos años». Todo esto suena un poco a viajes por el espacio.

Los relatos que hemos recordado aquí no dejan de parecer increíbles. Nada más que «fábulas inventadas por un mentiroso», balbuceó el teólogo doctor Eisenmenger hace ya trescientos años [18] y, sin embargo, queda grabada en la memoria popular. Pero los cuentos y leyendas no se construyen sobre la nada y no son historias inventadas por mentirosos. Contienen un núcleo verdadero, y este —abracadabra— aparece una y otra vez en muchos otros relatos de otros pueblos, si bien con diferentes nombres y distintos héroes.

Con todo lo anterior no me he acercado ni un solo paso al significado del Manuscrito Voynich. Sin embargo, lo crucial es mi suposición de que algunos dioses o ángeles —y por tanto seres no terrestres— pudieron haber dictado a los hombres el contenido de estos libros. ¿Les dice algo el personaje fabuloso Oannes (en sumerio: Uanna)?

Cuando Alejandro Magno todavía reinaba en Babilonia (alrededor del año 350 a. C.) vivía allí un sacerdote de Marduk (también Bel o Baal) llamado Beroso. Este Beroso escribió una obra de tres tomos en griego, la *Babiloniaka*. El primer tomo trataba sobre astronomía y la creación del mundo; el segundo sobre los primeros diez reyes del diluvio y los 86 reyes que siguieron a estos; el tercero debió de ser una biografía sobre Alejandro Magno. Del *Babiloniaka* solo se han conservado fragmentos, sin embargo, Lucio Anneo Séneca o Flavio Josefo (un contemporáneo de Jesús) citaron varios pasajes del libro. Beroso hablaba en él sobre un libro más antiguo y decía:

En el año I apareció un ser vivo con el nombre de Oannes del Mar de Eritrea (el actual Mar Árabe), donde se encuentra la frontera con Babilonia... Tenía voz humana y su imagen se conserva hasta hoy. Este ser pasó el día entero con los hombres, sin llevarse nada a la boca y les dio a conocer los signos de la escritura y las ciencias y las diversas artes, les enseñó cómo construir ciudades y levantar templos, cómo crear leyes y cómo ordenar el campo, les enseñó a cultivar y a recolectar los frutos; y todo aquello que pudiera ser indispensable para las necesidades vitales. Desde entonces no se ha encontrado nada que supere a eso. *Oannes, sin embargo, escribió un libro sobre el surgimiento y la creación de los estados, libro que otorgó a los hombres*^[4].

¿Existe ese libro todavía? ¿Estará debajo de algún templo antiguo, a salvo, en manos de algún monje que ni si quiera es consciente del tesoro que posee? Aparentemente, en aquel tiempo tampoco era previsible que el libro de Oannes fuera a ocupar un lugar en alguna biblioteca del futuro. Entonces, una vez más, ¿se trató simplemente de palabrería? ¡Un momento! En el libro sagrado de los persas, el *Avesta*, aparece bajo el nombre de Yma un ser misterioso que surgió del mar e ilustró a los hombres. En la cultura fenicia ese ser, cuya procedencia y cualidades eran las mismas, recibe el nombre de Taut; y en China, en tiempos del emperador Fuk-Hi, salió del agua del Meng-Ho «un monstruo con cuerpo de caballo y cabeza de dragón a cuyas espaldas llevaba una pizarra llena de letras [19]». El mayor maestro tibetano, «Padmasambhaya» cuyo nombre parece un trabalenguas (también llamado «U-Rgyab Pad-ma») llevó del cielo a la Tierra una escritura ininteligible. Antes de su partida sus pupilos depositaron la escritura en una cueva para preservarla para tiempos futuros *en los cuales podría ser comprendida*^[5] [20]. Probablemente, hoy podríamos entender tan poco de esos símbolos como del Manuscrito Voynich, y comparativamente este solo existe desde hace un par de siglos.

¿De dónde hemos sacado la escritura nosotros los hombres? ¿La hemos inventado nosotros solos? ¿La escritura cuneiforme, los jeroglíficos y los alfabetos? Si seguimos a algunos historiadores de la Antigüedad, comprobaremos que fueron los ominosos dioses los que mostraron la escritura por primera vez a algunos hombres elegidos. Probablemente, debieron de seleccionar a los más inteligentes.

Diodoro de Sicilia, autor de *Biblioteca histórica* compuesta de 40 tomos, cuenta en el primer libro que los dioses habían fundado muchas ciudades en Egipto y que los dioses tuvieron descendientes. «Los dioses destetaron a los hombres y los desacostumbraron a devorarse los unos a los otros». De los dioses los hombres aprendieron —según Diodoro— las artes, la minería, la

construcción de herramientas, el cultivo del campo y la obtención de vino. También la escritura fue obra de los dioses [21]:

Los dioses dividieron por primera vez todas las lenguas inteligibles y les dieron forma. Le dieron nombre a muchas cosas que hasta entonces no tenían. También la escritura fue una invención de él (del Dios)...

Claramente, las historias no solo provienen de una sola fuente antigua. Los fragmentos se solapan como en una novela de detectives y espías. No hay que ser Sherlock Holmes para poder unir las piezas. Ahora parece que los dioses y ángeles existieron, incluso si esto nos hace tirarnos de los pelos. Y tuvieron una influencia; el mejor testigo de ello es Enoc. La historia de que un ser extraterrestre —fuera este un dios o un ángel— enseñó a los hombres la escritura por primera vez no se parece en nada a la de Enoc. Él es precisamente el único testigo que estuvo entonces presente, y por eso su historia está contada en primera persona. Enoc es el ejemplo clásico de cómo la retorcida teología consiguió a lo largo de los siglos falsear y oscurecer un testimonio antiguo original y convertir el relato de una experiencia en una historia incomprensible y en una interpretación fruto de la magia, capaz de provocar un ataque de furia a alguien como yo. Después de todo, no es difícil descubrir aquello que podría haber causado la irritación de los teólogos. Por el contenido se puede intuir.

En el caso de Enoc me encontraba en el mismo apuro que con los libros anteriores. ¿Cómo puedo explicarles a mis lectores algo sin repetir continuamente el contenido de los libros anteriores? Para los profesores de la enseñanza básica o los docentes universitarios esto resulta más fácil. Ellos pueden dar por hecho que sus alumnos han asimilado los fundamentos. Quien no domina el abecedario no puede leer. Sin embargo, yo no puedo partir de esa premisa. Continuamente aparecen nuevos lectores que se interesan por mis interpretaciones modernas, y además de ello hay otro elemento que lo dificulta más, y es que muchos de mis anteriores libros ya no se encuentran en las librerías. Entonces, ¿qué debo hacer? Para

intentar deshacer este nudo gordiano procuro introducir repeticiones solo cuando resulta totalmente inevitable. Si bien las repeticiones no siempre son repeticiones. Y me dirijo a los lectores del principio: en este libro llegarán a conocer cosas de Enoc que hasta ahora no se podían leer en ninguna otra parte.

A pesar de que no soy un fan de la literatura teológica rebuscada, admiro a los hombres que estaban detrás de ella. (¡De hecho, únicamente se trata de hombres!). Los traductores de los textos antiguos de Enoc eran todos, sin excepción, hombres muy ilustrados. Sin excepción, se trataba de hombres políglotas, obviamente hombres íntegros y que se esforzaron por agudizar su ingenio a través del caos de libros antiguos a lo largo de los siglos. No obstante, se trataba de teólogos, término que se deriva de las palabras *theos* (dios) y *logos* (palabra); la palabra de Dios. Y precisamente no es eso de lo que se han ocupado. Todos los teólogos en el pasado estaban profundamente convencidos de que se ocupaban de la palabra de Dios —si no, no hubieran escogido esa especialización—, e incluso ese convencimiento ya es una creencia. Se piensa que los pocos textos sagrados provienen de los labios de Dios, que este los dictó y se los confió a hombres elegidos de alguna forma maravillosa.

¿Qué se conserva en los textos cuando las creencias han desaparecido? Los propios textos. Estos ahora han perdido su carácter sagrado. Siguen siendo respetados porque son antiguos, hay que tratarlos con respeto porque describen sucesos de un tiempo histórico que ya no es concebible, hay que analizarlos científicamente porque contienen material extremadamente interesante. El hecho de que estos textos carecen de una creencia también se puede discutir objetivamente. Lo que bloquea un análisis acorde con nuestro tiempo es la idea que tenemos de su intangibilidad.

Así que, manos a la obra, debemos hacer un repaso general.

¿Quién es Enoc?

En los «mitos judíos de la Antigüedad» Enoc era «un rey por encima de los hombres», que reinó durante doscientos cuarenta y tres años exactamente. En el primer libro de Moisés, Enoc aparece como el séptimo de los patriarcas —uno de los patriarcas del Diluvio—. Después se vuelve a hablar de Enoc en cinco frases y nada más (primer libro de Moisés, capítulos 5, 21, 22, 23, 24) [22]:

(5) Cuando Enoc tenía sesenta y cinco años engendró a Matusalén. (22) Y Enoc anduvo con Dios y, después de haber engendrado a Matusalén, vivió trescientos años más y tuvo hijas e hijos. (23) Así la vida de Enoc alcanzó los trescientos sesenta y cinco años. (24) Enoc anduvo con Dios y de pronto desapareció ya que Dios, se lo había llevado de vuelta.

Así de fácil —abracadabra—, y ya no estaba. En hebreo la palabra «Enoc» significa «el profano», «el inteligente», «el experto», y a este profano, gracias a Dios, le debemos que su conocimiento no desapareciera sin dejar huella. Y esto provocó el disgusto de los que hubieran preferido ver a Enoc desaparecer en el aire, ya que este Enoc se convirtió en dinamita para nuestra sociedad. Y así comienza el problema. Pero, un momento, ¿qué dicen otros pueblos sobre este Enoc, aparte del israelí?

En la cultura antigua egipcia, Enoc fue el constructor de la Gran Pirámide, como escribió el geógrafo e historiador Taki ad-Din Ahmad ben Ali ben Abd al-Radir den Muhamad al-Makrizi (1364-1442) en su novela *Hitat*. En esta obra menciona que Enoc era conocido entre los pueblos por cuatro nombres diferentes. Como Saurid, Hermes, Idris y Enoc. Aquí está ese pasaje del *Hitat*, capítulo 33 [23]:

... el primer Hermes cuya personalidad encarna la de un profeta, un rey y un sabio, y de estas tres maneras se le llama (este es el que los hebreos llaman el hijo de Jared, hijo de Mahalalel, hijo de Kenan, hijo de Enos, hijo de Seth, hijo de Adán —salve Hermes—), y este es el Idris que leyó en las estrellas aparentemente. Entonces mandó construir las pirámides de forma que los tesoros y los textos eruditos que se encontraban dentro de ellas quedaran protegidos y se mantuvieran en buen estado, también mandó ponerlos a salvo pues su posible pérdida o desaparición le preocupaba.

Según la lista de los reyes sumerios «WB444», grabada sobre un bloque de piedra que se puede contemplar en el Museo Británico de Londres, desde la creación del mundo hasta el gran diluvio reinaron diez monarcas ancestrales; estos gobernaron en total durante 456 000 años. Después del diluvio la monarquía volvió a descender de los cielos; parece que a los monarcas les había gustado el planeta azul. Los 23 reyes que se fueron turnando en el trono llegaron a reinar durante un periodo de 24 510 años, 3 meses y 3 días y medio. El séptimo de la lista de reyes antediluvianos debió de haber vivido en la soleada ciudad de Sippar. Se supone que a él fue *al primero al que los dioses Schamasch y Adad instruyeron en el arte de la escritura y de la predicción del futuro*^[6]. Según la Biblia este séptimo monarca sería Enoch. La gloria de este séptimo soberano antediluviano fue tal que el árbol genealógico del monarca babilónico muy posterior a él, Nebukadnezar I, quien reinó en torno al año 1100 antes de Cristo, se derivaba de Enoc. Algunas traducciones de las escrituras cuneiformes de los últimos años han revelado que exactamente este séptimo monarca «ascendió a los cielos»; igual que Enoc. Tanto especialistas en Sumer como teólogos, ambos con la perspectiva de la lógica del presente, convirtieron ese dato en un tema aparte y descubrieron en las traducciones el primer motivo más antiguo de la ascensión. «La figura de este séptimo soberano de la soleada ciudad Sippar estimuló la fantasía y el arte de fabular del posterior judaísmo» [24]. Las pruebas de ello son los fragmentos que se han ido uniendo a los diversos libros de Enoc. A continuación voy a demostrar que la interpretación de esos textos se ha desviado completamente.

La noticia de la existencia de un libro de Enoc llegó a Europa en la primera mitad del siglo XVIII. El viajero inglés James Bruce (1730-1794), quien tanto recorrió África, no solo descubrió la fuente del Nilo Azul sino que en 1773 trajo consigo a Londres tres ejemplares de un texto de Enoc. El profesor Richard Laurence tradujo los textos con sus precarios conocimientos hasta que el orientalista y teólogo protestante alemán, August Dillmann (1823-1894), tradujo los textos al alemán y convirtió al tema en torno Enoc en un asunto para especialistas. Desde entonces, los antiguos textos se han ido ampliando mediante aproximadamente otros 30 manuscritos etíopes. Pero ¿de dónde había sacado James Bruce los textos?

Cuando los padres de la Iglesia redactaron nuestra Biblia en el siglo IV —lo que en el lenguaje técnico se entiende por canonizar— tuvieron ante ellos muchos más textos antiguos que los que hoy integran la Biblia actual. Sin embargo, algunos de los textos estaban incompletos, había huecos en ellos o sencillamente no se les entendía. Por ello, esos escritos no acabaron formando parte de la Biblia. Al fin y al cabo el material disponible no se tiraba inmediatamente a la basura sino que se dejaba a un lado. Entre ellos también había muchos textos de Enoc. De estos surgieron más tarde los «Apócrifos y Pseudoepígrafes del Antiguo Testamento» [25]. La Iglesia abisinia, por el contrario, incorporó el libro de Enoc a sus cánones por eso James Bruce los encontró en Etiopía. Más tarde apareció una variante eslava del mismo libro de Enoc y fruto de las comparaciones de textos en ámbitos académicos se descubrió que las partes principales de ambos libros tenían que recaer sobre el mismo autor. Y así empezó la discusión teológica.

En el libro de Enoc se describen cosas imposibles: ascensiones a los cielos, la visita a diversos mundos, enseñanzas astronómicas, conversaciones con algunos «ángeles» y una entidad llamada «la más elevada» o sobre tribunales que juzgan a «ángeles caídos» y personas. ¿Qué significa todo eso?

Los teólogos y los filólogos clásicos, personas con maravillosos conocimientos en lenguas, pero todos sin excepción seguidores de sus respectivas teologías y su propia psicología religiosa —¿podría ser de otra manera?— buscan soluciones a lo narrado en el libro. Las descripciones de Enoc se convirtieron en charlatanería, visiones, intuiciones, sueños, invenciones, leyendas o —lo que resulta más sensacionalista todavía— el libro de Enoc sería la obra la obra de numerosos rabinos judíos y Enoc «una personificación del pueblo judío» [26].

El hecho es que en el libro de Enoc continuamente se han escrito especulaciones o se han hecho cambios de forma parecida a como ocurre con los «textos primigenios» del Nuevo Testamento. Así incluso aparece el concepto de «hijo de los hombres», concepto que fue introducido —como se puede demostrar— originalmente por primera vez por manos etíopes o «los justos» sobre las cuales los teólogos argumentan que estos conceptos aluden al pueblo judío. Esto resultó ser muy confuso cuando en el siglo v se descubrió un libro de Enoc hebreo que contenía un gran número de partes que completaban los otros textos de Enoc, pero no pudo ser tomado en serio porque —aparentemente— estaba basado en una visión del judío Rabbi Ischma'el.

Así aterrizó el libro de Enoc hebreo en el revoltijo de «textos gnósticos». Este término hoy en el lenguaje común se entiende como una filosofía, visión del mundo o religión de carácter esotérico. La palabra «Gnosis» viene del griego y significa «conocimiento».

Sea de donde fuere que Rabbi Ischma'el hubiera obtenido sus informaciones misteriosas, no pudo haberlas inventado del todo pues son demasiado complicadas y detalladas. Antes de que me ponga a abordar el contenido explosivo de los libros de Enoc eslavos y griegos, a continuación les presento información muy curiosa sacada de un texto hebreo:

Raabbi Ischma'el debió de haber experimentado una ascensión y allí haberse encontrado con un ser igual a un ángel llamado Metatron que lo llevó consigo. Este Metatron resultó ser Enoc. Al

contrario que en los otros libros sobre Enoc, según el libro hebreo, Metatron/Enoc no puede bajar a la Tierra y volver con los hombres para instruirlos, sino que permanece cerca del trono de «el más alto», y solo Rabbi Ischma'el puede verlo. Metatron/Enoc le explica a Rabbi que Dios le llama «mi muchacho» [27]. A continuación explica por qué:

Feliz eres y feliz fue tu progenitor, ya que tu creador tuvo complacencia contigo. Y ya que yo soy pequeño y seguí siendo un muchacho entre ellos durante días y meses y años, me llaman «mi muchacho».

¿Cómo llegó Metatron/Enoc a los campos celestiales?

«Cuando el santo —alabado sea— me pidió que me elevara hacia el cielo, envió primero a Anaphiel, el príncipe, y este me elevó antes sus ojos y me dejó partir con gran magnificencia sobre un carro de fuego con caballos de fuego... Cuando el espíritu —alabado sea— alejó de los hijos el diluvio universal, me elevó sobre las alas del viento de Shekina hasta lo más alto del firmamento y me condujo al centro del gran edificio de gobierno en lo alto del “Araboth Raqia” donde se encuentra el grandioso trono de Shekina».

Se puede percibir que «el santo» quería mucho y apreciaba al muchacho (Metatron/Enoc) y, de hecho, mucho más que a los hijos de los cielos, y por este motivo le escribió letras con una punta en llamas y así se le enseñó cómo se habían originado el cielo y la tierra; pero también los mares y los ríos, montañas y colinas, los relámpagos, los truenos, el sonido y las tormentas e incluso los planetas y las constelaciones.

No está mal del todo el conocimiento universal e interestelar que le fue enseñado a Metatron/Enoc. Pero otro pensamiento me mantiene aferrado a Abraham, que también vivió una ascensión durante la cual vio la tierra «bajo él» [28], o a la historia de Enkidu de la *Epopéya de Gilgamesh*, el cual se elevó por encima de la tierra con «alas de águila» [29, 30], o al «viaje de Arjuna al cielo de Indra» [31]. Y cuando en el libro hebreo de Enoc aparecen «espirales celestiales» o «ciudades del firmamento» se despiertan en mi memoria las «espirales celestiales» del *Libro de Dzyan* [32] o «las ciudades del firmamento» del *Mahabharata* hindú [33]. En la literatura de la Antigüedad hay material para comparar a montones.

La diferencia entre los teólogos y yo es que yo también consulto textos de otras religiones y regiones del mundo, mientras que la teología judeo-cristiana solo se ocupa de encontrar las relaciones cruzadas que existen en la Biblia y en los textos apócrifos.

En el libro hebreo de Enoc, Rabbi Ischma'el enumera los mundos más diversos (planetas) con sus diferentes nombres; conocía también los nombres de todos los soberanos, los príncipes o reyes, y en el libro incluso también habla sobre una biblioteca celestial:

Tomó la caja de la escritura en la que estaba el libro de los recuerdos y la llevó ante los santos —alabado sea él—. Rompió el sello de la caja, la abrió, sacó los libros y se los entregó al santo —alabado sea él—.

Cielos, santos, majestades, príncipes, sirvientes, arcángeles, espirales, planetas, carros de fuego, huestes de ángeles —¡que el cielo nos ayude!—. ¿Existió ese Enoc? Hasta el momento he presentado siete nombres: Enoc, Saurid, Hermes, Idris, Metatron, «mi muchacho», y el séptimo, el soberano antediluviano. ¿Cuál es el correcto?

Probablemente ninguno según la forma de escritura fonética que nosotros utilizamos. El hebreo era una lengua puramente consonántica —sin vocales—. Para facilitar la lectura se indican las vocales mediante puntitos. El nombre fonético Enoc podría pronunciarse de igual modo como «Hinich», «Honuch» o «Hanich», y «Metatron» podría pronunciarse como «Mototrán».

Los expertos en hebreo han calculado que el origen de los textos etíopes está entre el siglo v y el siglo iv antes de Cristo —y así lo establece la primera oración—. De los textos se desprende que son relatos del séptimo progenitor. Él se llamaba —mantengámonos con la forma de escribirlo que hemos utilizado hasta ahora— Enoc. Por ello, sus libros recibieron el nombre de «Los libros de Enoc». Ahora bien, Enoc no vivió desde el siglo v hasta el iv antes de Cristo —el contenido original debió ser escrito mucho antes y debe ser anterior

al Diluvio—. El escritor asegura este hecho, como explican los siguientes ejemplos, sin dejar lugar a dudas [25]: (los paréntesis redondos indican el número de capítulo y los versos).

(81, 1)

Él me dijo: Oh Enoc, contempla la escritura de la pizarra celestial, lo que hay escrito en ella, y recuerda todos los detalles. Yo contemplé todo lo escrito sobre la pizarra y lo leí todo...

(82, 1)

Y ahora, hijo mío Matusalén, te voy a contar todo y habrás de anotarlo... Conserva, mi hijo Matusalén, los libros que te entrega la mano de tu padre y entrégaselos a las próximas generaciones del mundo...

(83, 1)

Observé dos caras antes de escoger a una mujer. La primera vez cuando aprendí la escritura, y la segunda vez cuando tomé a tu madre...

(87, 3)

Las tres me tomaron de la mano, me separaron de la familia de la tierra y me llevaron hacia arriba a un lugar elevado; y me mostraron una torre muy alta sobre la tierra y todas las colinas eran más bajas...

(91, 1)

Y ahora, mi hijo Matusalén, llama a todos tus hermanos y reúne a todos los hijos de tu madre...

(92, 1)

Esta es la enseñanza de Enoc, el escritor...

Con las citas doy prueba de que se trataba de Enoc, sea como se le quisiera llamar en su época. Demuestra su autoría con la narración en primera persona, como si hubiera temido que las gentes del futuro iban a estar demasiado limitadas como para comprenderlo. Precisamente, hasta el día de hoy los exégetas ignoran con insistencia la narración en primera persona de este autor. El contenido original del libro, su esencia, se remonta al Enoc antediluviano, si no definitivamente no hubiera podido ni llamar a su hijo Matusalén, ni hubiera podido remontarse a los tiempos de Adán para confeccionar la lista de sus orígenes. El suponer que todo sea una falsificación precristiana significa tachar al escritor de mentiroso.

Negar la autoría del Enoc antediluviano es una vergüenza para la exégesis y una pérdida fundamental del sentido de la realidad. Es un ejemplo espeluznante de la manipulación de los creyentes. Además, también se intenta, naturalmente, vender el texto de Enoc como una *visión*. Con este término se puede definir todo lo que está por encima del raciocinio. Lo que omiten aquellos que creen que fue una visión es que Enoc manifiesta expresamente que estaba despierto. Para ello le da a su familia, además, indicaciones exactas de lo que deben hacer en su ausencia. Y tampoco pudo haber tenido una visión estando muerto —otra de las ocurrencias de la exégesis—, porque cuando terminaron sus conversaciones con los ángeles volvió lúcido a reencontrarse con sus parientes. Solo justo al final de la historia tiene lugar su despedida definitiva de la Tierra sobre un carro que escupía fuego.

Enoc, o Míster X —ahora me quedo con el séptimo de los progenitores y al que nombraré continuamente Enoc—, vivió en un tiempo en el que no le conocía absolutamente nada de la tecnología que actualmente existe. Él no podía saber sobre naves nodrizas, alimentadores, focos, altavoces, aparatos de radio, de motores que retumban, etc. Sea lo que fuere que lo llevó, no podía reconocerlo, no le era posible hacer una descripción directa con los términos adecuados. Intenten, estimados lectores, describirle a un hombre de la Edad de Piedra lo que es un helicóptero o un aparato de radio. Sin duda acabarán inmersos en un juego de «se-parece-a». O explíquenle al que tienen al lado lo que es una escalera de caracol —sin dibujos—. Para ello tendrán que utilizar las manos. Esta ensalada de descripciones se hizo cada vez más incomprensible cuando las siguientes generaciones intentaron entender el texto de Enoc y —¡naturalmente!— no pudieron comprender nada. Incapaces de apartarse del ámbito de la razón lógica para describir, los siguientes narradores dieron rienda suelta a su fantasía a través de su lenguaje oriental de imágenes e inmediatamente surgieron crecientes alegorías por doquier. Cuando, más tarde, los teólogos de los últimos doscientos años comenzaron de nuevo a interpretar el

texto de Enoc desde una perspectiva religioso-psicológica, el caos estuvo servido. Así, personas con la capacidad de hacer viajes estelares se convierten en ángeles y querubines; los oficiales se convierten en arcángeles y los comandantes u otros más ilustres se convierten en Dios. Menudo caos cuando unas simples descargas eléctricas se convierten en lenguas de fuego y un puente de mando se convierte en una figura de indescriptible magnificencia. Es comprensible que desde este punto de vista teológico el sillón del piloto tenga que convertirse en un grandioso trono y que todo lo incomprensible se vuelva palabrería, historias y visiones.

Conozco los argumentos en contra por magníficas discusiones mantenidas con especialistas ilustrados sobre el Antiguo Testamento, pero también por el torrente de literatura teológica que he digerido. Mi interpretación puede ser falsa, pero trato de verlo desde otro punto de vista. No se puede olvidar, en el ámbito de la exégesis, que en lo que al significado de los textos se refiere la explicación dada hasta ahora solo ha aportado mayor sinsentido, y que las aseveraciones fundamentales según algunos contenidos se pueden encontrar en textos apartados de la visión judeocristiana.

Los primeros cinco capítulos del libro de Enoc^[7] anuncia algún tipo de juicio final (aparentemente): el divino Dios dejará su morada para hacer una aparición con su hueste de ángeles en la Tierra. Los siguientes once capítulos describen el tan conocido caso de los «ángeles disidentes» que —en contra de las órdenes de su Dios— se juntan con las hijas de los hombres. A estos «ángeles» les fueron encomendadas por su Dios tareas precisas que nunca encajarían en lo que se supone deben ser las actividades de los seres celestiales. Por ejemplo [25]:

Semjasa instruyó en el arte de las evocaciones y de cortar las raíces, Armaros el de cómo disolver conjuros, Baraqel enseñó a observar el cielo, Kokabeel instruyó sobre astrología, Ezequiel sobre la ciencia de las nubes, Arakiel enseñó los signos de la Tierra, Samfaveel los del Sol, Serial los de la Luna...

Aquí se trata de conocimientos de diferentes ámbitos que fueron elegidos desde las altas esferas para que fuesen enseñados a los habitantes de la Tierra.

En los capítulos 17 a 36 se describen los viajes de Enoc por diferentes mundos y a bóvedas celestiales lejanas. La teología las llama palabrería, parábolas o viajes míticos que realizó Enoc a un jardín encantado. Por esta razón, Enoc recibe directamente la misión de anotar por escrito la llamada palabrería para transmitirla a las generaciones siguientes. Motivo: sus contemporáneos no podían entender los mensajes, pues se trataba de mensajes para el futuro. A propósito, esta interpretación no es mía, ¡así está escrito en los textos de Enoc!

Los capítulos 72 a 82 reciben el nombre de «capítulos astronómicos». Aquí Enoc enseñará sobre las órbitas solares y lunares, los días en años bisiestos, sobre las estrellas y la mecánica de los cielos. El resto de los capítulos contienen conversaciones con su hijo Matusalén, al que le anuncia la llegada del Diluvio Universal. Toda la historia está coronada por la ascensión de Enoc sobre el carro en llamas. ¿En qué si no?

El libro de Enoc eslavo contiene detalles interesantes que no se hacen explícitos en el libro abisinio [33]:

«Cuando cumplí trescientos sesenta y cinco años, estaba solo en casa el día del segundo mes... Entonces se me aparecieron dos hombres muy grandes que nunca había visto en la Tierra. Su semblantes resplandecían como el Sol, sus ojos como antorchas ardientes; de sus bocas emanaba fuego; sus ropas y cantos eran grandiosos; sus brazos como alas doradas. Se pusieron de pie a la cabeza de la cama y me llamaron por mi nombre. Me desperté del sueño y me levanté de mi camastro; después me incliné ante ellos, mi semblante estaba pálido por el miedo. Entonces los dos hombres me hablaron: ¡No tengas miedo, Enoc! ¡No temas! El eterno Señor nos ha enviado hasta ti, hoy deberás venir con nosotros al cielo. Dale a tus hijos y a la servidumbre instrucciones sobre lo que deben hacer en tu casa. Nadie deberá buscarte, hasta que el Señor te traiga de vuelta con ellos...».

Las interpretaciones teológicas de que el patriarca antediluviano viviera una aparición o tuviera una visión son insostenibles. Enoc se despierta, se levanta de la cama y le da a su gente indicaciones de

lo que tiene que ocurrir en su ausencia. La versión de que pudo haber tenido una visión estando muerto tampoco aporta nada, ya que Enoc regresa con los suyos después de su viaje espacial. ¿Qué vivió «allí arriba»?

Enoc aprendió a escribir y le fueron dictados libros. No es que el «querido Dios» le hubiera dictado personalmente, de esto se ocupó el arcángel llamado Vrevoel. Para que todo fuera más deprisa, Vrevoel le proporcionó una «caña de escritura rápida» [33]:

Y el Señor llamó a unos de sus arcángeles, de nombre Vrevoel, que adquiría sabiduría más rápido que los demás arcángeles y escribía más rápido todas las obras del señor. Y el señor habló a Vrevoel: Saca de mis receptáculos los libros, coge la caña para escribir y dásela a Enoc y muéstrale los libros. Y Vrevoel marchó raudo y me trajo los libros escogidos y me entregó la caña de la escritura rápida de su mano^[8]....

¿Qué era eso tan importante que le tenía que dictar? De hecho, todo, porque los hombres entonces no sabían nada. Enoc relata:

Y Vrevoel me habló de todas las obras del cielo y la tierra y el mar y de todos los elementos, de los animales, de los truenos y el sol y la luna y las estrellas y sus mecanismos y sus cambios y sobre los tiempos y los años y los días y de las salidas de los vientos... Vrevoel me contó eso durante treinta días y treinta noches y su boca no enmudeció.

Con todo, eso no fue suficiente. A esta reunión maratoniana le siguió otra que también duró treinta días. Enoc era un alumno modelo.

Siempre que en discusiones surge el tema de Enoc y yo propongo que el patriarca antediluviano asistió como hombre privilegiado a un curso en una nave nodriza asistido por extraterrestres, vuelvo a oír que entonces tenía que haber estado metido de algún tipo de traje espacial. ¿Tenía que ser así? En nuestras estaciones espaciales los astronautas también se mueven sin traje espacial. Los extraños que aparecieron ante Enoc tuvieron que haberse protegido simplemente de los virus y bacterias y

probablemente del olor humano. Lo que precisamente describe el atento alumno Enoc [33]:

Y el Señor habló a Miguel: Acercaos a él y desvestid a Enoc quitándole las ropas terrestres e ungidlo con mi buen unguento y ponedle las ropas de mi gloria. Y Miguel así lo hizo, como el Señor le había hablado: me ungió y me vistió. Y cada unguento parecía más que una luz grande y su untuosidad era como el rocío y su olor como el de la mirra y brillaba como los rayos del sol. Y me miré a mí mismo, y yo era como uno de sus magníficos seres; y no había diferencia entre nuestras apariencias.

Ahora hay que imaginarse que toda esta escena tiene algo que ver con el «querido Dios» de las religiones. Él posee un unguento especial y da órdenes de que Enoc sea embadurnado con esta pasta de intenso olor. ¡Nosotros los hombres siempre tuvimos un gusto muy particular! Después, Enoc es vestido y, según el procedimiento, constata que su apariencia es la misma que la de los otros. ¡Lógicamente! ¡Con su traje espacial! ¿Cómo si no? Cuando Enoc llegó al puente de mando o a la sala de conferencias de la nave —según la visión teológica—, «ante el trono de su gran majestad», cuenta que el jefe se alzo y, «se acercó a mí y me saludó empleando su voz».

En este punto la cosa se pone delicada para los exégetas. No se puede atribuir a Dios esta escena. Dos extraterrestres («hombres, que nunca había visto en la Tierra») cogen a Enoc, lo desinfectan, le ponen un traje espacial, lo llevan a la nave y lo ponen ante el comandante y este se supone que saluda al hombre «empleando su voz». Este comandante da órdenes de proporcionarle al hombre la «caña de escritura rápida», y el subordinado llamado Vrevoel le dicta durante días obras científicas. ¿A quién le sorprende que toda la vieja escuela de exégetas se tirara de los pelos y convirtiera el resumen de la experiencia de Enoc en «palabrería» y «visiones»? ¿En qué era vivimos? ¿Cuántos argumentos hacen falta para abrirles los ojos a estos provincianos? Esto es todo lo que yo, como aplicado escritor del presente, estoy describiendo —nada nuevo—, tiene milenios de antigüedad. Simplemente ha sido olvidado,

malinterpretado, analizado psicológicamente y tergiversado. Ya va siendo hora de tomar los textos y darles una forma comprensible y moderna; y de sondear la profundidad de sus significados. Que las dudas hagan temblar a la autoridad y que la razón triunfe por encima de la creencia.

En los círculos de la ciencia aparece el argumento de que la investigación tendría que concentrarse primero en la opción adecuada posible y razonable, antes de recurrir a propuestas más exóticas. En el caso de los textos de Enoc, ¿cuál es la opción adecuada, posible y razonable? Seguramente no los resultados presentados hasta ahora. No tienen ningún sentido porque Dios o sus arcángeles y ángeles son presentados como las figuras ejecutivas. Entonces algunos hechos de estos creadores omnipotentes del universo convertirían a un verdadero dios en una figura absolutamente indigna. La mejor solución para sondear el significado de los textos es adoptar un punto de vista acorde con la época. Esta también fue la intención de todos los «señores» que dictaron los libros a Enoc [25]:

El Señor me dijo: «¡Oh! Enoc, contempla la escritura de la pizarra celestial, lee lo que está escrito sobre ella y recuerda cada detalle». Yo observé todo lo que estaba escrito en la pizarra, memoricé todo y leí el libro.

(Capítulo 81, 1)

El mismo Enoc, escritor del Señor, le entrega estos libros a su hijo en la despedida previa a su gran expedición espacial:

Y ahora, mi hijo Matusalén, conserva estos libros que tu padre te entrega en mano y entrégaselos a las generaciones venideras del mundo.

(Capítulo 82, 1)

En caso de que los egipcios tengan razón y Enoc sea la misma figura que Saurid, el constructor de pirámides, entonces podemos esperar aún algunas sorpresas dentro de la Gran Pirámide. Después de todo, los árabes insisten en el *Hitat* en que en la Gran

Pirámide hay unos textos, «que la protegen y la hacen conservarse perfectamente [23]». *Ciencia* viene de *alcanzar conocimiento*. En lo que respecta a la Gran Pirámide de Gizeh se practica precisamente todo lo contrario. Incluso los egiptólogos en el presente —al menos los árabes— deberían conocer los antiguos textos de sus propios antepasados. En el *Hitat* se puede leer [23] que Saurid (alias Enoc) mandó hacer unas ilustraciones en la pirámide oriental (aparentemente la pirámide de Kéops) sobre «las diferentes bóvedas celestes y los planetas». *Además de otros «libros sobre estrellas. En ellos se pueden encontrar las estrellas fijas y los períodos de aquello que se desplazaba cada cierto tiempo... así como los acontecimientos del pasado...»*^[9].

Los egiptólogos no conocen nada de todo eso. La pirámide de Kéops se encuentra en el anonimato total. En las paredes no hay ni un solo insignificante jeroglífico. Pero ¡alto! En la gran galería a izquierda y derecha entre las vigas hay unas piezas de metal acerca de las cuales no se encuentra ninguna explicación en la literatura especializada. Sin embargo, es probable que estas piezas sirvieran algún día de soporte de unas chapas de oro. De forma que la gran galería que conduce a la «Cámara del Rey» era antaño una fantástica entrada, flanqueada a izquierda y derecha por las personalidades del pasado. Posiblemente un grupo cualquiera de ladrones de tumbas arrancó estas planchas y las fundió. Sin embargo, también quedan otras opciones. Como debería haberse dado a conocer entretanto, dentro y debajo de la conocida pirámide de Kéops hay diversos túneles y habitaciones [34, 35]; aun cuando las bienaventuradas autoridades de El Cairo no quieran desvelar nada sobre ello.

El drama real en el libro de Enoc se desarrolla entre los comandantes de la nave nodriza —«el Supremo» en la interpretación religiosa— y su equipo —los «ángeles caídos»—, ya que este equipo hace todo aquello que los ángeles nunca podrían hacer [25]:

«Una vez que hayan aumentado los hijos de los hombres, en aquellos días nacerán de estos hijas bonitas y dulces. Pero cuando los ángeles, los hijos del cielo, las vieron, se despertó en ellos el deseo y hablaron entre sí: ¡Adelante! Queremos elegir unas mujeres para nosotros entre las hijas de los hombres, y así engendrar hijos». Sin embargo, Semjasa, su superior, les habló: «Temo que no vais a llevar a cabo tal cosa, pues entonces yo sería el único en expiar grandes pecados». Entonces le contestaron y hablaron: «Todos queremos hacer un juramento y obligarnos mediante una maldición a no dar por vencido el plan». Entonces todos juraron y se obligaron mediante maldiciones a ello. En total fueron doscientos los que en días de Jared descendieron de la cumbre del monte Hermón.

(Capítulo 6, 1-5)

¿Y, para aclarar esto hacen falta grandes volúmenes teológicos? El estado de la cuestión se puede describir claramente: un equipo de doscientos «hijos celestiales» descienden del monte Hermón, ven maravillosas chicas terrestres y deciden practicar sexo con ellas. Sin embargo, como eso está prohibido juran entre ellos que harán eso únicamente y que no se dejarán disuadir por las intenciones de estas. En otro pasaje también se habla sobre el sexo entre humanos y extraterrestres [36]. En este pasaje un ángel llamado Semael seduce a nuestra progenitora Eva: «Y vea, él no tenía apariencia terrenal sino celestial». Otros miembros del equipo pescaron bonitas chicas e incluso mozalbetes de acuerdo con sus gustos. Ante el horror de los creyentes de la Biblia también se habla sobre ello en el libro de los libros:

Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra y les nacieron hijas, al ver los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas.

Esto se puede consultar en el Génesis —el Libro Primero de Moisés—, capítulo 6, verso 1.

Desde que existe una teología como ciencia, las palabritas «hijos de Dios» alimentan una discusión entre los eruditos que ha producido miles de páginas de comentarios contradictorios. A veces «hijos de Dios» se traduce por «gigantes»; otras se les llama «niños de Dios», «ángeles caídos» o «espíritus renegados». ¡Dan ganas de

gritar! Una sola palabrita de la Biblia tergiversa las creencias y les da la vuelta. No obstante, cualquier experto que haya estudiado hebreo y conozca los símbolos escritos y entienda su significado sabe perfectamente lo que expresan las sílabas a las que se alude [37]:

Los que descendieron hasta aquí se parecían a los hombres y eran mucho más altos que ellos.

A mí, personalmente, esta discusión entre los eruditos solo me despierta una sonrisa de indiferencia. No importa cómo se quiera interpretar este pasaje bíblico, siempre se hace una interpretación errónea. Si se escoge «hijos de Dios», entonces Dios tuvo que tener hijos. ¡Y eso en los tiempos de Adán! Y estos tuvieron entonces sexo con las hijas de los hombres. ¡Una idea impensable! Si se toma el término «ángeles caídos», entonces en el cielo tuvo que darse una pelea. Y esto, ¿cómo? Sin una bronca allí arriba no existirían «ángeles caídos». La lectura más razonable sigue siendo la mía: extraterrestres. ¡Basta! Y más aún cuando Enoc enumera los nombres de los líderes [25]:

Estos son los nombres de sus líderes: Semjasa, su superior; Urakib, Arameel, Akibeel, Tamiel, Ramuel, Danel, Ezequiel, Saraqujal, Asael, Armers, Batraal, Anani, Zaqebe, Samfaveel, Sartael, Turel, Jomjael, Arasjal^[10].

Pero las ocupaciones del equipo no acaban ahí; Enoc las describe:

Asael enseñó a los humanos a fabricar espadas, armas, escudos y petos y les enseñó los metales y cómo trabajarlos; y los brazaletes y las alhajas; les enseñó a utilizar el maquillaje de ojos y a embellecer los párpados, las piedras más preciadas y finas y todos tipo de tintes... Semjasa instruyó en el arte de los conjuros y en el de cortar raíces... Baraqel en el de mirar a las estrellas, Kokabeel la astrología, Ezequiel la ciencia de las nubes; Samfaveel los signos del sol, Seriel los de la luna...

(Capítulo 8)

Aún no está completa la lista de nombres. Después de todo, fueron doscientos «ángeles caídos» los que descendieron del monte Hermón. ¿Qué pasa con el resto? Enoc proporciona una lista adicional, ya que, al final, ya podía escribir y conocía su lengua. Incluso le habían enseñado otras lenguas. Y así, Enoc se convirtió en intérprete entre los extraterrestres y sus paisanos.

«Y estos son sus nombres: El primero de todos es Semjasa, el segundo Artakisa, el tercero Armen, el cuarto Kokabel, el quinto Turael, el sexto Rumjal, el séptimo Danjal, el octavo Rekael, el noveno Barakel, el décimo Azazel, el undécimo Armaros, el duodécimo Batarjal, el decimotercero Busasejal, el decimocuarto Hananel, el decimoquinto Turel, el decimosexto Simapesiel, el decimoséptimo Jetrel, el decimoctavo Tumael, el decimonoveno Tarel, el vigésimo Rumael, el vigésimo primero Jseseel».

Y estos son los nombres de sus líderes y algunas de las cosas que hicieron:

El nombre del primero es Jejun, este es el que sedujo a todos los niños de los ángeles, el que los llevó a tierra firme y los sedujo valiéndose de las hijas de los humanos. El segundo se llama Asbeel; este les dio a los niños de los ángeles malos consejos, de forma que se corrompieron con los cuerpos de las hijas de los humanos. El tercero se llama Gadree; este es el que enseñó a los hijos de los humanos a dar todo tipo de golpes mortíferos. También enseñó a los humanos las armas mortales, los carros de combate, los escudos, las espadas de batalla y toda clase de instrumentos para matar. De sus manos recibieron armas que extendieron entre los habitantes de la tierra firme. El cuarto se llama Penemue; este les enseñó a los niños de los humanos la diferencia entre lo amargo y lo dulce y les reveló todos los secretos de su sabiduría. *Él también enseñó a los humanos a escribir con tinta y pape*^[11]....

(Capítulo 69, 2)

Hacer un comentario sobre esto sería superfluo, todos sabemos leer. Sin embargo, la sociedad en la que tengo el placer de vivir es un tanto obtusa, se ve sobrepasada y sufre de agotamiento, de forma que necesita de personas que lo inicien y le ayuden a no desquiciarse.

La lista anterior no solo presenta los nombres de todos los «ángeles renegados» que «descendieron del monte Hermón» —

bajo mi punto de vista, un equipo de rebeldes que se oponen a las órdenes de su comandante—, la lista presenta además algunas de las profesiones de estos «guardianes del cielo», como se les llamará en otros pasajes. Jequn resulta ser el cabecilla que convence a sus colegas de que practiquen sexo con las hermosas chicas. En esto lo apoyó Asbeel Gadreel y Asael, que aparecen en la lista anterior, los metalúrgicos belicosos que enseñan a los humanos por primera vez a fundir los metales y así fabricar petos, escudos y espadas de batalla. Entre tanto, tiene que surgir la pregunta de qué enemigos había contra los que se pudiera luchar. Penemue, el maestro del equipo, no solo enseña a los humanos a escribir con tinta y papel, también los instruye en el arte de las finuras culinarias. Baraqel se muestra como astrónomo; Kokabeel como astrólogo —con lo que nosotros en la actualidad no podemos partir desde un punto de vista científico—; Ezequiel es el meteorólogo («ciencia de las nubes»); Arakiel, el geólogo..., etc. Según la interpretación que yo hago de acuerdo con la época, una parte del equipo de «su magnificencia», «su gran majestad» (el comandante de la nave espacial), renegó y los hermanos sabían perfectamente que estos no volverían más a la nave nodriza. Son los insurrectos. Por ello intentan sobrevivir en la Tierra y enseñan a los hombres de la Edad de Piedra a fabricar armas y utensilios que antes no conocían. Este escenario no es una invención mía, Enoc hace un esbozo de los acontecimientos.

Después de que los 200 «guardianes del cielo» descendieran y liberaran sus ansias sexuales, tuvieron miedo de la ira de sus comandantes. Entonces envían a Enoc a la nave nodriza; como terrestre, él quizá podría hablar en favor de ellos [25]:

Me llevaron al cielo. Yo entré, hasta que me acerqué a un muro que estaba construido con piedras de cristal y rodeado de una lengua de fuego; y comenzó a infundirme temor. Penetré en las lenguas de fuego y me acerqué a una casa grande construida con piedras de cristal. Las paredes de la casa se parecían a un suelo hecho de piedras de cristal y el suelo era de cristal. Su techo era como un fondo de estrellas y truenos, entre ellas había querubines centelleantes y su cielo estaba hecho de agua. Un mar de fuego rodeaba sus muros y sus puertas ardían en llamas... Allí había otra casa, más grande que esta, todas sus puertas estaban

abiertas. Esta destacaba a todas luces por su magnificencia, esplendor y grandiosidad. Su suelo era de fuego; la parte de arriba estaba hecha de rayos y estrellas circulares, y su techo ardía en llamas, y yo vislumbré un trono elevado. Tenía la apariencia de la escarcha; a su alrededor había algo que se asemejaba al sol centelleante... Su gran majestad estaba sentado encima; su vestimenta era más resplandeciente que el sol y más blanca que la nieve más pura...

(Capítulo 14, 9)

Los críticos objetarán que no he colocado los capítulos del libro de Enoc en el orden correcto y que he cambiado intencionadamente los acontecimientos. ¡Perdón! Incluso los expertos de otras épocas cambiaron el orden de los capítulos de forma voluntaria. Debido al caos de pergaminos y rollos de papiro nadie sabía cuál era el orden correcto. Se siguió un orden dependiendo de las preferencias o del sentido que parecía tener. El traductor, el doctor Emil Kautzsch, apuntó ya hace ciento siete años que los textos no estaban compuestos «de una sola pieza» [25]. Y debido a que en el siglo anterior ningún experto se percató del significado, el doctor Kautsch se preguntó: «¿Qué tienen que ver las extensas teorías (de Enoc) sobre el Sol, la Luna, las estrellas, los vientos y demás con el juicio mesiánico? Sin excepción, todos los traductores de Enoc se enfrentaron al mismo dilema. Por una parte, no se entiende el orden de los textos, porque constantemente se intercalan partes que parecen cronológicamente ilógicas y, por otra parte, porque las palabras y los términos permiten hacer las interpretaciones más diversas. Solamente en el libro de Enoc eslavo existen tres redacciones diferentes: una más larga, una de tamaño mediano y otra más corta. En la redacción más larga se pueden identificar fácilmente cinco tipos de caligrafía diferentes escritas en búlgaro medio. Se sabe incluso dónde se realizó una de las partes que están en caligrafía rusa:

»Copia realizada en la ciudad de Poltava por la Iglesia Zarista de la resurrección de Jesucristo Nuestro Señor... en el monasterio de la Ascensión del Señor» [33]. Además, existen textos de Enoc en serbio y en ruso que constan de 189 páginas y de 362, respectivamente. Igual que los «textos primigenios» de los

Evangelios del Nuevo Testamento, los textos de Enoc han sido modificados. Los abades y los monjes opinaban que los libros de Enoc hablaban del Mesías, de la salvación, de sus primeros días y vaticinaban la vuelta de este. Por no hablar de los castigos tal y como aparecen en el Apocalipsis (la «revelación secreta» del Nuevo Testamento). Lógicamente, aquello que no se podía comprender en el texto original se convirtió, en la siguiente versión, en algo que más o menos se pudiera entender. Un caos total. De igual forma, en la «redacción más larga» del profesor Nathanael Bonnwetsch algunos pasajes se traducen de forma diferente a las variantes griega y eslava. En esta se puede leer acerca de la procedencia de los «guardianes del cielo» [33]:

Ellos descendieron a la tierra desde el trono del señor en Hermón, rompieron los votos sobre la cima del monte Hermón, y vieron a las hijas de los hombres, que eran hermosas, y las tomaron como sus mujeres para sí, y la tierra quedó ensuciada por sus actos...

(Capítulos 17-19)

La lógica de los honorables intérpretes de los doscientos años pasados no podía dejar de ser la misma. Su concepción —tomando como patrón la «Era de los Ordenadores»— ha sido desde el comienzo errónea. A las posibles interpretaciones se les puso un corsé religioso desde el principio, se les pusieron barreras cuyos límites no podían ser traspasados. Tampoco se pudo pensar en que nuestros padres y abuelos no sabían nada de los viajes espaciales. El sentido actual de las cosas modifica completamente el sentido de Enoc —¡y no solo de Enoc!—. Las consecuencias de ello pueden ser muy poco tranquilizadoras, ya que se deben sacar conclusiones acerca de la existencia de extraterrestres en general, más aún en la tierra de hace siglos; y estas hacen que nuestra visión del mundo se derrumbe. Esto no lo escribo ni por arrogancia, ni por diversión. Por este motivo no vamos a conseguir interpretar los textos de nuestros antepasados de forma moderna. Ya existen demasiados, están desperdigados por todo el mundo y de las ruinas y los templos van a

aparecer otros nuevos. (Ustedes, estimados lectores, lo van a vivir en el siguiente capítulo). Como el Manuscrito Voynich. Caminamos derechos hacia un tiempo de milagros y de despertar. La historia humana no ha llegado todavía a su fin.

Enoc experimenta un viaje a los cielos que no puede comprender, como en otros relatos lo hacen Abraham, Ezequiel, Arjuna o Enkindu. No puede salir de ese estado de asombro, de sorpresa y de temor. No conoce el material de la nave espacial y por eso compara la envoltura externa tan poco agradable de los cristales. Enoc no sabe nada de los cristales antibalas o de las pantallas holográficas y por eso ve «un techo como un fondo de estrellas y truenos». Con gran respeto y asustado es conducido por los comandantes: «La gran majestad estaba sentado encima; su vestimenta era más resplandeciente que el sol...». ¿Y, qué hace esta majestad? Saluda a Enoc y rápidamente deja claro que los «ángeles caídos» —los insurrectos— no pueden esperar nada más de él [25]:

No temas, Enoc, hombre justo y escritor. Entra y escucha: ve y habla con los guardianes del cielo que te han enviado aquí para que pidas por ellos: vosotros deberíais pedir por los humanos y no ellos por vosotros. ¿Por qué habéis dejado el alto y eterno cielo para dormir con las mujeres, os habéis unido a ellas y las habéis tomado como vuestras mujeres y habéis actuado como los hijos terrestres...?

(Capítulo 15, 2)

La «gran majestad» también sabe lo que va a hacer contra los insurrectos y sus secuaces. Provocar un diluvio sobre el planeta Tierra. «Una gran tragedia llegará a toda la tierra, un Diluvio Universal... El gran castigo llegará a la tierra para limpiarla de toda suciedad...» (capítulo 106, 13). En la redacción más larga se completa este pasaje con lo siguiente: «Y por eso llevaré un diluvio a la tierra, y la misma tierra quedará destruida y convertida en un barrizal».

De todas maneras la «gran majestad» se encarga antes de eso de que sobrevivan algunos humanos elegidos para que así la

población humana se pueda recuperar con el paso de los siglos — hasta que él vuelva—. En la redacción más larga la «gran majestad» habla de volver «por segunda vez». Además, los pocos que sobreviven al Diluvio llevan consigo una reserva de genes modificado. Esto también se puede extraer de los textos con claridad, anteriormente he escrito sobre ello [35, 38]. (¡De esto se darán cuenta nuestros astutos genetistas!).

¿Acaso es lícito inventar un texto sacado de entre este caos y luego, además, filtrar aquellos pasajes que se adaptan a nuestra concepción de las cosas de forma intencionada? Recordemos: el mismo Enoc insiste en su autoría como padre de Matusalén en varias ocasiones. Después se le dictan conocimientos que sencillamente no se pueden esperar de una sociedad humana ¡antes del Diluvio! [33]:

Repetidas veces vi rayos y estrellas en el cielo... y vi cómo estas eran pesadas con una justa balanza, dependiendo de la proyección de su luz, de la magnitud de su espacio y del día de su aparición^[12].

(Capítulo 43)

¿Cómo clasifican nuestros astrónomos las estrellas hoy? Tanto por su dimensión («pesadas con una justa balanza»), por su valor de luminosidad («proyección de su luz»), por su ubicación («magnitud de su espacio») como por el día de la primera observación («día de su aparición»). El Enoc antediluviano debió haber recibido ese tipo de indicaciones de alguien que estaba muy adelantado al tiempo de Enoc. Estos instructores foráneos —Enoc les llama «Uriel» y «Bertil»— le dictaron y le demostraron al perplejo Enoc aspectos astronómicos y meteorológicos que para nosotros son temas cotidianos. Pero no lo eran en el tiempo de Enoc:

Allí mis ojos vieron los misterios de los rayos y los truenos, los misterios de los vientos, cómo se distribuyen para soplar sobre la tierra, y los misterios de las nubes y del rocío... (capítulo 41). Vi el continente del Sol y de la Luna, de dónde salen y hacia dónde vuelven, vi su majestuoso retorno, vi cómo el uno precedía al otro, su esplendorosa órbita, cómo no rebasan sus órbitas, cómo no se

ensanchan... después vi tanto la cara visible de la Luna como la invisible, y cómo esta vuelve a recorrer su camino cada día y cada noche... Después me fueron revelados los secretos de los rayos y las luces, cómo brillan bendiciendo y saciando a la tierra... Ya que el trueno sigue unas reglas fijas en lo que respecta a la duración de su resonancia y estas están determinadas. Los truenos y los relámpagos nunca van separados; llevadas por el espíritu se mueven juntos y no se separan. Porque cuando relampaguea el trueno hace estallar su voz...

(Capítulo 60)

Enoc aprendió cosas que nosotros solo hemos descubierto después de tediosas investigaciones. Escribe sobre el «recorrido oculto de la Luna» o sobre las reglas que siguen los rayos y los truenos, cosa que era muy difícil distinguir en la Edad de Piedra. El ángel «Uriel» le explica dónde está la «despensa de los rayos». Estas son áreas con una violenta actividad eléctrica debido a las diferentes cargas de las nubes que entre las tormentas y la tierra descienden como «columnas de fuego divino».

Las instrucciones que recibe Enoc afectan al Sol, a la Luna, a los días de años bisiestos o las órbitas de las estrellas con relación a la rotación de la Tierra. Debido a que los libros de Enoc no se pueden encontrar en una biblioteca convencional y a que internet no ofrece más que comentarios extremadamente superficiales que no ayudan a entender nada, me quedan aún algunas citas que he sacado de la recopilación de traducciones obtenidas a lo largo de siglos [25]:

El libro sobre el funcionamiento de las luces celestes, sobre cómo están relacionadas entre sí dependiendo de sus clases, su poder y su tiempo, de sus nombres, lugares de origen y meses, que me mostró el ángel sagrado Uriel que estuvo a mi lado... (capítulo 72). Primero sale el gran luminar llamado Sol, su alcance es como el del cielo y está completamente envuelto de fuego alumbrador y calorífico... Al descender, el Sol desaparece del cielo y regresa por el Norte para alcanzar el Este. Cuando el Sol despunta en el cielo, aparece durante treinta días por cada una de las cuatro puertas y se oculta por la puerta Oeste del cielo. Durante aquellos días, los días duran más de lo normal y la noche es más corta de lo normal.

(Capítulo 72, 27)

Así prosigue, el Sol se pone por «puertas imaginarias», los días se hacen más largos y las noches más cortas, hasta un día en que

«se igualan el día y la noche; el día tiene la misma duración que la noche; cada uno tiene nueve partes».

Todo el mundo ve cómo el Sol sale por el Este y se pone por el Oeste. La salida y la puesta del Sol no se producen en el mismo punto del horizonte, ya que estos puntos se van desplazando de un día para otro de acuerdo con unas leyes estipuladas, que dependen del punto terrestre desde donde se haga la observación. El día en que comienza la primavera (21 de marzo) y el día en que comienza el otoño (23 de septiembre) el Sol sale exactamente por el Este y se pone exactamente por el Oeste. Durante el resto de los días, la salida y la puesta del Sol se van desplazando. Para Enoc esto son las «puertas» entre las que se mueve el Sol. Estos desplazamientos se igualan y este dato también lo constata Enoc correctamente: «Para entonces, el Sol ya ha recorrido el trecho principal y vuelve de nuevo a empezar».

Creo en la evolución —con algunas restricciones— y engullo los libros de Enoc con total lucidez. No pude ser que en los libros antiguos aparecieran conocimientos modernos y que nuestros superinteligentes filólogos, teólogos y exégetas solo vieran en ellos «visiones» o «el jardín encantado de Enoc». A veces imagino que estoy dentro de un *ballet*. A mí alrededor bailan sirenas en puntas y hombres con túnicas ondeantes, y todos hacen un dibujo fantasmal que no existe. ¿Les falta a los demás imaginación o son incapaces de deshacerse de sus prejuicios y desligarse de sus caparazones hinchados tras el paso de los siglos? Yo me califico a mí mismo como un realista fantástico, pero la fantasía no es lo mismo que tener un velo ante los ojos. Las fronteras entre los realistas de hoy en día —los científicos— y mi forma de concebir las cosas son difusas. Simplemente, un científico aparta la mirada en cuanto la realidad adquiere una forma fantástica. La realidad de un Enoc para nosotros hoy en día sigue siendo fantasía, para Enoc también lo fue y, sin embargo, fue una realidad vivida. Después de un *talk show* en televisión, un científico me dijo: «¡Uno no se ocupa de esas cosas! ¡Tenemos problemas ahora en el presente!» Él no quiso reconocer

que el pasado influye sobre nuestra forma de pensar en el presente. Si hace siglos unos extraterrestres visitaron la Tierra e instruyeron a un tipo como Enoc, esto tiene mucho que ver con el presente. Piense usted, estimado lector, en las concepciones religiosas, en las consecuencias filosóficas, en la posibilidad de una tecnología espacial que atraviesa años luz o en la promesa de retorno de todas las religiones que ha habido desde el pasado hasta el presente. Aparentemente hay dos tipos de hipótesis: las absurdas y las demás. Los instructores de Enoc —incluso si los convertimos en “ángeles” aunque no peguen con el entorno— sabían muy bien por qué estaban instruyendo a su alumno [25]:

El pequeño luminar llamado Luna... Su salida y su puesta es diferente en cada mes. Sus días son como los días del Sol, y cuando su luz está repartida de forma uniforme, esta es equivalente a la séptima parte de la luz del Sol y de esta forma sale: su primera fase en el Este empieza el 30 por la mañana y ese día se hace visible y por eso aparece ante vosotros la primera fase lunar... La mitad de ella hace que emerja un séptimo de ella y el resto de su disco está vacío y no recibe luz... excepto un séptimo y un catorceavo de la mitad de su luz... El ángel divino Uriel me enseñó todo y yo copié sus posiciones tal y como él me mostró. Ella va aumentando en séptimos (la Luna) hasta que su luz está completa en el Este, y en séptimos va disminuyendo hasta que es completamente invisible en el Oeste...

(Capítulo 74)

En *El libro moderno sobre el espacio* [39] no leo otra cosa distinta: «Los puntos en que la Luna cambia de la zona Sur a la zona Norte de la eclíptica reciben el nombre de nodo ascendente y nodo descendente. Las apariencias más llamativas de la Luna son las fases lunares. Ya que la propia Luna no irradia luz, sino que es iluminada por el Sol, las fases de la Luna dependen de la posición que cada uno de los dos astros tiene con respecto al otro...».

Esto está descrito con todo detalle también en el libro de Enoc. Simplemente él habla de «puertas» entre las que oscilan el Sol y la Luna. Describe las fases lunares y sabe que el satélite de la Tierra recibe su luz del Sol. Este tipo de mensajes presuponen dos cosas: no solo hay que conocer la forma esférica de la Luna sino que, más allá, hay que conocer la órbita elíptica que la Tierra realiza alrededor

del Sol. Lo que, se mire por donde se mire, resultaba imposible saber en el siglo III antes de Cristo, cuando supuestamente fueron redactados los textos. Johannes Kepler, Galileo Galilei o Isaac Newton aparecieron mucho más tarde en el teatro del mundo. En los capítulos 74 y 75 Enoc proporciona una descripción de los días de años bisiestos:

Y si se añaden cinco años enteros al Sol le sobran treinta días. Todos esos días, pertenecientes a los cinco años completos, suman en total trescientos sesenta y cuatro días [...] Los guías [...] tiene también una relación con los cuatro días de años bisiestos, los cuales no se pueden separar de su sitio de acuerdo con el cómputo completo del año, pero que, sin embargo, no se cuentan al calcular el total de los días del año. Y estos hacen sus oraciones en esos cuatro días, que no se tienen en cuenta al calcular el año [...] Ya que el ángel Uriel me mostró los signos y los tiempos, los años y los días [...] Vi carros volando por el cielo del mundo, *encima de cada puerta en torno a la cual se mueven las estrellas y nunca se extinguen*^[13]. Una de estas estrellas es más grande que el resto y recorre el mundo entero.

Cuando leo que Enoc vio «carros en el cielo», «encima de cada puerta en torno a la cual se mueven las estrellas y nunca se extinguen» salta una chispa en mis pensamientos y me dirige a la antigua India. Aquí está el texto con el que voy a hacer la comparación [40]:

El carro divino de Indra llegó en el brillo de la luz desterrando del aire las tinieblas e iluminando las nubes con estruendo, como el ruido del trueno. Era un artefacto mágico del cielo, imponente a los ojos. Arjuna subió en el carro. Cuando se fue acercando a la zona que es invisible para los mortales, vio otros carros divinos, cientos de ellos. Allá arriba no brillaban ni el Sol, ni la Luna, tampoco resplandecía el fuego. Lo que desde la Tierra parecen estrellas parecidas a lejanas lámparas son grandes cuerpos celestes.

¡No puede ser cierto que contemplemos las descripciones de Enoc de forma aislada y hagamos una comparación superficial de sus textos con otros según las creencias judeocristianas! ¡Es una luz en el horizonte! Incluso si ilumina los siglos del pasado. Los conocimientos que tenemos en el presente no son la cumbre de la

sabiduría, y nosotros los humanos no somos ni la culminación de la creación ni la cima de la espiral evolutiva. La terquedad de nuestras creencias sobre los resultados de la ciencia solo está justificada cuando se trata de las ciencias exactas. Por el contrario, todas las conclusiones obtenidas por las ciencias sociales o las humanidades se ponen en duda y deben cuestionarse como requieren las nuevas informaciones. Estas informaciones de los relatos antiguos ni son sueños, ni palabrería; están ahí y harán que nuestra sociedad, que tantos brincos da por internet, se confunda más aún y se asombre más que con la invención de la radio.

Incluso nosotros nos movemos cada día en una especie de mundo encantado. Las pantallas son esos espejos mágicos que nos asombran en nuestro salón con acontecimientos sobre las tropas en Iraq, sobre el lejano Perú o sobre la conquista del Polo Sur. Asistimos al asesinato de un presidente de los Estados Unidos y más tarde vemos y oímos al mismo hombre —como si hubiera resucitado de la muerte— y nos sonrío desde el otro lado de la caja mágica. Vemos programas de ciencia y asistimos a descubrimientos bajo un microscopio y no podemos diferenciar lo que es real de lo que es publicidad. Miramos boquiabiertos a las estrellas de los cohetes espaciales y vemos una estación espacial que reluce como una débil estrellita allí fuera en alguna parte. Y cuando el planeta Tierra se deshaga de nosotros, hormigas humanas, ni el cielo sabe cómo describirán el pasado nuestros descendientes. Imagínese, estimado lector, que a la Tierra la asolara una catástrofe, no importa el motivo de esta. Sin embargo, allí arriba sobre una montaña de los Alpes suizos han sobrevivido unos hombrecitos. Ellos harán todo lo posible por no dejar que su especie se extinga y tratarán de engendrar niños con mucho empeño. El papá zarandea a su hijo mientras este está sentado sobre sus rodillas en el momento en que un águila mutante sobrevuela su cabaña.

«Mira, hijo mío», dice el padre, «en mis tiempos había pájaros cien veces más grandes que esta águila. En el vientre de los pájaros iban humanos sentados y estos miraban a la tierra a través de unas ventanas. Estos pájaros volaban más

rápido que una flecha sobre las grandes extensiones de agua y llegaban a un sitio en el que las casas eran parecidas a esta y casi podían tocar las nubes...».

El padre muere y el joven se convierte en papá. La escena del águila se repite. Ahora el nuevo padre le dice a su hijo:

Imagínate, hijo mío, tu abuelo me contó una vez que hubo un tiempo en que había pájaros gigantes sobre los que podían ir montados los humanos y desde ellos podían mirar la tierra desde arriba. Estos pájaros eran más rápidos que cualquier flecha y sobrevolaban violentos acuíferos y alcanzaban lugares en los que las casas sobresalían de las nubes...

Ya para la segunda generación esta historia resultaría imposible, y algunas generaciones más tarde los teólogos intentarían dar un sentido religioso y psicológico a estas escenas. ¡Ayúdanos, divino Enoc!

Hoy todavía existen textos de épocas mucho más lejanas, a pesar de que vuelvan a reescribirse y se adapten a la sensibilidad de la época. Con estos textos como, por ejemplo, con la cábala judía se han construido textos en clave de forma intencionada. Solo un pequeño círculo de eruditos debía entender el contenido cifrado. Hemos traducido, seguramente mal, pequeñas partes de otros como el *Popol Vuh* o los textos maya —¡solo quedan tres de ellos!—, y otros como el Manuscrito Voynich se resisten a nuestros esfuerzos hasta ahora. No merece la pena escribir sobre los cientos de miles de obras que fueron víctimas de incendios o de la destrucción. Pero la Biblia, los Apócrifos o el libro de Enoc todavía existen. Incluso si no conservan la forma original. Y nosotros, ¿qué hacemos con ellos? De una mutación artificial selectiva, o sea, de un cambio en el código genético, creamos una fábula sobre «la maravilla del nacimiento». Esto se describe por Enoc en los capítulos 106 y 107 o en el rollo de Lamech, uno de los escritos del Mar Muerto [41]. Y nosotros, como bobos, descubrimos en ellos la idea original de la «Inmaculada Concepción». La reluciente descripción del profeta Ezequiel en la Biblia se convierte en «visiones, ensoñaciones,

presentimientos» u otras bobadas, a pesar de que se refiere al acceso a una nave espacial. Y con Enoc hacemos trabajos manuales y lo convertimos en un fenomenal «jardín encantado». ¡Tremendo!

Del séptimo soberano antes del Diluvio, «el que se elevó a los cielos» —según las escrituras cuneiformes—, hay relatos que han sido incluso falsificados, adaptados, ampliados, modificados, reescritos y que han sido provistos de significado religioso y, sin embargo, siguen siendo reconocibles por sus contenidos. Ya que este «séptimo» se llama Enoc en la Torah, y en el Antiguo Testamento a esta ensalada variada se le llama los libros de Enoc. Aun cuando el escritor se llamara de otra forma totalmente distinta, no me queda otra que seguir llamándolo Enoc. Un grupo de extraterrestres letrados le enseñaron diferentes aspectos de las ciencias, y para que todo fuera un poco más deprisa le enseñaron a escribir con la «caña de la escritura rápida». Después del curso divino intensivo regresa con los suyos con un objetivo muy claro: debe informarlos y entregarles sus libros para que estos perduren en el tiempo [33].

Y hasta 200 hombres descendieron y llegaron al lugar de Achuzan, donde se encontraban el mismo Enoc y sus hijos. Y los más viejos del pueblo acudieron y se reunieron todos y besaron a Enoc y hablaron:... a ti te ha elegido el Señor entre todos los hombres de la tierra y te sentó para que tomaras notas de sus criaturas.

(Redacción más extensa en los capítulos 61, 4-64, 5)

¿Dónde está ese lugar llamado «Achuzan», donde Enoc congregó a los suyos? Hoy se puede localizar este sitio por las indicaciones astronómicas que él dio. Antes de que Enoc desapareciera por segunda vez en el supuesto cielo, dicho de forma moderna, cuando pudo embarcarse a bordo de la nave nodriza para hacer ese gran viaje, hace todo lo posible por informar a su sociedad sobre lo ocurrido y asegurar sus libros de cara al futuro:

Enoc nació el sexto día del mes Pamovus y vivió trescientos sesenta y cinco años. Sin embargo, fue acogido en el cielo el primer día del mes Nisán y permaneció en el cielo sesenta días mientras escribía todos los símbolos de las criaturas que había creado el Señor. Y él escribió trescientos sesenta libros y se los entregó a sus hijos, y permaneció treinta días sobre la tierra hablando con ellos y fue de nuevo acogido en el cielo en el mismo mes de Pamovus, el mismo sexto día de ese mes... Matusalén y sus hermanos, todos los hijos de Enoc, se apresuraron y construyeron un altar en el lugar de Achuzan donde él había sido llevado...

(Redacción más extensa en el capítulo 68)

Y si aún caben dudas de si el séptimo patriarca antes del Diluvio fue Enoc, y de si realmente se trató de libros, entonces quizá las siguientes citas puedan convencer:

... Oíd la palabra de vuestro padre, todo lo que os manifiesto salido de los labios del Señor, y tomad estos libros escritos de puño y letra por vuestro padre...

(Redacción más extensa en el capítulo 67)

Estas son las enseñanzas completas recogidas por Enoc, el escritor... [25].

(Capítulo 92, 1)

Otro libro que fue redactado por Enoc para su hijo Matusalén y para aquellos que vivieran después de el...

(Capítulo 106, 1)

Entonces Enoc empezó a relatar lo que ponía en los libros...

(Capítulo 93, 1)

Y ahora, hijo mío Matusalén, trae a mí a todos tus hermanos y reúne ante mí a todos los hijos de tu madre...

(Capítulo 91, 1)

Y ahora, hijo mío Matusalén, te lo he mostrado todo y te he descrito las leyes de las estrellas.

(Capítulo 79, 1)

Matusalén se apresuró y llamó a sus hermanos Ragim y Riman y Uchan y Chermion y Gaidad y a los más viejos del pueblo, y los llamó ante la presencia de su padre Enoc... [33]

(Redacción más extensa en el capítulo 57, 10)

En el futuro no debía fracasar la misión, y aparentemente también nosotros fuimos invocados:

Y ahora, mi hijo Matusalén... te he desvelado todo y te he entregado los libros que tratan sobre todas estas cosas. Conserva, hijo mío Matusalén, *los libros que de la mano de tu padre te son entregados y ponlos en manos de las próximas generaciones del mundo*^[14]... [25].

(Capítulo 81, 1)

¿Dónde están esos libros? Todo el montón de textos antiguos que se presentan como los libros de Enoc no puede ser todo lo que hay. En algún momento y en alguna parte aparecerán textos adicionales. Esto lo profetizó «el grandioso», quien debió haberlo sabido personalmente:

Y de una simiente se levantará otra generación, la última generación, una grande y tremendamente insaciable. Después, cuando vaya apareciendo cada generación, los libros escritos de tu puño y letra serán revelados, ya que los guardianes de la tierra se los mostrarán a hombres fieles; y se volverán más sagrados, más que al principio... [33].

(Redacción más extensa en los capítulos 35, 10)

¡Estas perlas del pasado son fantásticas! El diagnóstico es muy acertado: los textos, que no fueron comprendidos en los tiempos de Enoc, milenios después «se volverán más sagrados, más que al principio». Una persona como yo, que dirige su vista al pasado lo más posible, quiere contribuir a dar rienda suelta al momento del despertar. Un profundo cambio se está aproximando, un cambio que los políticos, los científicos autocomplacientes y los melodramáticos líderes religiosos intentan frenar pero nunca podrán parar. Contra los pensamientos no existen vacunas; estos no conocen ni fronteras, ni pueden ser censurados. E incluso encima tienen la capacidad de extenderse sin parar.

A través de nuestros canales mágicos se intenta homogeneizar a la sociedad. Las personas se convierten en vagos moralistas que se convencen de que son «buenas personas». Los medios de comunicación de masas prefabrican la imagen que estas personas tienen del mundo, y los jefes y redactores no son más que meros peones de las recomendaciones superficiales y de los consejos

consultivos de las comisiones políticas que, en el momento más indicado, tratan de entrometerse —aun cuando no entienden nada del tema—. No están permitidos los programas en televisión que contradigan alguna religión. ¡Hasta este punto hemos llegado! El carácter poco científico y la creencia en tonterías lo dominan todo. Con la saturación de información nos hemos vuelto perezosos. Preferimos engancharnos a la televisión a centrar nuestra atención en leer un libro de forma crítica. Mejor hacer el vago en la playa de Hurgada que arrastrarse por la Gran Pirámide. La juventud trastea y teclea algo en internet y la pantalla escupe datos a la retina —que ni siquiera nos interesan y que por ello desaparecen en el olvido—. ¿De qué sirve una proliferación del conocimiento en la edad electrónica si no ocurre nada con él? Navegamos por las informaciones pero no nos sumergimos en ellas. Este internet nos manipula, ya que creemos que a la Red le podemos pedir toda información posible y así estar completamente informados. Erich von Däniken = fin de la racionalidad.

La Red nos devuelve lo que alguna vez alguien introdujo. Por este motivo, estimados lectores, no podrán encontrar en la Red ni textos apócrifos, ni una lista de los reyes de Manetón, ni mucho menos una traducción completa del *Mahabharata* de Chandra Roy realizada en el año 1888. La información en la Red es una ilusión. De pronto nos encontramos con el vacío cuando queremos llegar hasta textos primigenios que jamás fueron introducidos. Basura en forma de gigas que entra, basura en forma de gigas que sale. Entre tanto, tampoco son posibles las conexiones transversales. El internet que todo lo sabe es parcial, e incluso manipula a los que creen que pueden fiarse de él. Creado para los simpatizantes entre los simpatizantes. Los internautas se comportan todos de la misma manera en cuanto están sentados ante un teclado. Inconscientes de que pestañean al compás. Ya no me sorprende porque sé cómo funciona el sistema. No se pueden establecer relaciones transversales fuera de la Red porque no se conocen. Así, esta creencia psicótica, se podría llamar también la sociedad de los

simpatizantes, se ha convertido en el día a día de nuestra sociedad aparentemente tan bien informada. El unir el pasado con el futuro está reñido con estos cerebros programados de la misma forma. Ambos están unidos, y una sociedad que no quiera aprender eso tendrá que orientar su pensamiento en otro sentido ya que el futuro será arrollado por el pasado. ¿Cómo nos comportaremos cuando los extraterrestres de Enoc vuelvan a aparecer? Y que van a venir es más seguro que el amén de las iglesias. (Para los interesados me remito a la fuente número [35]). Se puede esgrimir del siguiente ejemplo que nuestra mente está manipulada desde el momento en que nacemos. Esto es algo que se me quedó grabado en una conferencia del profesor de informática Karl Steinbuch.

En un país los niños reciben una educación que les convierte en cristianos, en otro en musulmanes, y ninguna de las dos sociedades se plantea que con un simple intercambio de los bebés una persona no se hubiera vuelto cristiana sino musulmana, y la otra no se hubiera vuelto musulmana sino cristiana. Este simple hecho demuestra el significado fundamental de todos los procesos de adoctrinamiento.

Después de que Enoc hubiera aprendido la lengua de los extraterrestres, instruido por «ángeles», después de que llevara al pergamino todo lo aprendido gracias a la «caña de escritura rápida» y siguiera informando a sus hijos y a los más mayores sobre aquello durante treinta años, sus amigos «celestiales» lo vuelven a embarcar en el gran viaje. Las personas no entendieron lo que pasó [33 A]:

Cuando Enoc hubo hablado con su pueblo, el Señor llevó la oscuridad a la Tierra y cubrió a todos los hombres que estaban con Enoc. Y los ángeles se apresuraron y tomaron a Enoc y se lo llevaron hacia arriba... y el pueblo lo vio todo y no entendió cómo Enoc había sido llevado. Y aquellos que lo vieron rezaron a Dios y se fueron a sus casas.

(Redacción más extensa en el capítulo 67)

Los relatos judíos de la Antigüedad describen de forma más detallada la desaparición de Enoc [42]. Según estos relatos, los «ángeles» le habían prometido a Enoc que lo llevarían consigo al cielo pero la fecha del viaje de partida no había sido fijada: «Oí una llamada para que subiera al cielo, pero no sé qué día partiré de vuestro lado». Las personas estaban sentadas alrededor de Enoc y este les contó todo lo que había aprendido de los ángeles Bertil y Uriel. En particular les inculcó la idea de que no guardaran sus libros en secreto sin que los pusieran al alcance de las generaciones futuras de esta Tierra (¡Yo secundo esta petición!). Pasados unos días después de que diera estas instrucciones la cosa se puso interesante [42]:

Pero todo ocurrió en el mismo momento en que todos estaban sentados alrededor de Enoc y este les hablaba. Entonces las personas levantaron sus ojos y vieron la figura de un corcel que bajaba del cielo, y el corcel descendió a la Tierra atravesando la tormenta. Entonces las personas le contaron a Enoc lo que veían y este les habló: «Este corcel ha bajado por mí. Ha llegado el momento y el día en que he de partir y nunca volveré a veros». El corcel había llegado ya y todos los hijos de los hombres lo vieron claramente.

Al parecer, los extraterrestres «Bertil» y «Uriel» le habían informado a Enoc de que el comienzo iba a ser peligroso para las personas que estuvieran alrededor. Por eso, Enoc intentó mantener apartados a sus seguidores. En varias ocasiones advirtió a los pesados curiosos de que no lo siguieran «para que no muráis». Otros lo entendieron, otros dudaron, pero los tercos mirones querían presenciar a toda costa el «viaje al cielo» de Enoc. La situación se volvió dramática [42]:

Ellos hablaron, iremos contigo al lugar al que vayas, solo la muerte podrá separarnos de ti. Ya que insistían en ir con él, Enoc dejó de tratar de convencerlos, y ellos lo siguieron y no volvieron nunca más. Y así fue como Enoc, atravesando el temporal, ascendió al cielo sobre el impetuoso corcel en el carro en llamas.

El paseo de Enoc a caballo a través de las nubes fue mortal para todos sus acompañantes. Al día siguiente se buscó a los hombres que habían seguido al maestro [42]:

Y los buscaron en el lugar donde Enoc había ascendido a los cielos. Y cuando llegaron al lugar encontraron todo cubierto por la nieve, y sobre la nieve había grandes piedras parecidas a las piedras de nieve. Entonces uno le habló a otro: bien, apartemos la nieve, debemos ver si los hombres que siguieron a Enoc yacen debajo de la nieve. Y apartaron la nieve y encontraron a los hombres que habían seguido a Enoc muertos bajo la nieve. También buscaron a Enoc; sin embargo, no lo encontraron, ya que había subido al cielo. Esto sucedió en el año 113 de la Era de Lamech, el hijo de Matusalén, cuando Enoc ascendió al cielo.

Este dramático final debería dejar perplejos a los exégetas que califican la «ascensión» de Enoc como el eterno recibimiento de la grandiosidad de Dios. ¿Se puede imaginar uno que el bondadoso, querido Dios, observó de brazos cruzados cómo cientos de mentecatos morían mientras su maestro Enoc ascendía a los cielos? Estos escucharon al sabio Enoc, lo adoraban, se quedaron pegados a él y lo acompañaron hasta el final, hasta donde comenzaba todo para él. ¿Qué les pasaba a estos hombres? Enoc asciende «atravesando el temporal» y «sobre el impetuoso corcel en el carro en llamas» hacia el cielo, pero en el suelo mueren todos sin excepción e incluso las piedras se ponen blancas del calor y se deshacen en polvo que parece nieve. Hoy sabemos que las piedras de cal cuando están sometidas a altas temperaturas se vuelven blancas, y que la arena —dependiendo de la temperatura— se deshace en forma de cristales que parecen sal blanca. ¿Y se supone que esto lo provocó el querido Dios que según los teólogos estaba detrás de las «visiones» de Enoc? ¿No tenía él el poder de traer hacia sí a sus alumnos sin perjudicarlos? ¿A qué se debe la forma tan cruel y dramática en que murieron quemadas esas personas que solo querían seguir a su maestro Enoc?

La teología, la filología y la filosofía son, al fin y al cabo, ciencias humanas, y precisamente estas me reprochan a mí y a algunos que piensan como yo que hemos retorcido los textos para beneficiarnos

de ellos. ¿Cuán retorcido ha de ser un pensamiento para convertir la «majestad», «la gran majestad» de los libros de Enoc, en algo divino? Bien es cierto que entiendo las interpretaciones de la vieja escuela, ya que nuestros honorables abuelos no sabían nada de los viajes al espacio y creían que era necesario entender los textos desde un punto de vista teológico, interpretarlos y protegerlos. La protección tiene algo de conservación —las latas de conservas tienen escrita una fecha de caducidad.

Los textos de Enoc y otros relatos de la Antigüedad están pidiendo a gritos una interpretación más acorde con nuestros tiempos. Sin embargo, en nuestra sociedad se gritan muy rápido con indignación cosas como «imposible», «locura» y «sacrilegio». ¿Cuándo va a entender la ciencia que la rueda del conocimiento no la controlan aquellos que poseen los libros, incluso si estos son académicos, sino aquellos que no quieren dar la espalda a la razón? Ya en 1946 la ONU proclamó la libertad de informaciones como un derecho fundamental. Todos los Estados libres conocen este *freedom of information act*^[15], como se conoce este derecho en Estados Unidos de América. El libre intercambio de informaciones es uno de los derechos más valiosos de las personas. Todos debemos hablar, escribir y expresarnos libremente. Es obvio, ¿no?

Incluso en el mundo democrático hemos llegado hasta el punto en que hay libros que se prohíben judicialmente. Una persona individual o una comunidad religiosa —o, lo que es más grave, una ideología política— se siente ofendida y se indigna y de inmediato se prohíbe el libro, muchas veces incluso antes de que se publique. Como si los afectados no pudieran demandar por injuria y no se pudieran plantear las verdaderas o aparentes calumnias. En los casos más graves esto sirve para perjudicar al autor que pregonaba en el mundo esas calumnias. Hoy hemos alcanzado tal punto, que no se permite decir determinadas cosas en público. Estamos limitados por lo «políticamente correcto» o las leyes hipócritas —¡es inadmisibile!— que ponen el grito en el cielo después de que se haga una declaración. ¿Quién ha dicho qué? La manipulación

fundamentada en lo judicial, el Estado orwelliano, van avanzando paso a paso dirigidos por payasos políticos que se creen importantes hasta puntos indescriptibles. Y los pobres jueces, que tienen que imponer este sinsentido, también se lo acaban creyendo; sus juicios consiguen que haya paz entre las almas de la sociedad, y esta tiene mucho mayor peso que la constitución. Como miembro del club internacional Pen Club, comprometido con la libertad de expresión me avergüenzo total y absolutamente de estas tristes leyes, que sotieran la libertad de expresión y que recientemente han empezado a existir incluso en el Derecho suizo. ¡Cuán lejos han llevado todo esto los bufones políticos!

En los Estados teocráticos no hay libertad de expresión. Quien siempre prohíbe la palabra hablada o escrita, siempre tiene un motivo para temerla. ¡Su propio adoctrinamiento apesta demasiado! Cuando la sociedad se ha «adaptado», lo siguiente es esto: ¡marchar en formación!

He planteado la suposición de que en la Tierra tiene que haber textos escritos por los extraterrestres, y hasta el momento me remito a los siguientes ejemplos:

- El dios Thot le entregó al faraón unos textos en Naukratis (Egipto).
- El llamado *Libro de Adán* escrito sobre una piedra de zafiro.
- Oannes (Babilonia) entregó a los hombres un libro.
- El ser divino «Yma», del libro sagrado de los persas, el *Avesta*, dejó unos textos. En los fenicios el mismo ser se llamó «Taut».
- El emperador chino de Meng-Ho recibió unos textos sobre monstruos con «cuerpo de caballo y cabeza de dragón».
- El maestro divino del Tíbet cuyo nombre era Padmasambhava trajo unos textos indescifrables a la Tierra que hasta hoy están ocultos esperando al momento en que «sean comprendidos».
- Diodoro de Sicilia sostenía que Dios había enseñado a los hombres a escribir.

- Enoc: «¡Oh Enoc! Contempla lo que está escrito sobre la tabla divina...». Enoc fue instruido por arcángeles llamados Vrevoel, Bertil y Uriel y recibe la «caña de la escritura rápida». Le entregó los libros a su hijo Matusalén.

Mi listado es deficiente, ya que innumerables autores de la Antigüedad y escritores de diversas religiones piensan lo mismo. ¿Qué hacemos con ello? ¿Todo son cuentos, sinsentido, tonterías, visiones, imaginación, pérdida de realidad, jardines encantados? ¿O, quizá esto dependa de nuestra forma de verlo porque no queremos aceptar lo aceptable? Nuestro pensamiento se ve manipulado desde el ámbito de la escuela hasta en la ciencia. La evolución es una palabra mágica. Y que la evolución existe se puede comprobar y es indiscutible. Con limitaciones. Todo no depende del principio feliz de la evolución. En la historia de la humanidad se han producido mutaciones artificiales con objetivos concretos. Al menos esto se puede demostrar leyendo los textos de la literatura antigua, y el que no quiera aceptarlo entonces es que no conoce los textos. También hubo algunos «dioses» y «maestros» que no podemos hacer desaparecer del cajón de la evolución porque estos tuvieron una repercusión en la historia. Y para los que conocen la materia esto es demostrable, ¡el resto deberían ser más humildes y leer! Nuestra terca creencia en la evolución nos ha cegado y pensamos que lo uno viene de lo otro, y que nosotros los humanos naturalmente estamos en la cima de esta espiral. Esto es tan poco cierto como la pretensión religiosa de que somos la culminación de la creación. Los astutos ilustrados se aferran al principio de la «posibilidad sencilla» o «solución más a mano». Este esquema les impide adoptar cualquier otra forma de pensar. No pueden salir de la cárcel de sus pensamientos, ya que con la «solución más a mano» el problema se ha acabado. ¿Qué más queda por investigar? Este método, aun cuando se convirtiera en sagrado para la ciencia, solo aporta medias respuestas a la profundidad de los problemas —o incluso aporta respuestas

totalmente erróneas—. Una de estas soluciones nulas es la teoría de la evolución. Esta teoría acierta en muchos aspectos, pero no en todos.

El diálogo *Timeo* de Platón, por ejemplo, no solo trata sobre la Atlántida, sino también sobre geometría y la creación de la Tierra [43]. Después de dedicarme durante semanas a Platón no entendí por qué Galileo Galilei, con su *Tratado sobre planetas*, causó tanto revuelo y cómo la Inquisición cristiana lo condenó a muerte en el siglo XVII. Porque todo lo que Galileo enseñaba en sus clases podía releerse ya en los textos de Platón. Incluso el hecho de que la Tierra es redonda o de que nuestro planeta gira en una órbita alrededor del Sol. Plinio el joven (año 61-113 después de Cristo), el que por su parte debió estudiar a Platón y Euclides, deja una prueba muy clara [44]:

Entre los ilustrados y el pueblo llano reina una gran disputa sobre si en la Tierra viven personas cuyas plantas de los pies están enfrentadas... Los últimos lanzan la pregunta de ¿cómo puede ser que los que están en el lado opuesto no se caigan? Como si los que están en el lado opuesto no se asombraran por lo mismo... Lo que sí parece sorprendente es que la Tierra forma una esfera en la basta superficie de los mares... Por este motivo en la Tierra no es de día y de noche al mismo tiempo, ya que en la mitad de la esfera que se opone al Sol se hace de noche...

¡Nada nuevo bajo el sol! Entonces, ¿el conocimiento de Enoc provenía en realidad de los antiguos griegos? Tampoco, ya que en tiempos de Platón era también conocido que las leyes primordiales provenían de los dioses. Mientras que nosotros nos oponemos a ese tipo de criterios, para los filósofos griegos —hoy los llamaríamos científicos— estos eran totalmente cotidianos. Aquí hay un ejemplo:

En el diálogo *Gorgias* participaron entonces: Platón, Calicles, Querofonte, Gorgias y Sócrates —un grupo de verdaderos intelectuales—. Primero Sócrates inauguró el diálogo recalando que estaba convencido de lo que iba a decir, que aquello era para él la verdad. Entonces él explicó que ya en tiempos de los dioses la geometría había jugado un papel importante. En el tercer libro de

Platón, *Leyes* esto se pone de manifiesto claramente. Aquí se plantea la pregunta de si en los textos antiguos había algo de verdad. ¡Entonces sí! Se referían explícitamente todos a las sagas «sobre hecatombes en el mundo humano debido a inundaciones u otros desastres, en los que solo se hubiera podido salvar una ínfima parte de las generaciones humanas». Se habla sobre cómo los únicos que sobrevivieron fueron los que habitaban en las montañas, y estos solo pasadas unas generaciones ya no tenían ni el más mínimo recuerdo de las civilizaciones anteriores. Estas personas tomaban como cierto «lo que se decía sobre los dioses» y seguían viviendo. Para su convivencia, «después del Diluvio» los humanos tuvieron que desarrollar nuevas reglas, dado que ya no quedaban entonces más legisladores de los tiempos pasados.

Las leyes más antiguas provenían de los dioses, y eso nos lleva de nuevo a lo que le dictaron los ángeles Bertil, Uriel y Vrevoel a Enoc. ¡Nunca!, maldicen los evolucionistas. Los textos de Enoc los robaron los sacerdotes judíos de la sabiduría de los antiguos griegos. Entonces habrá que aclarar también por qué Enoc redacta en primera persona, por qué nombra a su hijo Matusalén y sostiene que unos «ángeles» lo montaron sobre un carro de fuego y le enseñaron todas esas cosas.

En los diálogos de Platón *Timeo* y *Critias* se relata detalladamente, como conoce el lector, la historia de la Atlántida en su totalidad. En estos diálogos aprendemos que Solón copió de una columna estatuaria el texto de la Atlántida, «próxima al lugar donde el río Nilo se bifurca para formar el Delta, llamado saíta..., de la gran ciudad de Sais..., de la ciudad donde nació el rey Amasis...». El sabio Solón, que llevó la historia de la Atlántida de Egipto a Atenas, vivió entre los años 640 y 560 a. C. Solón copió de una columna una historia que se remonta a siglos antes de su época. ¿Y quién fundó la Atlántida? Poseidón, un hijo de los dioses, o, si lo expresamos según la mentalidad moderna, uno de los descendientes de los miembros de la tripulación mencionada por Enoc que se amotinaron y que tuvieron relaciones sexuales con las hijas de los hombres y,

en consecuencia, no se les permitió seguir viajando con «su gran majestad». No olvidemos que Poseidón dejó embarazada a una terrícola y que la Atlántida surgió, en un principio, con el fin de proteger a su nueva familia. No olvidemos el hecho de que el «dios Poseidón» erigiera, según la concepción de aquella época, un gran estado avanzado que era mil veces superior a otros pueblos de la Tierra y en el cual los edificios estaban revestidos de un metal especial, el «orichalcum». ¿Y qué tiene que ver la alusión a la Atlántida con los libros de Enoc?

En el texto de Enoc no aparece ni una sola palabra acerca de la Atlántida, ni tampoco acerca de una isla desaparecida y sumergida, o acerca del gran estado de uno de los «ángeles caídos». ¿Por qué no? Porque los textos de Enoc son anteriores a la inundación de la Atlántida.

«Solo hay dos cosas infinitas», dijo Albert Einstein en una ocasión, «el universo y la estupidez humana, y de lo primero no estoy seguro». Einstein no quería herir a nadie con esta afirmación, simplemente manifestaba su opinión acerca de la sociedad.

¿Pero en este capítulo no se iba a hablar del Manuscrito Voynich? ¿Qué tiene que ver Voynich con Enoc o con los hallazgos del padre Crespi en Ecuador?

En la colección del Padre Crespi podemos encontrar inscripciones grabadas en piedra y metal, que nadie las tiene en cuenta únicamente porque nadie las revisa. Sin embargo, algunas de las piedras de Crespi, la gargantilla dorada con los 16 símbolos, o también la pirámide de metal con los elefantes y con una franja escrita en el borde inferior de la piedra, se pueden encontrar a miles de kilómetros al norte de Ecuador, en Estados Unidos y también a 12 000 kilómetros al este, en Francia.

Allí, cerca de la localidad de Glozel al sudeste de Vichy, el campesino Emile Fradin descubrió entre los años 1924-1930, piedras grabadas y huesos con caracteres, que nadie analizó. En su libro *Enigmas arqueológicos* [45], el periodista suizo Luc Bürgin expone minuciosamente este hecho, aunque no consigue hacer eco

entre los expertos. Estos deberían haber prestado mayor atención, ya que muchos de los signos en las «piedras de Glozel» también están presentes en las obras expuestas del padre Crespi. Como por arte de magia. Doce mil kilómetros en línea recta separan Glozel en Francia del padre Crespi en Ecuador. Por lo menos algunos de los descubrimientos en Glozel fueron datados entre los años 15 000 a 17 000 a. C. ¿Quién ha «copiado» a quién?

Otro yacimiento enigmático así de controvertido se encuentra en un valle apartado en Illinois, Estados Unidos. En los años 80 del siglo pasado aparecieron allí numerosos artefactos que se encontraban en unas cavernas. El obstinado y estafalario Russel Borrows afirma ser el autor de este descubrimiento. Entre los objetos dorados encontramos grabados con signos. Lamentablemente, Russel Borrows tiene un circo montado en torno a estas cuevas de las que de ninguna manera quiere revelar su ubicación que mantiene en secreto.

Aun así, Luc Bürgin pudo fotografiar algunos de los artefactos y, de esta manera, hacerlos públicos [46]. Los caracteres procedentes de la «Borrows Cave» también se asemejan a los de Glozel en Francia y a aquellos de la colección de Crespi en Ecuador. Evidentemente, existieron, en épocas prehistóricas y muy anteriores a la inundación, hombres que grabaron en piedra, hueso y metal caracteres muy similares. ¿Qué debemos hacer? ¡Por lo menos echarles un vistazo y comparar!

La pieza más llamativa de la colección de Crespi sigue siendo la placa de metal dorada de aproximadamente 60 centímetros del altura con los 56 símbolos «troquelados». Tal y como me aseguró el padre Crespi —le hice varias visitas—, en este caso solo se trata de un ejemplar de muestra de la «biblioteca de metal» que, según afirmó, se encuentra en un lugar secreto. (Este tema está desarrollado en el siguiente capítulo). Algunos de los símbolos en la placa son similares a aquellos que aparecen en el Manuscrito Voynich. No obstante, se dan en un número demasiado reducido como para poder darse por satisfecho. El Manuscrito Voynich fue

desechado antes de ser descifrado, al igual que la placa de metal de Crespi, a pesar de que el profesor indio de sánscrito D. K. Kanjilaal identificara en él caracteres aislados del brahmanismo antiguo. Según Crespi, líderes espirituales indios le confiaron el secreto de que la «biblioteca de metal» describe a la generación que vivía antes de la inundación. Enoc también lo revela. Sus «ángeles» le dictaron los secretos de la naturaleza, del sistema solar y del universo.

Por su parte, en el Manuscrito Voynich aparecen muchas plantas que no existen en la Tierra. Algunas dan la sensación de que la descripción botánica está presente en ellas hasta en la última molécula. También hay extrañas mangueras, bañeras y balnearios unidos entre sí y con dichas plantas. Dentro hay figuras femeninas con aspecto de estar bañándose en la fuente de la juventud. Nada de todo esto aparece en ninguno de los textos de Enoc. ¿Estamos ante una posible comparación entre Enoc y Voynich?

Se dice que Enoc escribió más de 300 libros. Los libros de aquella época tienen poco que ver con la concepción de libro que tenemos en la actualidad, sino más bien con la idea de rollos de papel o los actuales folletos. No olvidemos que Enoc se los entregó a su hijo Matusalén antes de su viaje para las generaciones posteriores a la inundación. No hay que descartar la posibilidad de que alguno de estos «folletos» fuera a parar a un monasterio y que los monjes copiaran el incomprensible fragmento una y otra vez; sin embargo, considero que se trata de una idea descabellada. No estaría nada mal que los libros de Enoc que todavía no se han descubierto nos revelaran los secretos de las plantas extraterrestres y los métodos para alargar nuestra esperanza de vida.

En el Manuscrito Voynich se repiten las mismas palabras, como si se trataran de conceptos claves. Véase la página 76 del Manuscrito Voynich. (Encontrarán el número 76 arriba a la derecha). A continuación, lea línea a línea, preferiblemente tapando con una hoja a modo de guía. En la mitad de la primera línea encontrará una desinencia que, aunque diminuta, se parece a nuestro número «89».

En la siguiente línea la encontramos de nuevo a la izquierda y en la cuarta línea aparece tres veces. Una vez más está presente este «89», generalmente, al final de las mismas palabras. Solo en la página 76 conté la «sílabas 89», si es que se trata de una sílaba, sesenta y cuatro veces. De las cuales, trece veces estaba al final de la misma palabra. Siempre había pensado que, observando la frecuencia con la que aparecen las expresiones, se podían sacar conclusiones. Evidentemente, esta regla no se puede aplicar en el Manuscrito Voynich. En este aparece una letra, que se parece a nuestro número «4», y este «4» está presente hasta 1300 veces en algunas páginas. El lingüista Erhard Landmann admite haber comprendido el contenido esencial del Manuscrito Voynich. Un ejemplo [47]:

La unión del universo con la Tierra propició la creación, y esto está representado en el Manuscrito Voynich. En la página 68 del Manuscrito Voynich se nombra a las Pléyades y a la estrella Aldebarán. Desde las Pléyades hasta nuestro sistema solar hay una línea de unión sinuosa que aparece representada con la forma de una de las caras del Sol...

Landmann opina que las Pléyades existieron en el comienzo de todas las historias de la humanidad. Sí se puede afirmar que diversas culturas primitivas creían en la visita de sus dioses de las Pléyades (maya, inca, maorí). No obstante, no puedo establecer hasta qué punto es correcta la afirmación de Landmann. En el Manuscrito Voynich aparecen constantemente las estrellas. A veces se dispersan por los márgenes y después en distintos colores y tamaños; en el margen superior o inferior; en otra ocasión parecen formar parte de las explicaciones astronómicas sobre los signos del Zodiaco, o, de alguna manera, están vinculadas a las mujeres desnudas dentro de sus vasijas. Entre ellas hay alguna que guarda relación con el texto de Enoc.

Contemplan, estimados lectores, la imagen del Manuscrito Voynich con las tres franjas con escrituras que forman un círculo, las estrellas y el Sol en el centro. Del sol central salen hacia el exterior

abanicos rojos azulados y entremedias hay estrellas en cantidades desiguales. ¿Ha contado los abanicos rojos azulados? Son doce. Observe el círculo como si se tratara de un reloj y reconocerá «letras» a «las nueve horas» y enfrente, aproximadamente, a «las tres horas». Son las mismas en ambos casos, si bien a «las tres horas» están al revés. Evidentemente, se expresa lo mismo dos veces. Doce abanicos que salen del sol y pasan entre las estrellas, y todo esto dividido por la mitad. ¿Qué ponía en el texto de Enoc? [25]:

La luz del Sol sale de las puertas orientales del cielo y se pone en las puertas occidentales del cielo. Vi seis torres de las que sale el Sol y seis torres en las que se pone... Todos los días el día y la noche se acompañan; tienen la misma duración...

Enoc habla de en total «doce torres», subdivididas en seis. La representación en el Manuscrito Voynich muestra exactamente lo mismo. Ahora bien, puede tratarse de una coincidencia, pero puede servir de ayuda a los criptógrafos para descifrarlo, ya que por lo menos ahora se puede vislumbrar de qué se trata.

Se ha especulado acerca de la procedencia del Manuscrito Voynich. Según mi opinión, deben excluirse dos de las variaciones mencionadas. El manuscrito no es producto de la «inspiración» cristiana. ¿Por qué no? Por un lado, en el manuscrito no encontramos ni un solo símbolo cristiano y, por otro lado, un cristiano nunca habría pintado ni a las mujeres de colores en sus bañeras ni las flores. No hay lugar a equívocos. La segunda variación es el soñador del género que trata la psiquiatría. Esta hipótesis no es errónea, pero este pobre individuo tendría que haber tenido alguna noción de astronomía. Véase la puerta de Enoc de las que sale el Sol y la imagen correspondiente en el Manuscrito Voynich.

De vez en cuando el hombre tropieza con la verdad, pero la mayoría se levantan y se van como si nada.

(Winston Churchill, 1874-1965)

2

LA REVELACIÓN DE LOS DESCUBRIDORES

EN agosto de 1972 se publicó mi libro *Aussaat und Kosmos*^[16]. La obra consta de 226 páginas escritas, de las cuales doce describen una cueva en Ecuador, Sudamérica.

Hablo de una mesa y sillas que se encontraban en los túneles y cavernas, y continúo como sigue:

Detrás de las sillas hay animales. Saurios, elefantes, leones, cocodrilos, jaguares, camellos, osos, monos, bisontes, lobos; se deslizaban lagartos, caracoles, cangrejos. Como creando formas, se organizaban en filas paralelas de forma natural y amigable. No se agrupaban en parejas como los animales en el Arca de Noé; tampoco como lo hubiera querido el zoólogo, según la procedencia y raza; ni siguiendo los parámetros del biólogo, según la jerarquía de la evolución natural. Se trata de un zoológico de locuras, y los animales que allí se encuentran son de oro macizo...

Enfrente del zoológico, a la izquierda de la mesa de conferencias, hay una biblioteca de placas de metal. Una parte está compuesta por placas y la otra de láminas de metal milimétricas... Están una al lado de la otra como si fueran hojas encoladas de infolios gigantes. Cada lámina tiene una inscripción, un sello, y está estampada uniformemente como por una máquina. Moricz todavía no había conseguido contar las páginas de su biblioteca de metal, doy por buena su estimación de que puede tratarse de varios miles.

Fuera quien fuera el creador y el organizador de esta biblioteca, no solo dominaba, junto con sus ayudantes, la técnica de crear láminas de metal en tal magnitud, sino que también era conocedor de los caracteres a través de los cuales quería comunicar algo importante a los seres del futuro lejano. Esta biblioteca de metal fue concebida para que desafiara el paso del tiempo y fuera legible durante toda la eternidad...

Estos fragmentos de *El oro de los dioses* desencadenaron una tormenta de indignación a nivel mundial. Esta comenzó en el ámbito germano hablante, donde las revistas de renombre me acusaban de fabulador, llegó más adelante a Estados Unidos y siguió por los países hispanohablantes. Fue a parar, como es normal, a los archivos de prensa, duplicándose y multiplicándose hasta convertirse en una avalancha que me arrolló. Arruinaron mi reputación como escritor. Me etiquetaron de cuentista y de un embaucador que no merecía que lo creyeran. Arqueólogos difundieron que en Ecuador no existen tales túneles subterráneos, y los pocos que hay han sido investigados por científicos palmo a palmo hace tiempo. Por supuesto, según todos ellos, no existe ni la biblioteca de metal, ni el zoológico, y las placas de metal en el patio trasero del padre Crespi no es más que chapa de latón barata. Me acusaron sencillamente de querer llamar la atención de mis lectores con mis historias falsas para ganar dinero.

Naturalmente, intenté defenderme, pero sin éxito. Mi carrera estaba hundida y todavía me pregunto cómo conseguí hacer públicos, después de *El oro de los dioses*, otros veinte libros de divulgación en muchas lenguas (además de algunas novelas). Pero ¿por qué volver a arrojar luz sobre una vieja historia? En la vida todo vuelve. El relato en torno a esta biblioteca de metal estará próximamente en boca de todos. La competición ya ha comenzado en la clandestinidad, en un punto muy concreto en Ecuador. Yo, junto con unos cuantos, conocemos su posición geográfica. Los astutos periodistas seguirán la ardiente y espectacular estela y, sin poder remediarlo, se darán de bruces con aquellos chismes de *El oro de los dioses*. Y de nuevo volverán a aparecer en los cajones de archivos las viejas fábulas acerca de Erich von Däniken y su comportamiento, porque nadie puede saber lo que realmente sucedió hace treinta y cinco años.

¿Qué era todo aquello? ¿De dónde salía esta historia imposible de una biblioteca de metal subterránea? ¿Me lo había inventado todo para ganar importancia? ¿Es qué me había vuelto loco? ¿Por

qué escribí que había estado allí personalmente si nada de esto podía ser cierto?

¿Realmente era todo mentira?

Ha llovido mucho desde *El oro de los dioses*. Desde siempre he llevado un archivo riguroso. Transcurridos treinta y cinco años hago públicos algunos escritos de aquel entonces. No se trata ni de prepotencia ni de vanidad, pero no puedo permitir que un tesoro incalculable se quede en agua de borrajas o que sea acaparado por cualquier comunidad religiosa. Mi intención es evidenciar cuál fue el quid de la cuestión y cuál es la situación actual en torno a esta biblioteca escondida. ¿Quién ha mentido? ¿Cuándo? ¿Por qué razón? ¿Qué medidas se tomaron para aclarar, de una vez por todas, esta cuestión? ¿Y dónde se supone que está la biblioteca de metal?

Previamente quiero llevar a cabo unas observaciones básicas:

Desde 1966, fecha en la que publiqué mi primer libro *Recuerdos del futuro*, he escrito veintinueve libros. En mis primeros años como escritor no siempre fui tan cauteloso ni lo suficientemente crítico conmigo mismo. Era demasiado confiado como para poner en duda a mis informadores. A menudo di por buenos los datos que me proporcionaban terceras personas, me dejaba llevar demasiado por mi entusiasmo o me equivocaba en la evaluación de algunos indicios. Errar es humano, no me avergüenza admitirlo. En las aproximadamente 9000 páginas que he escrito, siempre se ha colado alguna errata y otras veces el paso del tiempo ha dado la razón a la parte contraria en vez de a mí. Ahora, cuando discuto con un experto, sé desde el principio que domina su materia mucho más de lo que yo lo hago. Se trata de no engañar, de no mentir y de no querer timar al contrario. Escuchar y no interrumpirse mutuamente

es mi lema de un tiempo a esta parte. Después de mantener largas conversaciones con científicos eruditos, he llegado a la conclusión de que siempre se aprende algo nuevo. He de señalar que este aprendizaje es recíproco, ya que, constantemente, la parte contraria ha reconocido no saber nada acerca de mis conocimientos especializados.

Los errores pueden ser subsanados, corregidos.

No hay nada de extraordinario en esta afirmación, puesto que también afecta a otros autores del mundo. En todos los libros de temática especializada y, a menudo, en publicaciones de divulgación científica encontramos errores. Con el paso del tiempo se llega a nuevas conclusiones. Es importante añadir que la ciencia está viva, gracias a Dios, puesto que muchos avances se deben a los nuevos enfoques.

Ahora bien, hay personas que consideran que un error demostrado es suficiente para echar por tierra toda la teoría. «Si uno de los datos que aparecen en su libro no es correcto», se suele decir, «entonces debo suponer que todos los demás también son incorrectos». Según esta lógica, podríamos deshacernos de todos los libros de texto, científicos y de los manuales de enseñanza, si aplicáramos la regla de que el tiempo ha demostrado que parte de su contenido ha dejado de ser acertado.

Existe otro sector que se deja seducir por lo superficial y actúan como jueces arrogantes. Este tipo de personas oscila constantemente entre «descubrimiento» y «estafa», se muestra enfadado y carga todo el peso de la injusticia sobre sus hombros. Por último, están los religiosos que no quieren ver ni oír nada, pero que, sin embargo, lo juzgan todo.

La última categoría, que disgusta especialmente a los escritores, la constituye aquellas personas que no han leído el libro pero, no obstante, sacan de alguna revista un asunto controvertido y lo transforman en todo un «descubrimiento». Siempre, por supuesto, sin haber consultado al escritor criticado. A menudo leo: «Däniken afirma...» o «ha escrito...», si bien yo ni he afirmando, ni he escrito

nada a lo que se hace alusión. Algunos amigos me aconsejan, sin mala intención, que los denuncie. Pero si hiciera esto, tendría que contratar a un abogado y malgastar un tercio de mi tiempo en desmentir falsedades de este calibre. Lo peor de todo esto es que, si no me quejo, esta gente se escuda en la afirmación de que no he «desmentido nada».

Como bien dijo Christian Morgenstern, «El bumerán voló pero no volvió. El público lo esperó durante horas». Ya ha vuelto el bumerán, aunque han pasado treinta y cinco años. ¿Qué pasó por aquel entonces en Ecuador?

En enero de 1970 un ciudadano suizo, que vivía en Ecuador, me envió un artículo de periódico añadiendo que seguramente sería de mi interés. Este artículo procedía del importante periódico *El Telégrafo* que se publica en Guayaquil, Ecuador [49]. En el titular se podía leer: «Un auténtico mundo subterráneo en Sudamérica». En el subtítulo ponía: «La expedición Moricz 1969» revolucionará la historia mundial. La noticia iba acompañada de fotos en blanco y negro en las que no solo se mostraba a un equipo de personas entrando en un sistema de grutas, sino también el acceso a un laberinto bajo la tierra. Esta entrada, más ancha que un granero, parecía una abertura artificial con enormes travesaños monolíticos apilados uno encima de otro.

Se mencionaba a todas las personas que tomaron parte en la expedición:

Juan Moricz, Gastón Fernández, el doctor Gerardo Peña Matheus, Lilian Icaza, Hernán Fernández, Mario Polit, Pedro Luna y José Rojas. También participó un militar, el capitán Carlos Guerrero Guerron, y miembros de la Policía Nacional, los oficiales Ortiz, Benusia y Sánchez. Asimismo, colaboraron varios guías, porteadores y ayudantes.

En resumen, se trató de una gran expedición en la selva de Ecuador. ¿Qué estaban buscando? La revista argentina en alemán *La Plata Ruf* entrevistó al jefe de la expedición, Juan Moricz [50]. He incluido algunos fragmentos a continuación:

“En realidad no se trata de un descubrimiento”, argumenta Juan Moricz, puesto que yo sabía desde hace tiempo que las llamadas Cuevas de Tayos existían. El cometido de la expedición era fotografiar, filmar y, de esta manera, poder aportar pruebas documentales de un yacimiento arqueológico desconocido... También debíamos sentar las bases necesarias para la segunda parte de la expedición, cuyo objetivo era demostrar que este mundo de galerías subterráneo fue producto y constituyó el escenario de los creadores de la humanidad... Este sistema de cuevas tiene una extensión de miles de kilómetros y se extiende sobre una gran parte del subsuelo del continente americano, en particular por debajo del macizo de la cordillera. El aire allí dentro es puro, hay una ventilación perfecta y se encuentra a una temperatura media de 20 °C. La entrada está a una altura de aproximadamente 1000 metros por encima del nivel del mar y unos 300 metros por debajo de la cima de las montañas. Una vez se ha traspasado ese umbral y se ha accedido al mundo de las cuevas, se es testigo de una vista fascinante a la luz de las antorchas y las linternas. Nos encontramos en una enorme galería que mide entre 60 y 80 metros de ancho y entre 100 y 120 metros de alto, cuyas paredes y techos están hechos de bloques de piedra finamente tallada y placas. Y todo esto no es más que el principio de un larguísimo pasaje. La parte del sistema de cuevas que nosotros hemos explorado es solo el comienzo. Nosotros pudimos localizar numerosos pasadizos, galerías y salas que salían del pasaje principal pero no pudimos examinarlos...

Más adelante se nos da más información sobre la ubicación de esta entrada principal. Desde la ciudad de Cuenca, en el extremo sudeste de Ecuador, habría que seguir camino con burros y con guías nativos en dirección a El Pescado, Tres Copales, La Esperanza y La Unión, hasta llegar a una base del Ejército. Desde allí habría que viajar en piragua hasta La Puntilla, lugar en el que se juntan el río Santiago y el río Coangos. Tras una ardua marcha a pie llegaríamos al pequeño asentamiento Guajare, lugar donde se instaló el campo base de la expedición.

Esta historia, documentada por varios periódicos y revistas (aparecieron otras publicaciones sobre este tema que no he citado), me fascinó y quise llegar hasta el fondo de la misma. Todo dependía del jefe de la expedición, Juan Moricz. ¿Quién era este hombre? Me puse en contacto con la redacción de *El Telégrafo* en Guayaquil y solicité más información. Escribí hasta tres cartas sin obtener respuesta. ¿Puede ser que no llegaran mis mensajes? Lo intenté también por teléfono armándome de paciencia, ya que intentar comunicarse en el año 1970 con Ecuador por este canal casi nunca

daba buenos resultados. Intenté contactar con el redactor del artículo, Jorge Blinkhorn, pero sin éxito. Puesto que en Europa ningún periódico había publicado nada acerca de este sistema de túneles tan extraordinario en el Ecuador profundo, la única opción que tenía era viajar hasta allí.

El 1 de marzo de 1972 llegué a Guayaquil en un avión de la compañía Air France. Después de instalarme en el Hotel Atahualpa fui a la redacción de *El Telégrafo*. Pasado un rato pude por fin hablar con un redactor, pero no pudo o no quiso ayudarme. Me aseguró que conocían a Juan Moricz pero que nadie tenía su dirección. Entonces recordé que en el artículo también se nombraba a un tal «Peña», abogado. ¿Conocerá a Juan Moricz? Me dieron la dirección de Peña.

El señor Gerardo Peña Matheus me recibió con parsimonia en su despacho grande y un poco frío en Guayaquil. Yo le he admirado desde hace treinta años. Su apariencia cuidada y su forma sobria de expresarse transmitían confianza. Pronto me confesó que tanto él como Juan Moricz habían leído mis primeros dos libros y que mi persona había sido también tema de sus discusiones. «¿Es cierta la historia de la expedición y existen esos los yacimientos subterráneos?». Quise saber. El señor Peña asintió con la cabeza y añadió que en 1969 únicamente pudieron visitar dos entradas a las cuevas y que tuvieron que retirarse antes de lo previsto porque Juan Moricz había perdido la confianza en su acompañante militar. ¿Cómo? Sí, dijo Peña, y añadió que además de no llevar suficiente comida, el ambiente que se mascaba en el grupo era cada vez más tenso. Según Peña, al contrario que los militares y policías, los civiles no llevaban armas y temían ser atacados por la fracción armada, habida cuenta de los tesoros que esperaban encontrar. El abogado hablaba sin preámbulos y me acercó la publicación de diciembre de la revista *Vistazo* para mostrarme un artículo extenso que relataba los problemas de la «expedición Moricz 1969» [51]. También quise saber si confiaba en el señor Juan Moricz. «¡Por supuesto!», respondió.

Peña llamó desde su despacho a distintos lugares de Ecuador en los que pensó que podría encontrarse Juan Moricz. Después de muchas llamadas, dio con su paradero y confió en que el jefe de la expedición recibiría el recado y se pondría en contacto con él.

Yo me retiré al Hotel Atahualpa a echarme mi merecida siesta. Guayaquil está en la costa pacífica, casi en la línea del ecuador. El aire es cálido y húmedo. Mentalmente elogí al inventor del aire acondicionado.

La tarde el 4 de marzo de 1972 me reuní con Juan Moricz. Era un hombre de gran estatura y tenía un aire aristocrático. Sus ojos azulados como el acero me examinaron como dándome la bienvenida antes de estrecharme la mano. Nos sentamos en el bar, hablamos sobre mis libros y finalmente cenamos los tres en el restaurante del Hotel Atahualpa con unas vistas magníficas. Moricz tenía ascendencia húngara pero pasaporte argentino. No pregunté nada más sobre ese tema, no tenía el más mínimo interés en saber si era un refugiado político. Solo tenía en mente preguntas en relación con la historia de las cuevas. En un principio, Moricz se mostró reservado, pero una vez roto el hielo comenzó a contarme, paso a paso, la historia más increíble que he oído en mi vida.

Entre los antiguos magiares y Ecuador existe una relación milenaria, explicó. Esta se puede apreciar únicamente en la raíz de muchas palabras que son idénticas en ambas lenguas, tanto fonética como semánticamente. Moricz garabateó en la servilleta de papel una lista impresionante y explicó que el mundo de las cuevas subterráneo fue creado por los padres de la humanidad, llamados «Taltosok Barlangja» en magiar. «Taltos» es la denominación húngara para referirse a los seres superiores pertenecientes a un pasado muy lejano. Los «Taltosok Barlangja» vivieron en un mundo de cuevas que estaba protegido por un pájaro sagrado, el «tayo», o en húngaro «Turul», nombre que recibió este sistema de cuevas, según explicó Moricz. Enseguida empecé a dudar de esta comparación tan confusa. Sobre todo porque no sé húngaro y no podía comprobar si lo que estaba diciendo tenía lógica. Asimismo,

hablamos sobre la leyenda de Rómulo y Remo, los fundadores de Roma con sus siete colinas. Moricz aseguró que esta leyenda, incluyendo la de las siete colinas, también podía aplicarse a la capital de Ecuador, Quito.

«¿Y que hay de la biblioteca de metal? ¿Existe realmente?», insistí.

Moricz afirmó con la cabeza. «Abajo, en una sala grande hay una mesa ovalada con sillas. No son sillas normales, sino butacas cuya parte superior parece una “u” y cuya parte inferior parece una “n”».

«¿De qué material son?», quise saber.

Moricz arrugó el ceño y se encogió de hombros. «No lo sé», dijo. «No es ni madera ni metal, pero sí se trata de algún material fundido». Después empezó a hablar de un zoológico de metal, principalmente de oro, o por lo menos bañado en oro. Ahí abajo se encontraban todas las especies animales que se nos ocurran, incluso elefantes, a pesar de que en Sudamérica, en aquella época, no existían. También había figuras y seres mitológicos, entes fantásticos, seres mitad hombre mitad animal, y criaturas que jamás había visto. Incluso seres minúsculos, como arañas y moscas, habitaban allí abajo. En total debieron ser mil criaturas que alguien bañó en oro en algún momento de la historia. Pero también había otros tesoros de cristal y piedras preciosas en estas galerías subterráneas, añadió Moricz. «Un auténtico tesoro con siglos de antigüedad».

«¿Y la biblioteca de metal?», insistí.

Moricz hizo una larga pausa, contempló por la ventana las luces que iluminaban la noche de Guayaquil. A continuación, comenzó a hablar sobre libros y folios de metal con inscripciones por todas

partes. Los tomos estaban compuestos por metales amarillos y pesados. Calculó que pesaría unos treinta kilos. Esta biblioteca estaba dividida en varias salas y en total había miles de hojas con inscripciones allí dentro. La letra era antiquísima y desconocida.

¿Y por qué piensa que la biblioteca de metal contiene la historia antigua de la humanidad?

Moricz aseguraba que en algunos folios había dibujados unos sistemas estelares, unos gráficos, dibujos que no se podía interpretar de otra manera.

Al principio me quedé mudo. Después pensé en Enoc, al que conozco en profundidad desde el instituto. Sin embargo, ¿podrían ser de metal los libros de Enoc y, en tal caso, cómo llegaron desde el antiguo oriente bíblico hasta Ecuador? Este recorrido no estaba precisamente en la ruta que siguieron los profetas antediluvianos o sus predecesores. De pronto se me iluminaron las ideas: ¡los mormones! Sus antepasados debieron de haber llegado desde Arabia hace siglos —al menos esa es la tradición en el *Libro del Mormón*—. Esta historia de los mormones podría tener una relación directa con la biblioteca de metal de Ecuador. ¿Por qué?

El fundador de los mormones, o «la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días», el señor Joseph Smith (1805-1844), experimentó un encuentro misterioso que después escribió. Un ángel llamado Moroní se le apareció y le anunció que en una colina no muy lejos de su casa había un tesoro escondido entre piedras. Dentro de este había unos libros de planchas de oro cuyos grabados contaban la historia completa de los habitantes primitivos del continente americano y de sus orígenes. En las pizarras de oro había una gola en la que estaban atadas las llamadas piedras Urim y Thummin. Con ayuda de estas piedras él podría traducir aquella escritura antigua. Además, en el escondrijo había una «brújula divina». Todo estaba localizado al sur de Palmira (Estados Unidos), no muy lejos del pueblecito Manchester, en la colina Cumorah.

Joseph Smith siguió las órdenes y debajo de la cima de la colina descubrió justamente el tesoro anunciado. Cómo lo describió él mismo [52]:

Bajo una piedra de tamaño considerable estaban las planchas conservadas en una caja de piedra. La parte media superior de la piedra era gruesa y redondeada y se iba volviendo más fina hacia los cantos, por ello la parte de en medio sobresalía de entre la tierra, mientras alrededor de este centro los cantos estaban cubiertos de tierra. Quité la tierra, me hice con una palanca, la introduje debajo de los cantos y elevé la piedra con algo de esfuerzo. Miré hacia dentro y me encontré la plancha, la Urim y la Thummin, así como la gola, tal y como me había dicho el mensajero. La caja en la que se hallaban estaba rematada con piedras que se sostenía gracias a una especie de cemento. En el fondo de la caja había dos piedras colocadas en diagonal; sobre las piedras se apoyaban las planchas y el resto de las cosas.

Cuando Joseph Smith, de forma espontánea como cualquier buscador de tesoros, fue a agarrar los objetos con las dos manos, de pronto sintió un golpe. Lo volvió a intentar de nuevo, y de nuevo un golpe lo paralizó. Al intentar por tercera vez recibió un golpe de un impacto tremendo; quedó inmovilizado sobre el suelo. En ese mismo momento apareció a su lado el ángel Moroní, el mensajero misterioso de aquella aparición nocturna, y le ordenó que volviera a ese lugar el mismo día de cada año; y si en ese momento él estaba maduro, recibiría los objetos divinos.

Cuatro años más tarde llegó el momento. El 22 de septiembre de 1827 el mensajero de los dioses, Moroní, le entregó a Joseph las pizarras de oro, la gola y las resplandecientes piedras que le ayudarían en la traducción, las Urim y Thummin. Joseph describió las planchas de oro como algo más fino que la hojalata con la que se comerciaba en la época; las únicas «páginas» habían sido unidas por tres anillos, el libro tenía quince centímetros de diámetro. Se podían pasar sin esfuerzo las páginas de un tercio del libro, sin embargo, los otros dos tercios restantes estaban unidos como en un bloque, estaban «sellados».

El actual *Libro del Mormón* de «la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días» está basado en traducciones de esas

misteriosas planchas en forma de platos. Entonces, once testigos declararon haber visto los platos. Sin embargo, después de que se hiciera la traducción hizo desaparecer la «biblioteca de metal» de nuevo para conservarla para un futuro lejano.

En el *Libro del Mormón*, 24 platos que reciben el nombre de los libros de *Eter* y *Nefi* cuentan la historia del pueblo de Jared. Los Jareditas fueron «alzados» por su dios en el tiempo en que fue construida la Torre de Babel; este los llevó a una región despoblada y después atravesaron las grandes aguas de la costa americana. Y esto con pequeños barcos «sólidos como una vasija». De la luz en las pequeñas barcas se ocuparon dieciséis piedras brillantes; había dos en cada barco y estas piedras relucientes dieron 344 días de nítida luz. Además, había una brújula cuya aguja apuntaba en la dirección correcta. La luz y la brújula prevenían del mismo dios misterioso que había ayudado a los Jareditas en otras situaciones:

Y muchas veces fueron sepultados en las profundidades del mar por montañas de olas que irrumpieron sobre ellos y también por las tormentas grandes y terribles que provocaron los vientos. Mas cuando estaban sepultados en las profundidades del mar, el agua no podía hacerles ningún daño porque sus vehículos eran como una vasija, sí, tan sólida como el arca de Noé. Cuando se vieron rodeados de tanta agua, llamaron al Señor, a su dios, y él los llevó de nuevo a la superficie.

¿Qué tienen los mormones que ver con la biblioteca de metal de Ecuador o incluso con el libro de Enoc? Mientras Juan Moricz me hablaba en el restaurante de lujo del Hotel Atahualpa en Guayaquil y yo escuchaba con gran atención, otra parte de mi conciencia pensaba sin parar en los mormones y en Enoc. Ya desde mis años en el instituto conocía el libro de los mormones —dos de mis amigos eran mormones— y por eso sabía que los Jareditas provienen de uno de los hermanos de Jared y que el mismo Jared era —¿lo adivinan?— ¡el padre de Enoc! En mi libro *La estrategia de los dioses* traté otro aspecto de esta historia [52]. Los tesoros de Juan Moricz en Ecuador podían tener una relación directa con los libros *Eter* y *Nefi* de los mormones y en alguna otra parte tendría que

haber una conexión con Enoc. Los Jareditas del *Libro del Mormón* son descendientes de Enoc —esto no es todo—. Acordémonos: en el libro *Eter* los Jareditas llegan a la nueva patria en ocho barcos sin ventanas, todos sólidos como una vasija. En el relato babilónico sobre la creación, el *Enuma Elish*, se describe casi la misma travesía. En este se describe un diluvio, y en este caso el sobreviviente no se llama Noé sino Atra-Hasis [54]. En los retazos que se han conservado de la epopeya, el dios Enki le da instrucciones precisas al elegido para sobrevivir, Atra-Hasis, e instrucciones de cómo construir un barco. Ante la réplica de Atra-Hasis que objeta no saber nada de la construcción de barcos, el dios Enki dibuja un esbozo del barco en la tierra y se lo explica. El orientalista estadounidense Zecharia Sitchin escribe lo siguiente [55]:

Enki quería un «barco cubierto», sellado herméticamente por todos lados y cubierto de «brea dura». No debe tener cubierta, ni ninguna apertura, «de forma que el sol no pueda penetrar en él». Tiene que ser como «un barco del Apsu, un Sulili». (Precisamente esta palabra —soleleth— es la que se utiliza hoy en hebreo para designar un submarino). «Haz que el barco sea un Ma-Gur», dijo Enki. (Un barco que puede balancearse y dar la vuelta completa).

En el libro *Eter* de los mormones no sucede nada diferente a eso. Eter replica lo mismo que Atra-Hasis —no sé construir barcos—, y el misterioso dios le da las mismas instrucciones. Al margen: también el Noé de la Biblia recibe instrucciones de «Dios» para construir su arca. Sea quien fuere. Y de nuevo Noé es un descendiente de Enoc.

El problema que tiene el contemplar la cuestión de forma complicada es el siguiente: Joseph Smith dice haber recibido las planchas de oro del ángel Moroni en el año 1827. Entonces en todo el mundo no había un científico que hubiera podido traducir la escritura babilónica-sumeria, ya que su hallazgo —junto con el de la historia del Diluvio Universal en la *Epopeya de Gilgamesh*— no tuvo lugar hasta después de la muerte de Joseph Smith. ¿Cómo se

explican las coincidencias del libro *Eter* con los otros textos, descubiertos mucho más tarde? ¿Mintieron los viejos cronistas del *Enuma Elish* cuando escribieron que el dios Enki había enseñado a Atra-Hasis a construir barcos? ¿Cómo Noé y Utnapistin de la *Epopéya de Gilgamesh* llegaron a la idea de construir barcos impermeables y resistentes ante las inclemencias del tiempo? ¿En qué taller mágico se preparó la iluminación artificial y las brújulas para la flota de los Jareditas? ¿Quién controlaba la genética y la inseminación artificial sobre la que se habla en el libro de Enoc (¡y muchos otros!)?

Seguramente ningún gran dios del universo, como creen las religiones. Inevitablemente llegamos a los extraterrestres de Enoc, los «ángeles caídos» o los «guardines del cielo». ¿Y, cuál era el destino de Enoc? Escribir unos cien libros que le fueron dictados y que le entregó a su hijo Matusalén «para las generaciones de después del Diluvio». ¿De dónde salieron los primeros habitantes de América? La Biblia quiché-maya lo sabe [56]:

Así desaparecieron y se fueron hacia allí Balam-Quitze, Balam-Acab, Mahucutah y Jaqu-Balam. Los primeros hombres que salieron del mar al comenzar el sol a brillar. Hace mucho tiempo que ellos vinieron aquí. Y se les llama "servidores de Dios"... y del mar trajeron las escrituras de Tula. Llamaron escritura a aquello con lo que estaba contada su historia^[17].

En 1519, cuando los conquistadores españoles desembarcaron ante la capital Tenochtitlán (México), el rey de los aztecas, Moctezuma (1466-1520), pronunció un discurso impactante ante sus sacerdotes y dignatarios, que empezó así [57]:

A vosotros os es sabido, como a mí, que nuestros antepasados no provenían de esta tierra en la que vivimos, sino que llegaron de tierras muy lejanas dirigidos por un gran príncipe.

Conocía alguna de estas historias en 1972, ya que al fin y al cabo me dedico desde 1959 a leer los grandes relatos de la

humanidad. Ahora me encontraba sentado frente a este jefe de expediciones, Juan Moricz, y estaba perplejo. Él decía haber presenciado todas las locuras de que me hablaba. ¿Podía confiar en él? Su abogado Peña, al que Juan Moricz conocía desde hace años y quien también había participado en la expedición de 1969, confiaba en él plenamente. Pensé en los mormones y en Enoc y no dejaba de repetirme a mí mismo: todo esto no es imposible. En todas partes del globo había este tipo de relatos antiguos, ¿por qué no en Ecuador? Después le pregunté a Moricz cómo se imaginaba que había continuado la historia.

Él quería escribir un libro sobre ello, respondió. Un libro que haga tambalearse al mundo y al surgimiento de las religiones. Este libro tendría que aparecer al mismo tiempo, de un golpe, por así decirlo, en muchos países de la Tierra. Yo le expresé mis dudas con respecto a eso. Las editoriales no están organizadas de forma que puedan publicar en el mercado un libro en diferentes idiomas y países al mismo tiempo. Quizá en el caso de las grandes editoriales podría ser que un libro apareciera en cinco países el mismo día pero jamás en veinte. No le disgustó mi manera de ver las cosas. Yo podría —así se lo propuse— contar algo en mi próxima obra sobre este fantástico mundo, lanzar una intrigante pildorita por así decirlo, para que los editores estuvieran atentos a Juan Moricz y sus descubrimientos. Además, probablemente podría reunir fondos en Alemania y en Suiza para realizar una nueva expedición Juan Moricz. Hablé de 200 000 dólares. Naturalmente, también me atraía la idea de poder escribir sobre ello —pero ¿de qué forma?—. Todavía me corroían las dudas. ¿Cómo podría hacer que la historia de Moricz resultara apetecible para mis editores en Alemania y para mis lectores? ¿Entonces —así le pregunté a Moricz— «existe en alguna parte un documento que hable sobre sus descubrimientos y que sea indiscutible»? Moricz y Peña intercambiaron una mirada y asintieron con la cabeza. Percibían mis dudas. Entretanto, ya había pasado la media noche y un trío ecuatoriano tocaba la guitarra cantando de mesa en mesa conmovedoras canciones de amor. Nos

habíamos bebido tres botellas de un vino tinto chileno y estábamos en buen camino. «Existe tal documento», constató Moricz. «Mañana se lo vamos a dar».

Al día siguiente, el doctor Peña me dio un documento. En la primera página aparecía el título de *Escritura*, y encima de este el escudo de Ecuador. El documento había sido redactado por un notario llamado doctor Gustavo Falconi L. y tenía fecha del 21 de julio de 1969. Yo incluí la cubierta fotocopiada en una página de *El oro de los dioses*. De su explosivo contenido publiqué hace treinta y cinco años tan solo un par de frases. Ahora, se puede acceder al texto completo. [58]:

Copia 1, registro del documento, año 1969, notaría 4 del departamento de Guayaquil, 21 de julio de 1969.

Señor Ministro de Finanzas,

Yo, Juan Moricz, residente en Argentina y de nacionalidad argentina, nacido en Hungría, con número de pasaporte 4361689, de pleno derecho y otorgado por su excelencia, el Presidente de la República, por la presente expongo lo que sigue:

He encontrado en la región del Este, en la provincia de Morona-Santiago, dentro de las fronteras de Ecuador, objetos valiosos con gran valor cultural e histórico para la humanidad. Estos objetos están hechos de planchas de metal que fueron producidos por la mano del hombre y que contienen un resumen histórico de todas las civilizaciones perdidas, sobre las que la humanidad no tiene conocimiento ni prueba alguna. Realicé este descubrimiento por suerte. Me dedico a investigar como científico los aspectos folclóricos, etnológicos y lingüísticos de los orígenes de Ecuador. Los objetos que encontré tienen las siguientes características: 1. Objetos de piedra y metal de diferentes tamaños y colores. 2. Pizarras de metal con grabados y escrituras ideográficas. Se trata de una verdadera biblioteca de metal que contiene una síntesis de la historia de la humanidad; la procedencia del hombre en la Tierra, así como, algunos conocimientos científicos de una civilización desaparecida. El haberlos encontrado me convierte en propietario de estas planchas y del resto de objetos que encontré de acuerdo con el artículo 665 del Derecho Civil. Ya que se trata de objetos de un valor cultural incalculable y que no encontré estos objetos en mi propiedad privada, en este caso se aplicará el artículo 666 del Código Civil. Ya que el país y las cuevas donde hice mi descubrimiento pertenecen al Estado de Ecuador de acuerdo con el artículo 55 de la Constitución política actual, tengo que compartir mi descubrimiento con el mismo Estado. De acuerdo con lo establecido por el Código Civil, al propietario de la tierra se le reservan derechos sobre el descubrimiento. Por ello, de acuerdo con el artículo 58 de la Constitución, me

dirijo a usted. El artículo 58 dice que los descubrimientos artísticos y arqueológicos recaerán bajo el control del Estado. De acuerdo con los artículos 3 y 9 de la legislación agraria, es tarea del Ministerio de Finanzas regular la ley sobre la propiedad del Estado e informar continuamente al Presidente de la República sobre ella.

Como signo de mi sinceridad y mi voluntad de proteger los intereses del Estado ecuatoriano, lo pongo al corriente de mi descubrimiento y a través de usted a su excelencia el Presidente de la República. Esto, para que la República de Ecuador pueda asegurar sus derechos como yo los míos. Le ruego que nombre una comisión ecuatoriana que se haga cargo de la situación. Le enseñaré a esta comisión el lugar exacto de las cuevas, así como los objetos que allí se encuentran. Me reservo el derecho de mostrar fotografías, grabaciones y las piezas originales a las personas que usted nombre. Además, mantengo que en el ejercicio de mis derechos como propietario del hallazgo y de acuerdo con las leyes, revelaré el lugar exacto una vez usted haya nombrado una comisión. Esta comisión la integrarán también personas que pueda nombrar yo mismo.

(Firmado y sellado por Juan Moricz y el abogado Peña)

Este documento de propiedad me dejó fulminado. No se trataba de una vaga esperanza de que en alguna parte hubiera una biblioteca de metal, sino que se trataba con profundidad la cuestión de «los objetos descubiertos por mí». Se nombraban en el documento las planchas de metal grabadas y las escrituras ideográficas. «Se trata de una verdadera biblioteca de metal que contiene una síntesis de la historia de la humanidad». Felicito a Moricz, pero, sin embargo, quiero añadir, a pesar de que me quedó claro el estado jurídico, que no podría escribir nada en mi libro acerca de ello antes de haber visto con mis propios ojos al menos una parte. Moricz dijo que eso era prácticamente imposible porque para ello había que organizar una expedición completa para poder acceder al lugar situado bajo tierra. No obstante, él me entregaría fotos de la entrada principal y podría hacer copias de ellas. Estaba satisfecho, pero, sin embargo, no me había quedado tranquilo. Asombrado por las descripciones de Moricz y por el documento notarial, ardía en deseos de ir a la selva y verlo por mí mismo. Si aquel sistema de cuevas era tan grande como Moricz planteaba,

entonces tendría que haber otro acceso al que se pudiera llegar sin necesidad de una gran expedición. ¿Qué tal con un helicóptero?

Moricz se quedó pensativo e hizo un gesto negativo con la mano; me explicó que los helicópteros son muy poco frecuentes en Ecuador y que los pocos que hay los pilotan los militares o las compañías petroleras. Después me hizo una propuesta que me volvió a animar. Él conoce una galería secundaria en el sistema de cuevas. No se ve mucho desde ella, pero en todo caso eso podría satisfacer mi curiosidad. La condición era que no revelara la posición geográfica de esta entrada secundaria y que me comportara como si hubiera estado en la entrada principal. ¿Por qué? Moricz argumentaba que al comentar el tema en mi libro de forma preliminar y al dar la posición correcta del lugar provocaría la aparición inevitable de buscadores de tesoros. El resto podría inventármelo.

Accedí. De hecho, entonces hubiera estado de acuerdo con condiciones totalmente diferentes. Estaba maravillado por el descubrimiento de Moricz y convencido de su sinceridad por la manera tan serena y reflexiva que tenía de hablar. Además, desde joven vivía trotando en busca de huellas de extraterrestres y en ocasiones se burlaron y se rieron de mí. Y ahora aparecía de la nada la posibilidad de llamar la atención sobre la biblioteca de metal, la cual —según Moricz— confirmaría todas mi teorías. ¡Menudo hallazgo! El documento notarial disipó las últimas dudas que tenía.

Al otro día cogimos un Toyota rojo todoterreno y condujimos en dirección al sur durante horas, montaña arriba —hasta llegar a la ciudad de Cuenca—. Moricz llenó el depósito de gasolina, controló el agua, el aceite, el bidón de repuesto y después continuó el viaje. Para mí, Ecuador era una *terra incognita*, un país desconocido. No sabía adónde nos conducía este viaje. Moricz llevó su vehículo por carreteras secundarias, pasando entre arbustos, árboles enormes y cabañas de indios. Muy a menudo paró, dio la vuelta y retrocedió un kilómetro. Buscaba algo y yo no podía ayudarle; buscaba los meandros de un río que aparecerían en algún momento debajo de

nosotros. Moricz bajó del coche, miró en los alrededores y volvió a girar en un cruce al borde de un campo de cultivo dirigiéndose por un nuevo camino. «¡Está ahí arriba!» anunció de pronto, y señaló todo recto hacia arriba a una pendiente escarpada donde crecían algunos arbustos. Dejamos el Toyota y nos pusimos a medio trepar cuesta arriba por un sendero para burros. A pesar de que no se podía distinguir ningún asentamiento, de pronto nos acompañaban un pastor indio con dos niños que vestían ponchos negros y sombreros anchos. Moricz habló con los campesinos —yo no entendí nada—. Después avistamos una entrada a la cueva y detrás de ella un agujero negro. Nos pusimos de cuclillas en el suelo de piedra, entre las piernas Moricz llevaba una lámpara cuadrada y potente. Antes de subir él me había puesto en la mano una linterna con forma de vara. Aproveché la ocasión para colocar mi cámara Nikon en el siguiente saliente de piedras y pulsé el botón del disparador automático. Entonces gateamos a cuatro patas unos metros hacia dentro de la roca. Por el agujero seco se podía oír el ruido del agua que retumbaba. Dejé mi equipo fotográfico fuera al cuidado de los pastores indios y sus hijos. Mis ojos no vieron una biblioteca de metal.

De vuelta en Guayaquil, Moricz me dio unas fotos de un brillo intenso de la «expedición de 1969», dándome permiso para utilizarlas en mi nuevo libro. Volví a Suiza y empecé con el dictado del primer capítulo de *El oro de los dioses*. Pero no fue así como después se podría leer en el libro; en breve me referiré a esa historia. Primero quiero dejar que los acontecimientos marquen el curso.

Por aquel entonces había en Suiza una revista llamada *Sie + Er*. Esta revista estaba tratando de obtener los derechos para realizar un avance editorial en mi editora de Düsseldorf. Meses antes de que se imprimiera el libro, *Sie + Er* empezó a publicar algunos pasajes. El texto no coincidía con el dictado que yo había hecho. Así que — con la revista *Sie + Er* metida en mi equipaje— volví a Ecuador. Allí enseñé a Moricz y a su abogado Peña la publicación en la *Sie + Er*

junto con las fotos. Moricz sabía un poco de alemán, pero demasiado poco como para entender el texto entero. Traduje el texto línea por línea. Moricz estaba de acuerdo con la versión algo teatral, decía que se trataba de un escaparate en el que las cosas tienen que iluminarse. Pero todo lo que había escrito sobre la biblioteca de metal y demás objetos coincidía con la realidad. Unos meses después salió *El oro de los dioses*, y así comenzó el drama.



Junto a Moricz en la entrada de la cueva.



Moricz en la misma entrada durante una expedición anterior.

¿Qué había pasado para que la sinopsis de mi libro no coincidiera con el dictado original? En cada casa editorial hay correctores que corrigen los textos de autores más noveles y

redactan de nuevo y corrigen aquello que es necesario. Uno de esos expertos era el señor Utz Utermann, que venía originalmente del sector del cine y quien, después de la Segunda Guerra Mundial, había escrito los guiones de algunas películas extraordinarias. Yo apreciaba sus cualidades como persona y como escritor y había mucho que podía aprender de él. (En la página de créditos de *El oro de los dioses* aparece Utz Utermann bajo su pseudónimo «Wilhelm Roggersdorf» como corrector del libro). Mi editor, el señor Erwin Barth von Wehrenalp, jefe de la editorial Econ en Düsseldorf, le preguntó a su corrector Utz Utermann qué había sucedido con la historia sobre Ecuador en cuestión. Yo mismo estuve una vez en Egipto y Utz Utermann se encargó de redactar una versión cautivadora para la revista *Sie + Er*. Utz Utermann contestó el 7 de octubre de 1972 —yo recibí una copia de la contestación—. A continuación presento la carta completa de Utz Utermann a Erwin Barth von Wehrenalp, jefe de la editorial Econ en Düsseldorf. El escrito explica cómo llegó a la versión del viaje a Ecuador, fatal para mí [59]:

Muy estimado señor Von Wehrenalp:

Tras los días turbulentos de la Feria del Libro que nos obligó a contactar telefónicamente para aclarar algunas cosas, me remito a usted, ya que le debo una explicación. Naturalmente, también me he preguntado si en su momento dejé de hacer una investigación sobre la problemática de Ecuador que hubiera estado a mi alcance.

Usted sabe que mientras preparaba el manuscrito en mayo estuve de nuevo algunos días con el señor Von Däniken en Bonstetten. En la noche del 14 de mayo el señor Von Däniken me puso la cinta en la que había grabado al dictado el capítulo de las cuevas y el oro. De forma espontánea dije yo: «Esto es tan fantástico que nadie lo creerá si no lo podemos probar con fotos, documentos..., etc.».

Däniken me mostró unas 15 fotos en blanco y negro y algunas diapositivas relacionadas con el tema. *Ad oculos* estas fotos demostraban lo que él había dicho en el dictado. Cuando lo animé a que trajera todas las fotos, me dijo Däniken que le había prometido a Moricz que no publicaría determinadas fotos en el libro; únicamente estaban «libres» aquellas fotos que Moricz había puesto a su

disposición expresamente. Traté de convencerlo con gran insistencia. «No», dijo él, «le he prometido a Moricz que no traería más fotos que las tuyas. Se acabó».

De entre sus papeles cogió entonces el documento notarial del 21 de julio de 1969 (libro página 8) en el que se presentan las cuevas: a) como un descubrimiento de Moricz, y b) en el que se describe lo que estas contenían. Como buena prueba que era introdujimos el documento en el libro.

Däniken me enseñó un resumen a toda plana de la revista puntera de Ecuador — *El Mercurio*— en el que se informaba sobre la entrada de representantes del Estado y militares a las cuevas de Moricz. En el resumen se enumeraban los nombres de los participantes —es inimaginable que la revista puntera del país informe sobre una realidad que hoy por hoy ya no debe existir.

Estudiamos la utilidad de todos los documentos que Däniken había recolectado a lo largo de su viaje. Entre estos papeles había una tarjeta de visita del abogado Peña, el cual reconoce todos los documentos de Moricz. «¡Tenemos que incluir un facsímil de esta tarjeta en el libro y escribir que todos los científicos que estén verdaderamente interesados recibirán un pase de entrada a las cuevas de Moricz otorgado por el abogado Peña!», dije yo.

Däniken estaba entusiasmado con mi propuesta. De forma espontánea sin reservas. Acogió esta propuesta con vehemencia: «¡Eso es! Esto favorecerá a Moricz y Peña. ¡A ellos les interesa contar con la ayuda de científicos serios; esperan recibir ayuda gracias a la publicación de mi libro!».

Si en este momento cabe la duda de si: a) Däniken estuvo en una pequeña parte de las cuevas de Moricz (en el libro no se dice otra cosa) y de si b) A fin de cuentas existen estas cuevas —según Moricz se trata de cuevas cuya apariencia es artificial)—, entonces se impone esta pregunta esencial:

Si Däniken tuvo alguna duda o simplemente no estaba seguro de los resúmenes, entonces, ¿por qué publica la tarjeta de visita de Peña para atraer a los investigadores y que estos le sigan la pista?

¿Lo creemos tan insensato como para lanzar pruebas delatorias y así poder exculparse? Si él no hubiera estado totalmente seguro de aquello, hubiera escrito acerca de unas cuevas —misteriosamente—, cuevas que él mismo había visto y cuya localización, sin embargo, no le estaba permitido revelar. Esto le hubiera dejado en buen lugar y la selva es grande. Lo que está claro es que, sin revelar la dirección de Peña, no hubiera podido realizarse la investigación periodística.

En este momento me parece que el punto débil de la discusión es el siguiente:

¿Moricz y Peña no habían intuido el eco que se iba a producir con el libro de Däniken? Däniken lo sabía; quiere provocar un debate. Precisamente por este motivo, nunca argumentaría con pruebas tan fácilmente verificables. Hubiera podido evitarse el «peligro» y ponérselo definitivamente más fácil si hubiera dado

argumentos imposibles de confirmar. ¿Lo creemos tan insensato como para poner él mismo el cepto para otros cazadores?

Si Däniken fuera una persona de una sutileza sin escrúpulos, la que se le atribuye, entonces el que dejara las huellas marcadas cuidadosamente para sus investigadores no tendría nada que ver con la torpeza. ¿Qué ocurrió en Ecuador para que Däniken estuviera dos veces allí? ¿Están Moricz y Peña consternados por el eco que ahora atrae a los periodistas a sus casas? Si Moricz y Peña —y esto entre paréntesis, no se puede dudar de aquellos de la revista *Stern* que recibieron informaciones—, si ellos reaccionan así ahora, ¿qué motivos pueden tener para ello? En última instancia, ¿quieren proteger «sus» cuevas de la intromisión estatal? ¿Quizá tengan —probablemente contemplando esto con ojos de maníaco—, y como Däniken describe, «miedo» de las hordas de buscadores de oro?

¿Se han hecho traducciones —quizá la revista *Der Spiegel*— en las que se informa de que Däniken ha ganado hasta ahora con sus dos libros tres millones de marcos? Y —quizá— les han dicho: «Miren esto. Hasta ahora él ha ganado esta cantidad. ¡Ahora estuvo unos días con ustedes y gracias a sus cuevas va a volver a forrarse!». Si los dos hombres hubieran reaccionado sintiendo envidia y lo dejaran en la estacada, me parecería una reacción muy humana, incluso comprensible. Para aclarar acontecimientos dudosos también hay que tener en cuenta este tipo de reflexiones.

Todo se volvió más inexplicable y curioso cuando Däniken pudo mostrar a los señores Moricz y Peña durante su segunda visita en agosto tres pasajes del avance editorial publicado en la ilustrada revista suiza *Sie + Er*, ¡en la que se incluía el capítulo completo de las cuevas y el oro!; y les hizo una traducción de los textos.

El 14 de agosto, temprano, me llamó la señora Däniken, la cual había recibido por la noche una llamada de su marido desde Cuenca para decirme que Moricz y Peña se habían quedado asombrados con la publicación.

A MÍ me interesa esta postura en particular, porque YO —para dar «color» a los textos sobre las cuevas y hacer posible que los lectores se quedaran impresionados— añadí unos «efectos» en contra de los informes de Däniken.

Cuando Däniken volvió me informé de nuevo sobre lo que Moricz había dicho sobre la «libertad literaria» que yo me tomé. Quisiera pensar que no se añadió nada a los informes periodísticos que alterara el contenido original.

Aún queda el oro de Cuenca del padre Crespi:

Däniken no discute el hecho de que Crespi tenga trabajos en latón y chapas de plata solamente: Däniken no escribió sobre eso. A mí no me parece que en ninguna argumentación se «desvele» esta problemática, ni en *Stern*, ni en el canal ZDF^[18]. En estos lugares no se mostró NADA sobre esos objetos que Däniken había fotografiado y que se muestran en el libro.

Firmado: Utz Utermann, Roggersdorf

Una carta larga que aclara algunas cosas pero que a mí no me exime de mi responsabilidad como autor, aun cuando las páginas que se redactaron después no fueran escritas con mi pluma. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué de pronto ese terrible ataque y los intentos por ridiculizarme?

Después de la publicación de *El oro de los dioses*, dos corresponsales en América Latina de la revista *Stern* visitaron al señor Peña en Guayaquil. De acuerdo con sus investigaciones, toda la historia sobre la biblioteca de metal y mi visita por la entrada secundaria de la cueva era mentira. Con los buenos modales de un periodista, un redactor del *Stern* me preguntó sobre mi opinión antes de que el artículo se publicara. Le contesté el 17 de septiembre de 1972 [60]:

Muy estimado señor Blumenschein,

Me gustaría preguntarle cordialmente si es posible que usted y yo tuviéramos una conversación para aclarar algunas cosas antes de que, debido a una publicación unilateral, yo pueda sufrir daños inconmensurables e irreparables. Como es sabido, todas las rectificaciones y pruebas presentadas a *posteriori* serán en vano.

El señor Haaf (redactor de *Stern*) me hizo una breve entrevista por teléfono. En Ecuador los señores Peña y Moricz habían dicho que yo nunca había estado en el sistema de túneles subterráneos y que las fotos que se publicaron en mi libro *El oro de los dioses* sobre este túnel eran de Moricz.

Las fotos son de Moricz y yo nunca estuve exactamente en los lugares en cuestión. Pero esto tampoco es lo que pone en *El oro de los dioses*. Y en las fuentes fotográficas soy consecuente: fotos de Juan Moricz.

Por otro lado, tuve la oportunidad de acceder por una entrada secundaria que — según Moricz— normalmente está bajo el agua y visitar una pequeña parte de la galería subterránea. Moricz me dijo en mi última visita a Ecuador en agosto que lo que yo había visto no era «nada»; que lo que yo había visto era una «miserable parte». A lo que se refería con «nada» y «miserable parte» era la relación con respecto a la galería, aparentemente gigante. En este sentido, reconozco no haber visto «nada». Pero suponer que no estuve en ninguna entrada secundaria y que lo que escribí en *El oro de los dioses* fue producto de mi fantasía hace que me enfade. ¡Tendría que ser un loco convencido para dar en mi propia obra la

dirección de unas personas que dicen justamente lo contrario de lo que yo escribo! En *El oro de los dioses* tampoco incluí ni una sola de mis fotos a pesar de que las tenía. De hecho, Juan Moricz no quería que se hiciera pública para los conocedores de la zona la existencia de una entrada secundaria. Después de todo, toda la polémica de si yo había estado exactamente allí y de lo que había visto me pareció ridícula. La pregunta principal debería ser: ¿es cierto eso?, ¿existen esos túneles?, ¿existe la biblioteca de metal? Y sobre esto Moricz tiene que hacer una declaración clara. No creo que vaya a retroceder y afirmar que el «zoológico», la mesa, las sillas y muchas otras cosas, que (aún) no he descrito, sean una invención. Véase el documento notarial del 21 de julio de 1969 del doctor Gustavo Falconi, Guayaquil. (Documento XVII).

Por curiosidad, también habría que preguntarle por qué permitió que le fotografiara conmigo y si las linternas de nuestras manos eran puramente de juguete.

(El resto de la carta trata sobre Crespi, a eso me referiré más tarde).

A pesar de estas aclaraciones, *Stern* publicó un honorable artículo sobre mí en el número del 1 de octubre de 1972. Se supone que Moricz y Peña habían negado indignados absolutamente todo lo que yo había escrito. Yo ya no entendía el mundo, ya que tres semanas antes, el 12 de septiembre de 1972, había recibido precisamente una amable carta del señor Peña [61]:

Acabo de recibir su carta del 21 de agosto. Le comunico que los señores Hero Buss y Perry Kretz de la redacción *Stern* han venido a Guayaquil en busca de informaciones para un artículo sobre su último libro. Como siempre, nos alegramos de recibirlos y darles algunas fotografías del mundo subterráneo.

En *Stern* aparecía exactamente lo contrario: que Moricz y Peña «habían abierto los ojos acerca de Erich von Däniken» a los periodistas. ¿Qué era lo correcto? ¿Se inventaron los periodistas de *Stern* una historia sucia o el abogado Peña me estaba mintiendo? Mandé otras dos cartas a Ecuador, pero no recibí ninguna respuesta, lo que me irritó especialmente, ya que por aquel entonces el servicio de correos de Ecuador era de muy poco fiar. Pues bien, yo conocía a una azafata de Swissair, la señora Pia Buob, que siempre viajaba a Ecuador por su trabajo. Le di una carta

para el señor Peña y le pedí que le entregara la carta al abogado Peña personalmente. La señora Buob hizo un trabajo excelente, visitó a Peña en Guayaquil y me contestó [62]:

Afortunadamente, ya estoy de vuelta en Suiza y le quiero comentar brevemente cómo fue mi visita al señor Peña en Guayaquil.

Nada más aterrizar busqué al señor Peña en Guayaquil y le entregué la carta que usted me dio. Aparentemente el señor Peña fue amable conmigo, inmediatamente me invitó a pasar a su casa con su familia. Toda la familia quería saber cómo le va a usted y todos me hablaron emocionados sobre usted y sus visitas a Guayaquil.

Sin embargo, el doctor Peña estaba muy enfadado por el artículo de *Stern* que acompañaba a la carta. Literalmente dijo que todo el artículo era una invención, que sus declaraciones a los reporteros de *Stern* habían sido tergiversadas y que habían sido sacadas fuera de contexto. El doctor Peña me prometió que le escribiría a usted al respecto en cuanto Juan Moricz volviera de su viaje a las cuevas. Primero quería informar a Juan Moricz sobre ello.

El doctor Peña y también su familia querían saber cuándo va a volver usted a Guayaquil; se alegrarían de poder acogerlo de nuevo en su casa. Todos le mandan saludos cordiales.

Después de esta respuesta me sentí verdaderamente aliviado y asumí que el mundo estaba otra vez en orden y que todo había sido una exageración de los periodistas de *Stern*. ¡Error! El caos acababa de empezar. Las cadenas de televisión se encargaron del tema, el jefe de Econ, Von Wehrenalp se enfrentó en el programa *Aspekte* de la ZDF con el profesor doctor Udo Oberem. Con vehemencia el científico defendió la postura de que Crespi no tenía ningún tesoro de gran valor y que la ciencia ya conocía desde hacía tiempo las cuevas de Juan Moricz. Entonces el editor de Econ invitó al científico Oberem a una expedición científica a Ecuador; naturalmente, conmigo y otros participantes [63]. Una semana más tarde, *Stern*, que ni siquiera me había notificado que yo estaba libre de toda culpa (lo que cambió pasados unos años), informó de que el profesor Oberem había denegado la invitación para ir a Ecuador. Eso no era cierto; con la carta del 12 de octubre de 1972 Oberem había aceptado la invitación [64].

El director principal de la casa editorial Econ en Dusseldorf, Erwin Barth von Wehrenalp, me hubiera «eximido de toda culpa» si mi historia de *El oro de los dioses* hubiera resultado ser un cuento. Consecuentemente, se dirigió al embajador de Ecuador en Alemania, el profesor doctor Ramón Eduardo Burneo, y le pidió su apoyo en este complicado caso. El embajador debería designar a un grupo de científicos en Ecuador para que aclararan el estado de la cuestión junto con Juan Moricz y conmigo. Después el editor escribió [65]:

Se me ha comunicado que usted hizo una declaración negativa al *Kölnische Rundschau*^[19] acerca del libro de Erich von Däniken. Ya que nosotros comprobamos todos los hechos que llegan a nuestros oídos por medio de rumores, le estaría agradecido si usted me comunicara cuál es el estado de la cuestión a este respecto...

Solo una semana después contestó el embajador [66]:

Quiero confirmarle que estoy dispuesto a apoyarlo en todo lo que necesite relacionado con el tema. Entretanto me he dirigido a las autoridades responsables en Ecuador para que nombre a la personalidad que fuera necesaria para esta expedición. En cuanto reciba un mensaje volveré sobre el asunto. Por otra parte, quiero dejar claro que no he hecho ninguna declaración sobre el libro del señor Von Däniken en ningún periódico...

¡Por el amor de Dios! ¿Qué estaba yendo mal? Aparentemente los periodistas confabulaban con cualquier cosa negativa que cada vez me afectaba como un golpe de martillo y que daba a mis adversarios material muy oportuno para hacerme pedazos. Y esto al mismo tiempo a nivel mundial, ya que la controversia en el área germano parlante fue acogida rápidamente por los periodistas ingleses y estadounidenses. Solo que nada era cierto; pero esto no podían saberlo los redactores de países lejanos. Periódicos y revistas importantes y conocidas son citados y las noticias quedan almacenadas en los archivos de prensa y todos se sirven de ellos. Así funciona el mundo de los medios. Después de todo, no se puede

esperar de un periodista estadounidense que abra una nueva investigación sobre algo que otros ya han tratado hace tiempo en Alemania. El yanqui piensa que el alemán está más cerca de las fuentes que él y que por esta razón cuenta con informaciones mejores y con mayor fundamento. El sistema se llama *ping-pong*. Uno adopta cosas del otro y las vuelve a enviar.

Después de la amigable carta del abogado Peña y la visita de la señora Buob a Ecuador envié a Sudamérica numerosas cartas detalladas pidiendo una explicación; tal y como se describe en la carta del 11 de noviembre a los señores Peña y Moricz [67]:

Como les es sabido, estoy en Europa debido a que mi suposición de que existe un sistema de túneles excavado artificialmente en Ecuador así como una biblioteca de metal subterránea ha sido fuertemente atacada. Durante una conversación en la televisión alemana, mi editor de la editorial Econ en Düsseldorf ha declarado que va a financiar una expedición a Ecuador para comprobar la veracidad de mis afirmaciones.

El profesor doctor Udo Oberem, dirigente del Instituto de Estudios Americanos de la Universidad de Bonn, y yo mismo volaremos a Ecuador desde Alemania. En Ecuador se unirán a nosotros tanto un director de un museo como posiblemente un geólogo para la expedición. La expedición empezaría a partir de comienzos de marzo de 1973.

Nos hace falta el tiempo necesario para permanecer durante meses en el país e incluir en la expedición burros y personas porteadoras. Por este motivo aquí se ha propuesto que volemos hasta la entrada de la cueva en helicóptero. Todos los costes que se deriven de ello correrán a cargo de la editorial Econ.

- ¿Sería posible para el señor Moricz y estaría dispuesto a dirigir una pequeña expedición en helicóptero alrededor del 1 de marzo de 1973 hasta la entrada principal del túnel o hasta una entrada secundaria interesante?
- ¿Está dispuesto Juan Moricz y puede garantizar que la pequeña expedición llegará a ver una parte de la sala artificial? Tendría que tratarse de un lugar que, sin duda, no se hubiese originado de modo natural.
- ¿Estaría dispuesto el señor Moricz a guiarnos hasta tal punto en que pudiéramos ver una parte de los tesoros subterráneos —en particular la biblioteca de metal?

El señor Peña participará, obviamente, en la expedición en helicóptero. Esta pequeña expedición tiene el único objetivo de, en primer lugar, comprobar la existencia de las partes artificiales subterráneas, así como el de poner en su debido lugar los tesoros culturales e históricos. Hasta otro momento posterior no

está prevista una expedición más larga junto con los periodistas. Para poder hacer esta verificación primeramente no será necesario volar hasta la entrada principal, ya que Juan Moricz conoce entradas secundarias y él nos podría guiar hasta una de esas entradas secundarias, en tanto en cuanto se puedan demostrar la existencia de una construcción artificial y de una parte de los tesoros subterráneos. Si el señor Moricz no desea acceder por una de las entradas secundarias y si podemos sobrevolar la entrada principal, es totalmente necesario que el señor Moricz nos haga saber cuánto tiempo aproximadamente tendremos que permanecer en el mundo subterráneo para ver una parte de la biblioteca de metal. Llegado el caso tendríamos que enviar antes un equipo de personas porteadoras o el helicóptero tendría que realizar el trayecto varias veces hasta que todo el grupo y su equipamiento sean llevados hasta la entrada principal.

Tanto para el profesor alemán el doctor Oberem como para mí solo sería posible realizar la expedición propuesta en helicóptero alrededor del 1 de marzo de 1973. Por esta razón necesitamos una respuesta rápida y detallada a las preguntas planteadas en este escrito, así como la aceptación de los señores Moricz y el abogado Peña de que se podrán visitar una parte de la galería subterránea y la biblioteca de metal. En cuanto recibamos una respuesta afirmativa les escribiremos acerca de los ajustes y la progresión de la organización. Les saludo y espero que nos volvamos a ver, a más tardar, en marzo de 1973.

(Firmado por Erich von Däniken)

Esperé y esperé, copié la carta cuatro veces y la reenvié a Ecuador e incluso por vías diferentes. Sin respuesta. ¿Cuál podría ser el motivo de este comportamiento? Lo que más me hubiera gustado es sentarme en un avión y volar a Guayaquil, pero mi agenda estaba copada con conferencias todo el mes de noviembre y una parte de diciembre. Incluso para una visita corta a Ecuador hacen falta por lo menos cinco días entre la ida y la vuelta. No tenía cinco días libres. En el programa estaban incluidas las Navidades con los amigos más cercanos y otras obligaciones. Me consolaba pensar que la respuesta de Peña se estaba haciendo de esperar debido al servicio de correos durante las Navidades. El profesor Udo Oberem y otros me metían prisa, necesitaban datos vinculantes. Por eso, el día 29 de diciembre mandé de nuevo una carta al otro lado del gran océano a Ecuador [68]:

El 11 de noviembre les hice llegar una carta detallada en la que les propuse un viaje de investigación en helicóptero a las cuevas subterráneas del señor Moricz. Para estar seguro de que recibirían esa carta la fotocopé cuatro veces y mandé

cada una de ellas en días diferentes. En una carta con fecha del 11 de noviembre les comuniqué que la editorial Econ asumiría los gastos del viaje de investigación y que nos acompañaría el profesor alemán, el doctor Udo Oberem.

Han pasado casi dos meses y todavía no he recibido una respuesta a mis propuestas y preguntas. La situación empieza a ponerse difícil para mí, por no decir imposible. No solo me meten prisa las personas que está planeado que formen parte de la expedición, sino también aquellas que la van a financiar —la editorial Econ... (A esto le siguen repeticiones de la última carta). Considerando que los gastos del viaje son considerables, nosotros como europeos no podemos ir a Ecuador sin tener la garantía del señor Moricz... Si hasta el día 10 no recibo ninguna respuesta de ustedes, intentaré localizarlos por teléfono.

La noche de fin de año de 1972 la pasé con mi familia en un hotel de montaña excelente en los Alpes suizos. Muchos invitados, unos con benevolencia y otros con actitud burlona, querían saber más sobre esta biblioteca de metal en Ecuador. No podía ayudarles. También venció el plazo que había fijado para la respuesta de Peña. El jefe de la editorial Econ opinaba que deberíamos volar a Ecuador incluso sin la confirmación de Moricz. Yo me opuse de forma inflexible a ello, y mis argumentos fueron los siguientes [69]:

El viaje a Ecuador debe y será realizado, pero el interés principal de dicho viaje es la biblioteca de metal. Por ello tenemos que pasar por Moricz y Peña. Y si ahora, debido a Peña y Moricz, existen reservas a nuestros planes, deberíamos tomar estas reservas sin prisa y sin sentir un miedo equivocado e informar a las personas interesadas sobre el estado de la cuestión... Me intranquiliza el hecho de que Peña y Moricz no hayan contestado hasta hoy. Lo que está absolutamente claro es que estas «no respuestas» no son un ataque personal contra mí, ya que según el informe de *Stern* la señorita Buob sí que visitó a Peña. Empiezo a preguntarme si quizá ellos no se hayan introducido en otros círculos, sean quien fueren estos. ¡A estos periodistas tan especiales, aquellos que me atacan y me hacen añicos —aquellos que tergiversan el tema una y otra vez—, les es completamente igual lo que podamos sacar de una visita a Ecuador si el sistema de túneles y la biblioteca de metal no se encuentran ahí debajo!

A mí me interesaba demostrar la veracidad de los pasajes más importantes de *El oro de los dioses*. Sin Moricz esto era imposible. Él seguía siendo la figura clave para mi rehabilitación. Hoy, después de treinta y seis años, escribo todo esto no sin un poco de amargura en el corazón, pero sí sin ningún tipo de rabia para con las personas

afectadas. El tiempo cura todas las heridas. El motivo de la decepción que sufrí entonces fue una carta interminable que recibí de Peña (cuya extensión no me permite citarla aquí enteramente) y que me sobrecogió [70]. ¿Estuve viviendo en un mundo de ensueño o fueron los otros los que se cambiaron de lado? Peña escribió:

He recibido las cartas que me envió el 11 y 30 de noviembre, así como la del 29 de diciembre de 1972. Como abogado del señor Peña tengo que comunicarle algo de parte del señor Juan Moricz sobre este tema...

Tanto el señor Moricz como yo creímos que usted se daría prisa en venir a Guayaquil para darnos explicaciones sobre la versión tan personal e imaginativa que apareció en este libro (*¿En qué me he equivocado?: nuevos recuerdos del futuro*) sobre el descubrimiento del señor Moricz, así como para darnos explicaciones sobre la publicación de las fotografías y demás informaciones sin nuestro permiso. De hecho, se le comunicaron como prueba a usted todos los detalles relativos a su proposición para que formara parte de un viaje de investigación cuyos costes ascendían a 200 000 dólares estadounidenses. Con este viaje se podrían dar a conocer al mundo entero los descubrimientos del señor Moricz...

En contra de todos los derechos, usted hizo uso de todas las informaciones que se le dieron, a pesar de que se le había dicho que el señor Moricz se reservaba todos los derechos de autoría relativos a la propiedad intelectual y otras con respecto a su descubrimiento, tal y como prueba el escrito que usted conoce y que fue firmado por todos los participantes del viaje de investigación. Encontrará una copia de este como anexo [...]

De esta forma, usted se adueñó del derecho a publicar los resultados de las investigaciones mencionadas. Usted utilizó el descubrimiento y las informaciones para un uso comercial que le pertenecía a otro sin ni tan siquiera fijar los honorarios que se derivaban de tales derechos [...]

Para aprovecharse de la polémica y la curiosidad natural que se despertó con la historia sobre el fantástico descubrimiento de Juan Moricz, usted quiere presionarnos mediante diversas comparecencias para obligarnos a organizar un viaje de investigación del cual usted sacaría todos los beneficios. Usted se olvida de que originalmente se había organizado un viaje de investigación para dar a conocer al mundo el descubrimiento de Juan Moricz y no para demostrar mediante la amistad entre las personas que el señor Von Däniken tenía razón. Usted ha despertado la curiosidad de sus lectores por el descubrimiento de otro de forma totalmente injusta. Ahora usted quiere sacar partido de ello para demostrar la veracidad de sus afirmaciones...

¡Menudo golpe! Durante algunos días me sentí como anestesiado. Gracias a Dios, estoy libre de toda depresión. Marzo de 1973 hubiera sido el momento perfecto para una. En mi cabeza ya nada tenía sentido. Precisamente entonces había escrito algunas páginas en *El oro de los dioses* sobre el descubrimiento de Juan Moricz porque él (aparte de mí) así lo deseaba; para que él se diera a conocer con ese libro que planeaba escribir él mismo. Explícitamente para ello me había cedido unas fotos en blanco y negro. Ahora se invocaba el argumento de que yo había utilizado esas fotos «sin permiso». Yo había quedado como un canalla porque se supone que iba a sacar un «uso comercial» de los descubrimientos de Moricz. De acuerdo con el escrito de Peña, Moricz también estaba enfadado por la forma en que había dado a conocer su descubrimiento. En realidad yo le había mostrado en Ecuador el avance editorial de la revista *Sie + Er* y se lo había traducido palabra por palabra. Junto con el escrito de Peña había un documento que, en contra de lo que Peña decía, yo no conocía. A mí se me había confiado la *Escritura* (documento notarial) pero no el siguiente documento [71]:

Los abajo firmantes, miembros del viaje de investigación a las cuevas descubiertas por Juan Moricz, se comprometen formalmente a no hacer ninguna declaración periodística en la radio o en la televisión, ni ninguna comparecencia de otra naturaleza, ni a publicar fotografías relacionadas con esta expedición, ni en otros casos fotografías relacionadas con los objetos de las cuevas, con el lugar geográfico del sitio descubierto, con las teorías o hipótesis que puedan deducirse de su descubrimiento, ni a publicar cualquier otro tipo de detalles relativos a la expedición. Únicamente el descubridor, el señor Juan Moricz, podrá hacer declaraciones públicas u oficiales a los medios de comunicación con respecto al éxito o al fracaso, las consecuencias, los resultados, las metas, los avances conseguidos y demás detalles de la expedición. De forma expresa, los abajo firmantes otorgan poder a Juan Moricz para sancionar jurídicamente a todos los que no respeten este acuerdo, así como para evitar la publicación o reproducción de las fotografías o comparecencias que se publiquen en contra de las condiciones actuales. En el ejercicio de sus derechos solo el descubridor, el señor Juan Moricz, podrá anular las condiciones y limitaciones presentadas en este escrito cuando lo considere oportuno.

(Firmado de puño y letra por todos los participantes de la «Expedición 1969», el 23 de julio de 1969)

Me atormentaba la idea de que probablemente Moricz se hubiera visto presionado por aquellos camaradas que se habían comprometido a guardar silencio. En esto no encajaba un tal Däniken de Suiza. Él lo echa todo a perder y se enriquece (¡aparentemente!) de manera fácil y maliciosa. La realidad era totalmente diferente.

¿Por qué diablos vuelvo a destapar esta historia después de que hayan pasado décadas? ¿A quién le interesa? Entretanto, *El oro de los dioses* ya ni si quiera está a la venta en el mercado, mis lectores de aquel entonces probablemente hayan muerto y yo mismo me he recuperado de aquel choque. ¿Por qué entonces volver a recuperar una historia que hace tiempo quedó enterrada y bien tapada por el tiempo?

¡Porque la controvertida biblioteca de metal fue muchas veces visitada y descrita por otros testigos! Y porque entretanto conozco el punto geográfico exacto del acceso a la cueva. Con ello nos esperan descubrimientos sensacionales. La vieja historia, de pronto, es de nuevo de gran actualidad. Antes de que pare de presentar citas de treinta y cinco años de correspondencia, las cuales enarbolan capítulos de lo sucedido en el tiempo, y antes de que siga escribiendo acerca de los demás descubrimientos de la biblioteca de metal, al margen podría ser interesante dar a conocer a qué derivó mi relación con Moricz y Peña. Respondí a aquel «golpe» —tratando de ser resistente a este— que recibí al leer la carta de Peña el 26 de enero de 1973 una semana después [72]:

La expedición que yo he propuesto tiene el único objeto de demostrar al mundo que en los túneles subterráneos del señor Moricz existen verdaderamente una biblioteca y otros tesoros. Se trata únicamente de Juan Moricz y no de Erich von Däniken... Lo importante no es ni mucho menos si «Erich von Däniken tiene razón», sino únicamente si es cierto lo que dice Juan Moricz. Como, por ejemplo, lo que está escrito en la «Escritura».

Con motivo de mi visita a Ecuador en agosto del año pasado les mostré a ustedes los primeros textos de la revista *Sie + Er* y entonces discutimos precisamente acerca de cómo tiene que presentar un escritor una historia. Comparamos la historia con las cosas que se presentan en un escaparate y que se ensalzan para

llamar la atención. Entonces, Moricz dijo que la cuestión de la presentación era un aspecto secundario. Aquí quiero constatar que en el caso de mis libros no se trata de publicaciones científicas y que un escritor tiene que poder tomarse libertades de dramaturgia.

En su despacho obtuve el permiso del señor Moricz para utilizar las fotos que me entregó. Entonces estas fotografías fueron el motivo por el que nos dirigimos a un fotógrafo e hicimos reproducciones. Por este motivo no tiene sentido la situación de secretismo a la que hemos llegado con respecto a esas imágenes, ya que en todo caso estas fueron publicadas incluso en revistas ecuatorianas.

Es cierto que durante esa conversación yo me ofrecía a buscar medios financieros para la expedición para que el mundo pudiera conocer el fantástico descubrimiento de Ecuador. Estos medios financieros me los hubiera proporcionado la editorial Econ o cualquier otra firma se hubiera prestado a ello. Si ahora Juan Moricz dice que quiere dirigir y financiar la expedición a su manera, es cuestión suya, y seguramente tienen motivos para ello. Sin embargo, encuentro absolutamente injusto hacer ahora como si yo fuera el «malvado» y hubiera ido pregonando secretos a espaldas del señor Moricz. Yo no fui miembro de la Expedición 1969 y no firmé este documento que firmaron los participantes. No sabía de la existencia de ese documento. Le agradezco la copia. En todo caso, lo que firmaron los entonces participantes de la expedición no coincide con lo que nosotros hablamos en Ecuador. Ustedes tenían absoluta y perfectamente claro que yo iba a escribir sobre el sistema de túneles subterráneos, este fue el único motivo de nuestras largas reuniones.

¡Le ruego, querido señor Peña, que recuerde nuestras conversaciones! Usted sabe cuál es mi punto de vista, y también el de Juan Moricz, sobre la arqueología, sobre la formación y expansión del *Homo sapiens*. Usted también sabe que Moricz y yo sabemos mucho más de lo que decimos y escribimos. ¿Se acuerda de la segunda noche que cenamos juntos? Moricz y yo estábamos de acuerdo; nos mirábamos y afirmábamos con la cabeza porque los dos sabíamos a lo que el otro se refería. ¿Qué piensa usted que hubiera pasado si hubiera publicado toda la verdad? No puedo comprender —de acuerdo con lo que hablamos— por qué se sienten agraviados de esta manera. ¡Moricz quiere la «guerra», y de hecho una guerra encarnizada! Sin embargo, él tiene el deseo de que, por fin, toda la verdad sobre la protohistoria de la humanidad sea anunciada a los cuatro vientos. Moricz tendría que estarme eternamente agradecido de que ahora por primera vez se hable por doquier sobre él y sus descubrimientos. Nunca me he atribuido de ninguna forma descubrimiento alguno; más bien he intentado poner a Moricz en el primer plano y convertirlo en el centro de atención. ¡Dios sabe que no tienen ningún motivo para estar enfadado conmigo, ni con mis publicaciones! Si realmente Juan Moricz llega a hacer realidad su idea de publicar en el mercado un libro en treinta idiomas a la vez, entonces seguramente yo no seré declarado del todo inocente, ya que se ha hecho patente al mundo que en Ecuador existe un sistema de túneles, quién es su descubridor y que el descubridor conoce los secretos que esconden.

Muy estimado señor Peña, reciba mis cordiales saludos y transmítaselos también al señor Moricz.

(Firmado: Erich von Däniken)

Entonces, entre los años 1972 y 1975, los medios internacionales me reprocharon que no me defendiera ante las culpas que se me achacaban de forma masiva, que no hiciera nada para arrojar luz sobre la verdad, que me comportara de forma mezquina y que me viera superado por la responsabilidad. Además, algunos —de forma intencionada— me martillaron con titulares en los que decía que finalmente había admitido no haber estado en una cueva en Ecuador. ¡Todo, tonterías! Ya en las primeras veces en que fui interpelado por la prensa dije alto y claro que nunca había estado en la entrada principal que conducía al mundo de Juan Moricz, sino en una galería secundaria; cosa que se puede demostrar con fotos. Esas fotos se eliminaron y se fabricó una noticia: «... Däniken ha admitido que nunca estuvo en las cuevas de Ecuador». Incluso hoy estas falsas líneas deambulan por los archivos y obviamente por internet, donde todo el mundo puede introducir las citas que prefiera aun cuando se trate de las mentiras más grandes. Esto me recuerda al presentador de un programa de televisión que debía obligar a sus invitados a contestar a sus preguntas únicamente con un SÍ o un NO. Se trata de la verdad y esta se deja determinar con un simple y convincente SÍ o un NO. ¿No es así? Estimados lectores, les planteo la siguiente pregunta. Intenten contestar con un SÍ o un NO:

¿Dejarán alguna vez de pegar a sus mujeres cada noche? ¿Sí o no?

¿Lo han entendido? Las respuestas para las que hay que elegir una u otra respuesta, muy a menudo, resultan ser demasiado vagas; requieren de explicaciones. Por eso me decidí a desentrañar de una vez por todas la vieja controversia que se derivó de algunas de mis páginas de *El oro de los dioses*. Hay que percibir sin miedo cuánto

me esforcé hace treinta y cinco años en arrojar luz sobre la oscuridad.

Después de aquella carta explicativa que envié a Peña recibí una contestación en la que se me exigía que pagara un dinero. Debía «pagar al señor Moricz el porcentaje de la suma originada» que se había derivado del «uso comercial, las fotos y las investigaciones». Al mismo tiempo recibí una carta de un tal James B. Mobley de la productora estadounidense Media Associates Company de Los Ángeles que me informaba de que iba a rodar una película en Ecuador sobre el mundo subterráneo de las cuevas, para la cual había conseguido todos los derechos. El señor Juan Moricz se había negado a que James B. Mobley participara; sin embargo, la presencia de este último no era necesaria, porque un tal señor Pino Turrola se iba a encargar de dirigir al equipo cinematográfico [73]. Totalmente asombrado, supe que el señor Pino Turrola había «explorado al completo las cuevas en cuestión, como cualquier otra persona, y eso, por lo menos, un año y medio antes de la expedición de Moricz». El señor Mobley aseguraba en su carta que su productora había firmado un contrato con el Gobierno ecuatoriano y que había inscrito los derechos de la historia en «The Writers Guild of America». Sin embargo, lo que más me impactó fue que decía que las planchas de un metal extraño, los objetos de oro y otros «no estaban en las cuevas de Moricz, sino en una cámara que se encontraba a muchas millas de allí. Solo se podía acceder a esa entrada si se nadaba a través del río y se aparecía dentro de las cuevas».

¡Eso sí que eran noticias! Si las afirmaciones de Mobley eran ciertas, significaría que Moricz había confeccionado un documento notarial que no correspondía con los hechos, habría utilizado al Gobierno ecuatoriano y a su abogado, el que tanta buena fe tenía, el señor Peña, de paso me habría mentado a mí de forma despiadada y habría montado un teatro incomprensible en torno a la visita que realizamos juntos a aquella entrada secundaria. Le mandé la carta de la productora estadounidense al señor Peña y felicité al productor

de cine Mobley brindándole todo el apoyo posible para la comercialización de la película. Con una carta más larga, con fecha del 16 de marzo de 1973, expliqué al doctor Peña de nuevo mi opinión sobre las exigencias de Moricz [74] (sobre ese «porcentaje»); sin embargo, no recibí ninguna respuesta más. En vez de eso recibí una instrucción para que pagara más de un millón de dólares americanos. ¡Eso ya era insuperable! Se me exigía que pagara más de un millón de dólares por la publicación de un par de páginas en mi libro *El oro de los dioses*. Ese par de páginas correspondían a la parte alícuota de una historia fantástica, la cual probablemente había sido inventada por la persona (Juan Moricz) que me había demandado y que no movía un solo dedo para demostrar la veracidad de dicha historia. Sin embargo, se me seguía solicitando que buscara financiación para la expedición. ¿En qué mundo vivía yo?

El 17 de junio de 1973 el señor Roland Nicholas, presidente de National Leisure Corporation, le confirmó al periodista Ron Thompson lo siguiente en su oficina de North-Pine-Street en Hollywood [75]:

Verdaderamente es increíble. El equipo cinematográfico ha tomado en los túneles más de 1000 fotos. Ha descubierto cavernas cuyo tamaño es lo suficientemente grande como para albergar de 5000 hasta 6000 personas.

Yo debía tener razón. Apareciera quien apareciera con esas fotos, solo podía confirmar mi visión de las cosas. Entretanto, había recurrido por vía judicial a la demanda interpuesta por Juan Moricz. Más tarde, él mismo siguió admitiendo de forma obstinada a los periódicos que existía un mundo subterráneo en el que se encontraba la biblioteca de metal [76, 77]. Después, en algún momento del otoño de 1976, apareció en la revista semanal alemana *Die Bunte* un artículo estupendo sobre Ecuador (ese número no está en el archivo). Un equipo internacional liderado por el espeleólogo escocés Stanley Hall había realizado una expedición de grandes dimensiones «siguiendo el rastro de Erich von Däniken».

El primer hombre en la Luna, Neil Armstrong, había participado como invitado de honor. Todos los participantes estaban amargamente decepcionados por mi culpa, ya que en las galerías subterráneas no había ningún tesoro grandioso. Nunca había leído nada del espeleólogo Stanley Hall pero sí del primer hombre en la Luna. Le escribí el 18 de febrero de 1977 pidiendo información. En tan solo una semana llegó la respuesta a mis manos; esta se distanciaba completamente de la información que dio en su día la prensa. Adjunto un facsímil de la carta que escribió Neil Armstrong. A continuación se destacan los pasajes más importantes:

... Al tener antepasados escoceses, me propusieron participar como invitado de honor en la expedición. Visité el lugar a principios de agosto del verano pasado. No había leído sus libros y no conocía las vinculaciones existentes entre usted y esas cuevas. No he hecho ningún tipo de declaración relacionada con sus hipótesis. Me informaron de que se habían publicado artículos en Alemania y en Argentina que vinculaban nuestra expedición con sus teorías. Repartieron unas imágenes que pude ver *in situ*. No he sido entrevistado por ningún representante de alguna publicación. No puedo asumir la responsabilidad de nada de lo que apareciera en la prensa europea.

(Firmado: Neil A. Armstrong)

Hacía tiempo que ya no me preguntaba qué pasaba con nuestra prensa, ya que llevaba tiempo siendo víctima del sistema. ¡Véase anteriormente! Sabía cómo funcionaba la sociedad de los medios de comunicación y que cualquier periodista sencillamente tomaba partes de otra fuente sin convertirse por ello en un mentiroso. Por eso ya no me podía afectar que una gran revista diaria alemana publicara un artículo el 2 de octubre de 1982 sobre la expedición de un grupo alemán, que de nuevo había viajado a Ecuador siguiendo los «pasos de Däniken» y había conseguido llegar a las Cuevas de Tayos con facilidad y sin ningún equipo de personas que cargaran con el equipo; y que cuando hicieron una visita al padre Crespi solo encontraran latón y otras baratijas [80].



La carta que recibí de Neil Armstrong en 1977.

¿No fue necesario para la «Expedición Moricz 1969» un equipo de portadores y protección militar? ¿Cómo llegaron unos turistas alemanes por su propio pie a las Cuevas de Tayos? Entretanto habían pasado doce años y el Gobierno ecuatoriano había permitido la construcción de un camino transitable que condujera a un punto más o menos cercano de las cuevas. La situación en 1982 era totalmente diferente a la de 1969. ¿Y, el padre Crespi? ¿No estaba claro que en su exposición solo había baratijas y otras tonterías modernas?

En 1972 yo ya sabía que el padre Crespi había detentado en algún momento el puesto de director del Museo del Oro de Cuenca. Él sabía perfectamente lo que era oro y lo que no. El Museo del Oro se quemó debido a un incendio el 20 de junio de 1962. Durante las tres visitas que hice a Cuenca pude comprobar cómo el hombre, ya mayor, arrastraba planchas de metal hasta situarlas delante de la cámara y le decía a todo el mundo: «Oro..., oro..., oro». El padre era un viejo pillo al que le gustaba tomar el pelo a sus visitantes.

Durante mi segunda visita, él me pidió que, sin falta, fotografiara su última pieza de «oro». Le hice el favor, a pesar de que me di cuenta de que se trataba de una chapa de latón barata. Después trajo arrastrando una plancha de metal para demostrar que los incas conocieron la armadura. Como le habían robado en ocasiones anteriores, el padre se había vuelto más astuto y cuidaba sus tesoros con celo. Apenas me dejó tocar los artefactos y, cuando lo intenté, mantuvo bien altas las planchas o las colgó de la pared. ¿Qué hubiera podido hacer yo? Reprocharle al padre —después de todo, un honorable clérigo y conocedor del oro— y decirle: «¡Usted miente!». No me quedó otra alternativa que aceptar sus palabras sobre el oro con una sonrisa; y mucho más cuando conocía los Museos del Oro de Lima y de Bogotá y sabía que la apariencia de las piezas de oro que en ellos estaban expuestas era totalmente diferente a las del padre Crespi.

Aproximadamente doce años después de mi visita fueron a parar al patio trasero del padre Crespi un par de turistas alemanes. Entretanto el padre había muerto. Sus seguidores mostraron a esos turistas con mochilas enormes todos los cachivaches posibles de la herencia de Crespi, entre ellas las planchas cuyo material yo afirmé que era el oro. La parte de mayor valor de la colección de Crespi hacía tiempo que había sido traspasada al Banco Estatal de Ecuador. Por eso no pudo tratarse de chapas de latón sin valor —como se dijo en los periódicos alemanes—, para las chapas de latón no hace falta la caja fuerte de un banco. Bien puedo imaginarme también que había diversos objetos que se repetían varias veces: una vez compuestos de un material caro y otras de uno barato. No digo esto para encubrirme, sino porque, hoy en día, en los museos de todo el mundo aparecen copias de cualquier obra original; también en los países andinos.

En cualquier caso, durante mis visitas a Crespi no pude juzgar con claridad lo que era oro y lo que no. Por eso, en *El oro de los dioses* escribí que se trataba de «... oro, plata, cobre...», y en el libro *Meine Welt in Bildern*^[20], que apareció un año después de *El*

oro de los dioses, fui más preciso: «Latón, cobre, hojalata, cinc, trabajos en piedra y madera... y entre todo ese caos, oro puro y chapas de oro, plata y chapas de plata». (Página 149 del libro en alemán). En el caso de las imágenes prudentemente, hago los siguiente comentarios: «plancha de metal» (página 152), «chapa de oro» (página 154), «plástico» (página 157), «disco de plata y cinc» (página 158), «lámina de plata» (página 160).

El jefe de grupo de los turistas alemanes escribió inmediatamente un libro contra mí, en el que obviamente yo quedaba «al descubierto», mis afirmaciones quedaban «refutadas» y quedaba probaba «mi culpabilidad»; ante la «indignación» que se produjo en Alemania y que, no obstante, fue celebrada con satisfacción [81]. Solo faltaba que la gente se congregara con velas en la mano en signo de protesta. Aquel libro parecía como si yo solo hubiera hablado del «oro y nada más que el oro» del padre Crespi. En primer lugar, eso no era cierto; en segundo lugar, quedó silenciada intencionadamente la documentación de las imágenes de *Meine Welt in Bildern* [82], y, en tercer lugar, yo no podía saber que los ecuatorianos entre 1969 (Moricz) y 1982 habían omitido una pista a la chita callando, la cual no hacía necesaria una expedición tan cara en tiempos de Moricz.

Los turistas alemanes se dieron prisa en levantar con dos dedos una de las planchas del padre Crespi y declararon, cual especialistas competentes, que, debido al peso, no podía tratarse de oro. (La opinión de Däniken quedaba refutada, ¡hurra!). Yo sabía ya desde 1972 que el peso de un objeto no revela nada sobre la cantidad de oro de que está compuesto. Precisamente el profesor doctor Gebhardt, director del Instituto Max-Planck de investigación sobre metales en Stuttgart, me había dicho que «el peso y el color no dicen nada sobre la cantidad de oro» [83]. El doctor Gebhardt había investigado durante décadas los conocimientos metalúrgicos de los incas y era un experto de primera línea. Poco años después, la profesora doctora Haeter Lechtmann, directora del *Center for Materials Research in Archaeology and Ethnology*^[21] del Instituto

Tecnológico de Massachusetts (MIT), publicó un estudio en profundidad sobre el «falso oro inca». Las siguientes frases son de su informe de investigación [84]:

En nuestro laboratorio analizamos pequeñas pruebas de objetos encontrados. Se puso de manifiesto que en muchas partes el baño tenía un grosor de solo 0,5 hasta 2 micrómetros, y que incluso en fotografías microscópicas con un aumento de hasta 500 apenas era perceptible... Los gobernantes del imperio inca utilizaban objetos que parecían de oro puro o de plata... No se han podido igualar los métodos de refinamiento de la superficie de los metales con los que los habitantes de los tiempos precolombinos hacían parecer metales nobles a los que no lo eran.

¿Qué ha quedado de tantas «revelaciones» y de los constantes «gritos de indignación»? Ah, ¡sí!: ¡los motivos dibujados sobre los artefactos de Crespi!

Los arqueólogos solo son personas y les gusta mirar a otro lado o emitir juicios prematuros cuando los objetos de arte no encajan en el esquema. ¡La colección de Crespi no encaja ni por delante ni por detrás! Esta colección estropearía la querida imagen de los indios precolombinos que ha perdurado en cientos de libros de texto. Lo más rápido es colocar la etiqueta de «falsificación» a todo aquello que irrite. Después, nadie más tiene que seguir preocupándose por ello, ni siquiera los estudiantes. Algunos objetos de la colección de Crespi provenían, sin duda, de tiempos modernos; sin embargo, este no puede aplicarse a la mayoría de los artefactos. Estos últimos estuvieron en el Museo del Oro de Cuenca hasta el 20 de julio de 1962 y fueron clasificados como objetos arqueológicos auténticos y de gran valor. Más tarde, el museo se quemó. El arqueólogo estadounidense Manson Valentine, quien sigue siendo el director de honor del Museo de Ciencias de Miami y miembro del grupo de investigación del Museo Bishop de Honolulu, calificó de «auténticos» los mismos artefactos de Crespi que yo había incluido en *El oro de los dioses* [85]. Asimismo, en el capítulo anterior mostré las planchas de Crespi con sus inscripciones de las que existen similitudes en otros objetos que se encuentran a miles de kilómetros

de Ecuador. Quizá dentro de poco alguien me explicará que los indios de hoy en Ecuador habían visitado el pequeño Museo de Glozel (Francia) antes de ponerse manos a la obra con las chapas de latón y el martillo.

No tengo nada en contra de la crítica razonable aunque esta me perjudique especialmente a mí. Yo mismo pertenezco a asociaciones nacionales e internacionales de escritores, conozco incontables periodistas brillantes —mi hija es una de ellos—, me gusta sentarme con ellos en ambientes informales, me gusta discutir con ellos sobre los pros y los contras de un tema, me río y me gusta filosofar con mis colegas del gremio de los escritores. Pero sí tengo algo en contra de aquellos que siempre se sienten ofendidos e indignados, aquellos que no necesitan entender ni la más mínima parte de una obra vital para poder juzgar concienzudamente también aquello que no han entendido.

¿Y ahora dónde está la biblioteca de metal?

Aussaat und Kosmos fue publicado en castellano en 1974 bajo el título *El oro de los dioses* y levantó una mordaz controversia sobre las «Cuevas de Tayos». Al margen de ello, ni el título en inglés, *The gold of the gods*, ni el mismo título en español, *El oro de los dioses*, fueron obra mía. Los títulos del extranjero son ideados por las casas editoriales de que se trate en particular. En cualquier caso, el libro sentó las bases de otras expediciones en busca de las controvertidas «Cuevas de Tayos» aparte de la que realizó Juan Moricz. Muchas revistas publicaron artículos sobre ello [86] y se confeccionaron bocetos, parciales cuanto menos, de las cámaras subterráneas [87]. Una de las personas que se vieron contagiadas por mi informe es el señor Stanley Hall. A los pocos días de que noviembre de 1994 yo diera una conferencia en Quito, la capital de Ecuador, organizada por la Embajada de Suiza y el Goethe Institut, conocí a Stan —como él se hace llamar— en su casa. Mi amigo Willy Dünnenberger, el que durante años fuera mi secretario y quien

vivía desde hace muchos años en Quito, organizó el encuentro. Stan —como pude saber— tenía raíces escocesas. Conocía su nombre por los periódicos; él había sido quien había puesto en marcha la expedición científica con Neil Armstrong en 1976. Me enteré de que esa expedición realmente había durado un día, ya que el equipo, junto con el primer hombre que pisó la Luna, había volado en helicóptero hasta las cuevas. Stan conocía a Juan Moricz desde hacía años y obviamente también conocía al abogado Gerardo Peña. Yo expuse a Stan mi visión de las cosas, sin hacer referencia a ningún documento, como sí lo he hecho en este libro, y Stan me aseguró que seguía en busca de la biblioteca de metal; decía que esa historia era maravillosa y que había caído en la niebla del olvido. Me pareció que Stan era un investigador absolutamente sincero y que uno podía fiarse de sus palabras. Y el hecho de que, al contrario de otros en Ecuador, él siguiera avanzando me hizo sentir más confianza en él; mucha más si pensaba en que tenía una buena reputación y que estaba casado con una ecuatoriana.

Durante nuestra conversación, Stan me hizo saber que conocía la posición geográfica de la biblioteca de metal; esta no estaba en las «Cuevas de Tayos». Sin embargo, era muy pronto para hacer pública esta información.

Durante años, Stanley Hall siguió incansablemente tras la búsqueda de la biblioteca de metal y hoy conoce la posición geográfica exacta de la entrada a la biblioteca de metal. No siguió manteniendo esta información en secreto y publicó en su libro (*El oro de Tayos — los Archivos de Atlantis* [88]) la extraordinaria historia que tanto esfuerzo le había costado. (En este libro aparezco yo como una especie de viejo cuentacuentos). Hall encontró también al único testigo que había visto con sus propios ojos tanto la biblioteca de metal como muchos otros objetos fantásticos y los había tenido entre sus manos: el señor Lucio Petro Jaramilla Abarca. Petro Jaramilla había sido llevado a las fenomenales cámaras subterráneas antes que por Juan Moricz por un indio de la tribu shuar (antes conocidos como los jíbaros y mucho antes como

los cazacabezas). Debido a las condiciones para llegar hasta allí — las personas tenían que bucear por debajo de un río y aparecían en el interior de la cueva—, Petro Jaramilla pasó el día entero y la noche en las cámaras donde estaba el tesoro. Stan Hall resumió su historia y la comprimió en su libro *El oro de Tayos* a partir de la página 185 [88]. Por motivo del *copyright* y también por respeto a sus investigaciones, que tantos años duraron, simplemente no quiero reproducir su descripción tan revolucionaria. Sea como fuere, Petro Jaramilla habla en su libro sobre «miles de figuras de animales», sobre quimeras, sobre «columnas parecidas al cristal y de diferentes colores» y, finalmente, de un biblioteca de metal de miles de páginas, cada una de las páginas de metal con unas dimensiones de 40 x 20 centímetros. Lo que Juan Moricz me contó aquella noche en el Hotel Atahualpa de Guayaquil y aquello sobre lo que yo había publicado un par de fragmentos es ridículo comparado con la descripción del testigo Petronio Jaramilla.

De este mundo subterráneo va a emanar un conocimiento que para algunos puede ser demoledor y para otros una fuente de gran alegría. Pero primero, la sociedad tiene que permitir que esa biblioteca de metal salga a la luz. Ese tipo de investigaciones solo son posibles dentro del marco científico. ¿De qué ciencia? ¿De la ciencia de los conservadores arqueólogos, etnólogos y teólogos de las escuelas que han existido hasta ahora? Para llevar a cabo una expedición, cada grupo necesita la ayuda de algunas personas del Gobierno. ¿Volverán a oponer resistencia o —quizá— se dejarán sobornar? ¿Dentro de algunos años nos explicarán de forma objetiva y absolutamente serios que los descubrimientos de Stan Hall y el informe de Petro Jaramilla son tontas fantasías? Yo no soy un adepto de las teorías de la conspiración, pero con seguridad conozco dos casos en los que se practica exactamente esto: 1. Con los manuscritos del Mar Muerto (Manuscritos de «Qumrán»), y 2. Con los espacios que hay dentro y bajo la Gran Pirámide. Para dificultar un posible encubrimiento y la explotación secreta, Stan Hall se decidió a dar a conocer la posición exacta de la biblioteca de

metal. (¡Hola, Google Earth! ¡Dirige los ojos de tu satélite a ese punto!). ¿Por qué motivo no aparece en televisión todos los días el testigo de estos fenomenales tesoros, Petronio Jaramilla?

Petro Jaramilla fue asesinado de un tiro en mayo de 1998 delante de su casa en Esmeraldas. Petronio dejó tras de sí un hijo de catorce años, Mario; Stan Hall y Mario intentaron llegar juntos a las cámaras subterráneas donde se encontraba el tesoro. Debido a las dificultades de acceso y otros problemas sobre los que Stan Hall escribe [88], el equipo tuvo que darse por vencido poco antes de alcanzar su meta. Si creemos lo que dice internet, otras personas también lo intentaron. El periodista Alex Chionetti cuenta que él no pudo llegar hasta la meta a causa de los shuars [89]. ¿Y, qué pasa con el señor Pino Turrola, quien decía haber visitado las cuevas hacía un año y medio y haber dirigido a un equipo cinematográfico hasta allí? ¿Qué pasó con el productor de cine James B. Mobley? ¿Dónde están las miles de fotos que se tomaron en el mundo subterráneo? Stan Hall describe a Pino Turrola como un conde de procedencia italiana que buscaba pruebas de vida extraterrestre. Solo el cielo sabe bajo órdenes de quién. Si llegó a alcanzar su meta en las Cuevas de Tayos, escapa a mis conocimientos. Y Bert Mobley, con quien me encontré años más tarde en Los Ángeles, me informó sobre su película y sobre las numerosas fotos de las cuevas. Este se mostró amigable pero cerrado y me dijo que su película nunca se estrenaría y que las imágenes nunca se publicarían. Yo quería saber por qué no, «por el amor de Dios». «Después de todo, su sociedad ha invertido mucho dinero en el proyecto». Sonrió con ironía y explicó con ambigüedad que habían recuperado mucho más dinero del que habían invertido. «¿De quién? ¡Válgame el cielo! ¿Es todo esto cierto?»; Bert guardó silencio sepulcral, me dio las gracias por la bebida y se fue.

Son este tipo de conversaciones las que me enfurecen y me desconciertan, sin que me ponga a pensar en posibles teorías de la conspiración. ¿Y, qué pasa con Juan Moricz? Él tendría que tener

todo el interés del mundo en que su historia fuera probada y en pregonar su historia al mundo.

Juan murió el 27 de febrero de 1991, poco antes de su sexagésimo noveno cumpleaños. Había descubierto la existencia de más oro y en cada ocasión volvía a reiterar que su historia era verídica. ¿Cómo? ¿Después de que se hubiera revelado claramente que la biblioteca de metal no estaba en las «Cuevas de Tayos»? El verdadero acceso se encuentra aproximadamente a cien kilómetros de distancia de las «Cuevas de Tayos». ¿Qué debo pensar hoy de las afirmaciones de Juan Moricz? Nunca lo condené y, a pesar de los problemas entre nosotros con los que tuvimos que lidiar hasta el final, creo que fue una personalidad excepcional. Sabía muchas cosas —incluso de mi objeto de estudio—, había leído mucho y siempre se comportaba como un caballero. Después de todo, puedo entender que reaccionara ante mí con tanta furia, y más aún cuando se vio sometido a una gran presión de todos lados a causa de mi público. (Durante algunos años también tuvo serias diferencias de opinión con Stan Hall, por las razones por las que las tuvo conmigo). Hoy tengo la suposición de que en las cuevas de Juan Moricz, con mucha seguridad, había algunos tesoros. Esos tesoros —tal y como cuento en *El oro de los dioses* y debido a los buscadores de tesoros — fueron retirados de ese sitio y desplazados a otro. Sin embargo, no puede haberse tratado del mismo material que vio y describió Patronio Jaramilla, porque su maravilloso descubrimiento se produjo antes de 1964. ¿Y, el abogado Peña?; es un señor noble y muy inteligente, de principios y sincero, que en su momento no hizo otra cosa más que representar los intereses de Juan Moricz. Yo no puedo juzgar hasta qué punto él mismo creía en las historias de Juan Moricz.

La explosiva historia sobre la biblioteca de metal no ha hecho más que empezar. ¡Gracias a Stanley Hall! Gracias a su libro, también pude saber que, ya en 1968 —un año antes de la «Expedición Moricz»—, un grupo de mormones había realizado una pequeña expedición a las mismas cuevas. ¡Ahora es importante la

lucidez! Hagamos memoria: los mormones descienden de los Jareditas. Jared fue el padre de Enoc. Este último escribió los libros que le dictaron los extraterrestres y entregó estos libros a sus hijos para las generaciones de después del diluvio. Dirigidos por algún «dios», tras 344 días en barco, los Jareditas alcanzaron la costa sudamericana a bordo de ochos barcos sin ventanas. Los libros mormones *Eter* y *Leví* lo ilustran con detalle. ¿Qué tienen que ver los antepasados de los actuales mormones —o los predecesores de Jared— con la escritura de las planchas de metal? Extrayendo algunas citas del *Libro del Mormón* se puede probar que se trató exactamente de esas planchas de metal sobre las que figuraban unos escritos. No obstante, antes de atravesar el gran océano durante su viaje, tenían que poner a salvo las planchas [90] (las palabras y los números entre paréntesis coinciden con los libros y los capítulos del *Libro del Mormón*).

(*Nefi*, 3, 3)

Pues he aquí, Labán tiene los anales de los judíos, así como una genealogía de mis antepasados; y están grabados sobre planchas de latón.

(3, 4)

Por lo que el Señor me ha mandado que tú y tus hermanos vayáis a la casa de Labán, y procuréis los anales y los traigáis aquí al desierto...

(3, 24)

Y acaeció que entramos donde estaba Labán, y le pedimos que nos diera los anales que estaban grabados sobre las planchas de latón, a cambio de los cuales le entregaríamos nuestro oro, y nuestra plata, y todas nuestras cosas preciosas.

(4, 16)

Y también sabía que la ley estaba grabada sobre las planchas de latón.

(4, 17)

Y además, sabía que el Señor había puesto a Labán en mis manos para este fin: que yo obtuviese los anales, de acuerdo con sus mandamientos.

(5, 10)

Y después de haber dado gracias al Dios de Israel, mi padre, Lehi, tomó los anales que estaban grabados sobre las planchas de latón y los examinó desde el principio.

(5, 11)

Y vio que contenían los cinco libros de Moisés, los cuales relataban la historia de la creación del mundo, y también de Adán y Eva, nuestros primeros padres...

(5, 18)

Que estas planchas de latón irían a todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos que fueran de su simiente.

(5, 19)

Por tanto, dijo que estas planchas nunca perecerían, ni jamás el tiempo las empañaría.

(5, 22)

Por lo tanto, fue en la sabiduría del Señor que los lleváramos con nosotros mientras viajábamos por el desierto hacia la tierra de promisión.

Se habla de «planchas de latón». No podía haberse tratado de «latón», ya que las planchas debían resistir a lo largo de los siglos («... ni jamás el tiempo las empañaría»). La palabra «latón» puede haber surgido como fruto de las traducciones o por causa de un posible encubrimiento. Si se hubiera utilizado la palabra «oro», esto hubiera sido motivo de codicia. Para ello hubiera bastado un revestimiento «microfino» de oro. No hay que olvidar las estupendas técnicas de refinamiento de las tribus preincaicas, cuyos conocimientos específicos debieron haberlos aprendido de alguna otra parte o de alguna otra persona. En cualquier caso, estas «planchas de latón» ya contenían información sobre «la creación del mundo, y también de Adán y Eva, nuestros primeros padres». Y estas planchas debían llegar «a todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos...». Con obediencia, los Jareditas llevaron consigo la herencia de esos escritos y transportaron esas planchas cruzando el océano hasta América. Allí se multiplicó el número de las planchas, no de forma misteriosa, sino porque con el tiempo se sumaron a estas otras nuevas.

(Nefi 9, 4)

Sobre las otras planchas se debe grabar la historia del reinado de los reyes, y las guerras y contiendas de mi pueblo...

(9, 5)

Por tanto, el Señor me ha mandado hacer estas planchas para un sabio propósito suyo, el cual me es desconocido.

A las viejas planchas de forma continua se le iban sumando otras nuevas y —tal y como se describe en el libro *Nefi* a partir del capítulo 13— se producían constantemente copias de las planchas nuevas utilizando las viejas como «mena». La colección de planchas creció, y ya que los seguidores de *Nefi* grabaron, a su vez, su historia sobre metales, la biblioteca de metal de los ancestros de los mormones modernos rápidamente debió haber estado compuesta por miles y miles de planchas.

Petronio Jaramilla, el testigo asesinado de los tesoros subterráneos, no solo habló de miles de planchas grabadas sino también de cosas inexplicables como «columnas como de cristal y de diferentes colores». También sobre una especie de luz artificial y piedras de colores y de paredes inauditas de «cristal de cuarzo» [88]. ¿Todo pura fantasía?, ¿quimeras?, ¿fanfarronería? ¡Un momento!

Los Jareditas navegaron en ocho barcos a través del océano. ¿De qué material estaban hechos los barcos?

(Libro *Nefi* 1, 18, 2)

Ahora bien, yo, Nefi, no labré los maderos en la forma aprendida por los hombres, ni construí el barco según la manera del hombre, sino que lo hice según el modo que me había mostrado el Señor; por lo tanto, no fue conforme a la manera de los hombres.

Si los botes no fueron fabricados a la manera de los hombres, por tanto a la manera «terrestre», entonces debieron ser contruidos según la manera celestial o extraterrestre. Probablemente entre estas se podían encontrar nuevas materias, compuestos, materiales y quizá otras aleaciones que los humanos no conocían. ¡Pero los extraterrestres sí! Petro Jaramilla observa esas aleaciones y las compara con el «cristal de cuarzo». No pudo tratarse de barcos imaginarios, como después ha sido argumentado por los sensatos

psicólogos. Los botes eran totalmente resistentes al agua y a las tormentas. Y las luces artificiales y otros objetos imposibles que Patronio Jaramilla describe, ¿de dónde habían venido?

(*Nefi* 16, 10)

Y ocurrió que al levantarse mi padre por la mañana, y al dirigirse a la entrada de la tienda, con gran asombro vio en el suelo una esfera de bronce fino, esmeradamente labrada; y en la esfera había dos agujas, una de las cuales marcaba el camino que debíamos seguir por el desierto...

(16, 16)

Y seguimos las indicaciones de la esfera, la cual nos dirigió por los parajes más fértiles del desierto.

Esta curiosa esfera no solo sirvió de brújula, además dominaba otras funciones muy diferentes.

(Libro 1 de *Nefi*, 16, 26)

Y sucedió que la voz del Señor le dijo: Mira la esfera y ve las cosas que están escritas.

(16, 17)

Y aconteció que cuando mi padre vio las cosas que estaban escritas sobre la esfera, temió y tembló en gran manera...

Una esfera volante, que habla y que muestra imágenes. ¿Por qué el «Señor» no facilitó las cosas? Los Jareditas transportaron por mar todos estos objetos misteriosos, las brújulas y esferas parlantes con dibujos holográficos integrados. ¿Y, la luz artificial que Patronio Jaramilla dijo haber visto?

Después de que los Jareditas hubieron terminado de construir sus inigualables barcos con ayuda del «Señor», se dieron cuenta de que dentro de ellos estaba tremendamente oscuro.

(Libro *Eter*, capítulo 2, 18)

Y sucedió que el hermano de Jared clamó al Señor, diciendo: ¡Oh Señor!, he efectuado la obra que me has mandado, y he construido los barcos según tú me has dirigido.

(2, 19)

Y he aquí, oh Señor, no hay luz en ellos; ¿adónde nos hemos de dirigir? Y también pereceremos, porque en ellos no podremos respirar sino el aire que contengan; por consiguiente, pereceremos.

Ese tipo de problemas son muy fáciles de resolver para el «Señor»; fabrica «piedras brillantes» (*Eter* 6, 2), dieciséis ejemplares y se las entrega a los Jareditas.

(*Eter* 6, 3)

Y así hizo el Señor que las piedras brillaran en las tinieblas para dar luz a los hombres, mujeres y niños, a fin de que no atravesaran las grandes aguas en la oscuridad.

Para que entrara aire fresco mandó perforar unos agujeros especiales que servirían para que el aire se renovara pero que no entrara el agua. Hoy a estos agujeros se les llama válvulas de retención. Técnicamente intachables. Para las piedras brillantes también existe una explicación factible; algunos elementos químicos, al entrar en contacto con el oxígeno, brillan de forma continua. En las salas que Petronio Jaramilla describió, el aire, aunque húmedo, era agradable. Por tanto, debió haber la suficiente cantidad de oxígeno para que tuviera lugar una reacción química prolongada. Las «piedras del Señor» siguen funcionando pasados los siglos. Aquello no fue producto de la fantasía de Petronio Jaramilla.

Parece que es demasiada e intensa la información que se nos avecina de pronto. Sin embargo, detrás de ella se esconde un plan. Quiero contribuir a delimitar los hechos misteriosos y a complementarlos con el conocimiento que existe en el presente. Las consecuencias que de ello se deriven serán decisivas e inquietantes.

En el libro de *Eter* de los mormones, el hermano de Jared confiesa que ha recibido órdenes de volver a esconder las planchas grabadas (*Eter*, capítulo 4, 3) y desaparecer rápidamente:

(*Eter*, capítulo 4, 4)

He aquí, he escrito sobre estas planchas las mismas cosas que vio el hermano de Jared; y jamás se manifestaron cosas mayores que las que le fueron mostradas al hermano de Jared.

(4, 5)

Por tanto, el Señor me ha mandado que las escriba; y las he escrito. Y me mandó que las sellara; y también me ha mandado que selle su interpretación; así que he sellado los intérpretes, de acuerdo con el mandamiento del Señor.

En estas declaraciones del *Eter* no se habla sobre aquellas planchas de metal que fueron escritas ya en América sino expresamente sobre las más antiguas:

(*Eter*, capítulo 1, 3)

... la primera parte de esta narración —que habla concerniente a la creación del mundo—, y también de Adán, y una relación desde esa época aún hasta la gran torre, y cuantas cosas acontecieron entre los hijos de los hombres hasta ese tiempo...

(1, 4)

... no escribo, pues, esas cosas que ocurrieron desde los días de Adán hasta esa época; pero se hallan sobre las planchas, y el que las encuentre estará facultado para obtener la historia completa.

Las planchas deben ser escondidas —y fueron escondidas debidamente—. ¿Por quién? Por Moroní, un hombre que vivió mucho después de los Jareditas. Él cuenta esto en primera persona: «Yo soy hijo de los mormones...» (*Libro del Mormón*, capítulo 8, 13) Y él, ¿qué hace?

(*Libro del Mormón*, capítulo 8, 14)

Y yo soy aquel, quien encomendado por el Señor esconde esta historia; las planchas en sí, sobre las que está escrita, no tienen valor, así lo ha decidido el Señor. Y verdaderamente él ha dicho que nadie deberá tenerlas para enriquecerse; mas la historia es de gran valor; y el Señor bendecirá al que la saque a la luz.

Los círculos se van cerrando y las conclusiones cada vez son más decisivas; pero aún faltan las últimas pinceladas para completar el grandioso retrato. Moroní rellena los huecos. De acuerdo con las

órdenes de su Señor, él cuenta además que los tesoros «desaparecerán de la tierra». Y da una pincelada aproximada sobre cuánto tiempo van a permanecer fuera.

(Libro del Mormón, capítulo 8, 16)

Y bienaventurado aquel que saque a la luz estas cosas; las cuales serán expuestas de la oscuridad y expuestas a la luz, de acuerdo con la palabra de Dios; sí, estas desaparecerán de la tierra, estas brillarán fuera de la oscuridad y se darán a conocer al pueblo...

(8, 26)

... y nadie podrá evitarlo; y aparecerán un día en que se dirá que las maravillas han terminado; y parecerá como si alguien hablara de los muertos...

(8, 29)

... sí, ocurrirá en un día en que llegarán noticias de tierras lejanas sobre fuegos, tormentas y gases que se evaporan.

(8, 30)

También llegarán noticias sobre guerras y rumores de guerras y terremotos en diferentes sitios.

Recapitulo:

- Dos extraterrestres «como nunca los he visto en la Tierra» desinfectan a Enoc con un pasta de un olor maravilloso y lo visten.
- Lo suben a una nave nodriza.
- Él aprende a escribir, recibe la «caña de la escritura rápida» y se le dicta un número incontable de libros.
- Antes de que se despida definitivamente de la Tierra entrega estos libros a sus hermanos e hijos para «las generaciones de después del Diluvio».
- Los libros de Enoc son escondidos. Posiblemente algunos se encuentran dentro de la Gran Pirámide, otros —en forma de manuscrito— acaban en Labán, en algún lugar cerca de Jerusalén.

- Un «dios» desconocido encomienda a uno de los hermanos de Enoc la misión de rescatar las planchas de metal de Labán.
- Este grupo se hace llamar «los Jareditas» —descendientes de Jared, el padre de Enoc.
- El «Señor» les ayuda a construir barcos magníficos no según «la manera humana», les entrega una curiosa esfera que puede hablar y enseña imágenes holográficas. Además, les da «piedras brillantes».
- Con ayuda de los viejos barcos los Jareditas llegan a América con las planchas de metal y empiezan a fabricar nuevas planchas describiendo la historia en América. Probablemente hacen copias de las planchas viejas.
- Joseph Smith recibe el encargo de traducir estas planchas — todavía estoy intentando averiguar cómo le fue esto posible—. De la traducción salen el *Libro del Mormón*, la «Biblia» de la «Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días».
- En el libro se asegura que la biblioteca de metal fue escondida pero que un día saldría a la luz, un día en que se diría «que las maravillas han terminado». También será un día en que llegarán noticias de tierras lejanas sobre «fuegos, tormentas y gases que se evaporan» y también sobre «guerras y rumores de guerras y terremotos».
- La información escrita sobre las planchas de metal hará pensar a las personas que se trata de alguien que habla de los muertos.
- Se descubre en Ecuador una biblioteca subterránea junto con otras maravillas como la luz artificial..., etc.
- El testigo Petronio Jaramilla describe detalles sobre las fantásticas cámaras subterráneas, incluida la biblioteca de metal.
- Un pequeño grupo de mormones modernos visita en 1968 las «Cuevas de Tayos» de Ecuador con la esperanza de dar allí con el legado de sus ancestros —los Jareditas.

Curioso. Joseph Smith, el fundador de la religión mormona, no podía saber nada en el año 1827 sobre una biblioteca subterránea de metal en Ecuador y tampoco sobre la historia de la creación babilónica *Enuma Elish*, la misma en la que se describe la construcción de los barcos, al igual que en el libro *Eter* de los mormones.

La realidad es más fantástica que la propia fantasía. Una vez más —como en libros anteriores—, surge la pregunta de quién fue ese «dios» o quiénes fueron esos «dioses» que aparecieron hace miles de siglos. Como hombre creyente en Dios que todavía reza todos los días, mi fe se remonta a la creación del universo. Me imagino a Dios como un ser eterno, omnipresente, atemporal y todopoderoso que no necesitó andar con ningún medio de transporte por la tierra que hiciera ruido, levantara una gran polvareda, despidiera brasas y que fuera peligroso para los humanos. (Véase el Primer Libro de Moisés o el del profeta Ezequiel en el Antiguo Testamento). Conozco las inteligentes obras de algunos filósofos y teólogos sobre la «naturaleza de Dios» —ninguno consiguió dar con una definición de Dios—. (Y si alguien se interesa por lo que yo entiendo como Dios, le quiero recomendar mi libro *Die Götter waren Astronauten*^[22] [91]).

Independientemente del espíritu de la creación, como yo llamo a Dios, hace siglos surgieron unos seres que parecieron dioses a los ojos de las personas. Las explicaciones que dan los psicólogos de que nuestros antepasados eran tontos y veneraban a las fuerzas naturales como si de dioses se tratara se convierten en nada cuando los dioses hablaban, daban órdenes o transmitían conocimientos astronómicos y técnicos de los que las personas no tenían ni la más remota idea. ¿O debió de haber dado una fuerza natural a Enoc la «caña de la escritura rápida», lo desinfectó, lo vistió y lo llevó «hacia las nubes montado en un carro de fuego»? ¿Le dictó las fases de la Luna y el desarrollo del Sol? ¿Fue una tormenta, fueron las silenciosas estrellas del firmamento, el rayo cegador entre las negras nubes los que enseñaron a escribir a

nuestros antepasados recién salidos de entre los árboles? Entonces aquí, ¿quién es este dios tan particular al que los Jareditas siguieron con sus planchas de metal?

Si el grandioso espíritu del universo quería transportar a un grupo de personas a un continente lejano, que más tarde recibió el nombre de América, entonces, ¿por qué mediante la construcción tediosa de ocho pequeños barcos? ¿No hubiera podido el todopoderoso Dios llevar a los hijos de los hombres a otra orilla lejana mediante una maravilla? O —como se formula en la sura 2, verso 118 del Corán— cuando Dios quiere algo, solo piensa en ello y entonces eso acontece. ¿El Señor de los Jareditas no disponía realmente de cualidades verdaderamente «divinas»? El hecho consumado demuestra que quería llevar al grupo junto con sus planchas de metal a bordo de pequeños botes hasta el otro lado del gran charco. ¿Por qué tiene que dar el «Señor» instrucciones técnicas? ¿Se olvidó al principio de la ventilación y la luz puesto que las tuvo que proveer más tarde? Incluso si el dios de los Jareditas no tuvo ninguna gana de crear una maravilla, incluso si quiso que las pequeñas personas trabajaran duro para poder salvarse, sigue siendo inconcebible por qué no mandó construir un barco tan grande como el de Noé. Y partiendo de que los barcos fueran contruidos con cáscaras de nuez, ¿no hubiera podido el eterno Dios regalar a sus corderitos al menos una mar calma? Todo resulta irritante y lleno de contradicciones. ¿Les hizo el dios a los Jareditas preguntarse de forma intencionada el porqué de la técnica y no una maravilla? ¿Por qué un viaje lleno de peligros atravesando el bravo océano? ¿Hubiera podido el Señor intervenir si el bote se hubiera hundido junto con las planchas de metal?

La contradicción existente entre el grandioso espíritu de la creación = Dios y las figuras deificadas de los relatos es inequívoca. Mi humilde inteligencia me hace buscar los dioses de la Antigüedad, ya que estos tuvieron una gran influencia en algún momento. Esta constatación está absolutamente clara para los conocedores de la materia, entre los me incluyo después de haber investigado durante

cincuenta años y haber leído treinta libros sobre el tema. Taladrando la madera se obtienen agujeros. Las respuestas ficticias, las mediorrespuestas o las mentiras ya no me satisfacen. La curiosidad es una bestia insaciable que incluso en el lecho de muerte continúa. Pregunta y pregunta y pregunta: ¿qué pasó aquella vez?, ¿por qué ocurrió?, ¿quiénes eran esos dioses que impresionaron tanto a las personas de la época de forma que de ellos surgieron las religiones? Hay una conclusión que se puede extraer de todo ello de forma clara: los dioses de las religiones no aparecieron bajo la apariencia de las hadas de cuento que transportaran a los grupos de personas utilizando un polvo mágico. De hecho, los dioses de la Antigüedad volaron atravesando los países; en algunos casos individuales de los que hay pruebas, llevaron consigo pasajeros; sin embargo, no transportaban a tribus enteras en sus cacharros volantes. Lo que se utilizó fue la técnica y no las maravillas divinas. ¿Por qué? ¿Carecían los llamados dioses de las maravillosas cualidades de los espíritus del universo? ¿O todos estos libros sagrados de las religiones, el *Libro del Mormón* inclusive, no son más que invenciones?

Precisamente el Vaticano declaró que la Iglesia católica romana es la única válida según Jesús y que las Iglesias protestantes o evangélicas no. (Cada dos siglos aparecen comentarios parecidos). En el *Dienstag's Club*^[23], un programa de la televisión suiza, siguió un debate entre dos teólogos: uno católico y otro evangélico. El católico, muy ilustrado en cuestiones de teología, explicó cómo hay que entender los argumentos de la Iglesia católica y el pastor evangélico defendió el ecumenismo e hizo especial énfasis en que las comunidades eclesíásticas viven de acuerdo con el mismo Evangelio y a las palabras de Jesús, el fundador del cristianismo. ¡Bendito cielo! ¿No saben o no quieren saber nada de los «textos primigenios» y sobre el vaivén al que durante milenios han sido expuestos estos Evangelios?

¿Ocurre lo mismo con las historias del *Eter* y el *Leví* del *Libro del Mormón*? Las planchas de metal sobre las que se escribió hace

milenios ¿son nada más que fruto de la imaginación? ¿Una mentira piadosa? ¿Quién es este Joseph Smith que dice haber descubierto las planchas de metal y haberlas traducido?

Entre los emigrantes de Europa que irrumpieron hace aproximadamente ciento ochenta años en tropel en el Nuevo Mundo se encontraba también una familia de nombre Smith, de Escocia, que vivía en un pequeño lugar en Palmyra en el Estado de Nueva York. La zona donde se asentó la familia Smith marcaba la frontera de la civilización. El vivir allí requería a los emigrantes un fuerte trabajo físico. Los recién llegados de Europa eran aplicados, no solo trajeron consigo herramientas y buena voluntad, sino también muchas visiones religiosas de sus antiguos lugares de origen que intentaron extender con ímpetu misionero. Las sectas y las hermandades religiosas se multiplicaron como las malas hierbas. Apóstoles de numerosas orientaciones religiosas predicaron y se enzarzaron en grandes discursos muy acalorados de lo más audaz y no pocas veces se aseguraron los creyentes utilizando feas amenazas del más allá. Surgieron capillas, templos e iglesias como las setas igual que si el diablo las hubiera construido personalmente para confundir al espíritu de los que se asentaban allí. La madre de Smith junto con sus tres hijos se unió a la Iglesia presbiteriana. A su hijo Joseph, de dieciocho años, le resultó difícil. Buscaba confundido al verdadero Dios porque no podía comprender que todos los «Mesías» creyeran férreamente que tenían razón y que en nombre de Jesucristo batallarían sin tregua. Joseph Smith (1805-1844) había sido un don nadie hasta aquella noche del 21 de septiembre de 1823 en la que tuvo aquella visión tan rara. Tardó cuatro años hasta que consiguió que el 22 de septiembre de 1827 el mensajero de los dioses Moroní le encomendara la traducción de las escrituras que había sobre las planchas de metal. ¿Quién era ese tal Moroní tan angelical? El hijo de Mormón; y Mormón uno de los sucesores de los Jareditas que llegaron atravesando el gran océano. ¿Cómo se apareció Moroní ante Joseph Smith si estaba muerto desde hacía siglos en 1827 y de dónde habían salido las planchas de metal que

se encontraban en la colina Cumorah, no muy lejos del pueblecito de Manchester en Estados Unidos? ¿De qué depósito había salido la biblioteca de metal?

El hecho de que las planchas que Joseph Smith tradujera existieron de verdad es algo que, al menos desde un punto de vista jurídico, no se puede atacar, ya que otros once hombres certificaron por escrito su existencia. Además el *Libro del Mormón* está tan repleto de detalles sobre las disputas familiares, sobre las guerras, las migraciones, la genealogía (las relaciones entre las generaciones con incontables ramificaciones) con nombres complicados, citas que confunden, paisajes, lugares y demás aspectos que hacen imposible que un hombre hubiera inventado eso ni siquiera a lo largo de toda su vida. ¡Después de su visión, Joseph Smith vivió diecisiete años más! Hagamos una comparación: los textos del Antiguo Testamento surgieron a lo largo de siglos.

Para aportar una solución posible ante tantas contradicciones he de sumergirme en una realidad fantástica:

Un grupo de extraterrestres se revela a su «superior», «la gran majestad» como se describe en el libro de Enoc. Eso ocurrió hace milenios. Estos extraterrestres, «ángeles caídos» y «guardianes de los cielos» practican sexo con las chicas terrestres y algunos forman familias. Se conocen muchos nombres y las profesiones de estos tipos, Enoc los enumera. «La gran majestad» hace que caiga sobre la tierra un diluvio —probablemente ocasionado desde un punto de vista técnico por una bomba de hidrógeno o mediante el choque de un meteorito—. El grupo de los insurrectos reconoce el peligro y algunos se pueden poner a salvo y sobreviven. Sobre la tierra comienzan las «Guerras de Dios», tal y como son descritas en incontables leyendas y mitos. En realidad se trató de la lucha entre los insurrectos, porque cada uno reclamaba para sí una parte mayor de la tarta de la tierra y sus tesoros. Estos titanes supervivientes —no precisamente delicados en sus maneras— querían de todo. Precisaban de minerales, metales, alimentos..., etc. Todo el trabajo sucio y pesado fue desempeñado por grupos de humanos. En su desconocimiento creen que su máximo jefe era un Dios. No tendrás otros dioses que yo, dice la Biblia. Se forman castas de sacerdotes. Solo estando limpio como una patena se permite acercarse al «Señor» y ofrecerle «víctimas» y también alimentos.

El equipo original de los titanes ya no dispone de más armas avanzadas, ya que estas están a bordo de la nave nodriza de su «alteza». Sin embargo, sus conocimientos no pueden ser eliminados. Todos los del equipo saben cómo

construir un globo aerostático y esto está descrito en el *Libro de la Gloria de los Reyes de Etiopía*, el *Kebrá Nagast* [92]. Todos saben cómo funciona un láser, de qué materiales se compone la dinamita o qué mezclas de metales hay que hacer para impresionar a los humanos.

Uno de los pseudodioses de entonces, o uno de los sucesores mejor formados, conoce gracias a sus mensajeros un continente lejano y no habitado, la posterior América. Dirige hasta allí a un grupo de personas y les exige que lleven consigo las planchas de metal: todas las planchas sobre las que está grabada la historia de los hombres desde la creación, desde Adán y Eva. Ese ser, llamado por los hombres «el Señor», no dispone del poder técnico para conducir a través del mar a grandes grupos de personas junto con algunos animales y las planchas de metal. Por eso les manda construir unos barcos y les brinda apoyo con sus conocimientos técnicos.

Todo esto, ¿para qué? ¿Qué pretendía «el Señor» con esas viejas planchas de metal? ¿En qué medida le ayuda que un pueblo en América vaya a desarrollar una refinada tecnología unos cuantos milenios después?

¡Espacio! Para todo existe una explicación adecuada. Si esta es cierta, lo vamos a comprobar con la biblioteca de metal de Ecuador. Detrás de la manera de obrar del «Señor» se esconde un plan en el tiempo. El plan de los milenios. Para digerir esto es necesario tomar un desvío que nos haga reflexionar:

¿Cómo prevendremos a nuestros sucesores del futuro dentro de diez mil años sobre los vertederos de residuos nucleares? Hace un cuarto de siglo la institución de control nuclear estadounidense formó un gremio especial, la «Human Interference Task Force» para abordar esta pregunta. Thomas Sebeok, el que entonces tuviera la idea de formar ese grupo, recomendó que los vertederos de residuos nucleares fueran provistos de un dispositivo de alerta. Como dentro de diez mil años nadie entenderá ninguna de las lenguas que hoy conocemos se utilizaron, para hacer esos dispositivos entendibles, una mezcla de símbolos, imágenes y pictogramas. Además, los expertos sugirieron que había que considerar la inclinación natural de los humanos a creer en las supersticiones: en los paneles debían hacerse grabados en clave de imágenes para alertar del peligro y para que las personas del futuro

creyeran que si una persona entraba en la zona provocaría una venganza sobrenatural. *Der Spiegel* hizo el siguiente comentario [93]: «Ya que por experiencia sabemos que ese tipo de advertencias atraen a los curiosos más que asustarlos, Sebeok recomendó que los alrededores de los vertederos nucleares se rociaran con el pestilente olor de las bombas fétidas». Otros investigadores del gremio propusieron «sirenas nucleares» que, alimentadas por la radiaciones, activaran un ruido ensordecedor en cuanto alguien se acerca, incluso tras el paso de los milenios. O un gato genéticamente alterado cuya piel se volviera violeta y amarilla con la radiactividad. «Mediante los mitos y los cuentos se transmitirá a lo largo de diez mil años el mito del “gato radiactivo”» [94]. El profesor de Semiótica de Berlín, Roland Posner, dijo que la sociedad tendría que adaptarse a que la planificación de cara al futuro se desarrolle de una manera desconocida hasta ahora [95].

¿Y, si todo esto ya hubiera ocurrido? En junio de 1980 se reunieron en Montreal, Canadá, curas indios y chamanes de diferentes partes del mundo. El representante de los indios yanomano de Venezuela explicó [96]:

Cerca de la zona donde vive mi pueblo hay unas montañas; estas son montañas sagradas para nosotros. A una la llamamos «el Oso», a otra «el Mono» y a la última «el Pájaro». Mucho antes de que llegaran los blancos nuestros curanderos peregrinaron a estas montañas. A nadie más le está permitido acercarse a esa región. En las montañas se esconden grandes fuerzas y los viejos sabios de nuestro pueblo hablan de que allí hay un material peligroso. Nuestra tradición dice que, si estas montañas fueran destruidas, nos invadiría una desgracia terrible.

Entretanto, el Gobierno venezolano ha localizado concentraciones de uranio en las montañas mencionadas. ¿De dónde salió el conocimiento de los indios yanomano? De un relato religioso. Son las religiones las que extienden y perpetúan los grandes mensajes. Por esta razón, Thomas Sebeok, el dirigente de la «Human Interference Task Force», propuso la formación de una «orden de sacerdotes» que se ocuparan de la problemática nuclear para proteger a las personas de un futuro lejano. Solo una orden de

sacerdotes de élite podría estar en disposición de transportar conocimiento de generación en generación. La fe, la falta de conocimiento, la incapacidad de reconocer la verdad y las amenazas que se ciernen constantemente sobre las personas son las que transmiten los grandes mensajes que aferran a la vida. Las religiones que existen en el presente demuestran esto claramente. La falta de conocimiento, el miedo y el poder de los sacerdotes hicieron posible lo impensable; desde hace milenios. Todos podemos equivocarnos en lo que respecta al origen de las religiones. Cuando por medio de una creencia, inclusive la contenida en el *Libro del Mormón*, los extraterrestres proyectan un mensaje a nuestro presente, este genera nuevos conocimientos al final. Esto puede parecer chocante pero no tiene que serlo necesariamente. Es todo cuestión de puntos de vista. Ahora mismo estamos tratando de transmitir un mensaje religioso al futuro. ¿No confiamos en estos otros que vivieron en tiempos de Enoc?

Somos parte de una sociedad que está siempre de acuerdo con todo. Unos están de acuerdo por motivos religiosos, otros por respeto, otros en cambio por desconocimiento o justo por lo contrario. Ninguna excusa es demasiado rebuscada, lo importante es que no perdamos nuestra autoestima. Todos nos hemos acomodado y reaccionamos ferozmente ante aquello que podría distorsionar nuestra visión del mundo, fuertemente consolidada. La visión, por defecto, negativa, consiste en que no creemos en los extraterrestres porque esto desapacigua al sentido común de las personas: a) porque no existen; b) si existen, son completamente diferentes a nosotros, y c) debido a la distancia no tendrían modo de llegar hasta nosotros. Esta visión rehúye los hechos. Estos argumentos se parecen a las afirmaciones del honorable científico, el doctor Lee DeForest, quien todavía en el año 1957 creía lo siguiente [97]: «El hombre nunca llegará a la Luna, no importan los avances tecnológicos que haga la ciencia en el futuro». Doce años después, el 20 de julio de 1969, el *Apolo 11* aterrizó en la Luna. (Al margen: el doctor Lee DeForest no era el único que tenía un punto

de vista tan ajeno a la realidad. También *sir* Harold Spencer Joners, quien fuera director del Observatorio de Greenwich, era de la misma opinión).

La historia de la ciencia nos enseña que incluso los mayores genios suelen ser desprestigiados por opiniones sin sentido. ¡Sobre eso existen libros maravillosos! [98]. En el siglo II antes de Cristo, el famoso astrónomo alejandrino Ptolomeo dijo como docente en una de sus clases [99]: «Quiero dejar esto bien claro: la Tierra es el centro del mundo y todos los planetas giran en torno a ella».

Los científicos no discuten los errores que se producen dentro de su gremio. La ciencia está viva, es capaz de adaptarse y está dispuesta a aprender. Al contrario que las religiones. Las religiones se comportan como el famoso trío de monos: el primero se tapa los ojos, el segundo las orejas y el tercero la boca. A pesar de su desconocimiento, constantemente levantan un dedo como modo de advertencia; quieren aleccionar y opinar sobre todo. De hecho, ¿quién nos protege de las personas que quieren opinar sobre todo?

Como especialista en extraterrestres sé —¡y no creo!— que hace milenios los extraterrestres visitaron la Tierra. De ello surgieron escrituras sagradas y religiones. Como es sabido, todas las religiones del manicomio terrestre sostienen que sus textos son los únicos verdaderos. ¿A quién deben creer ahora las personas atormentadas? Todas las religiones profetizan sobre algún tribunal inquisitorio. Son las religiones las que proclaman que en el Día del Juicio Final los infieles serán escaldados, ahogados, acuchillados, envenenados (con «agua amarga»), morirán a golpes, a tiros, serán aplastados por terremotos o eliminados por otro tipo de plagas. Discúlpeme, gracias a Dios eso solo afecta a los infieles. Pero ¿a qué infieles? ¿Aquellos que no creen en los dogmas de la Iglesia? ¿Aquellos que desgraciadamente no crecieron en estados arábigos o asiáticos y que ni conocen el divino Corán ni ninguna de las enseñanzas hinduistas? ¿Aquellos que tuvieron la mala suerte de crecer en una secta cristiana o de otro tipo? ¿Aquellos que se identifican en Japón con la religión sintoísta o aquellos que se ciñen

al *Libro del Mormón* o las enseñanzas de los científicos? Ahora solo queda una pregunta: querido Dios todopoderoso, ¿qué es lo que has hecho?

Esto debería iluminar hasta al intelecto más humilde: el verdadero Dios, el grandioso espíritu de la creación, no se responsabiliza de la ensalada de religiones que hay en la Tierra, ni del carácter cerril de las personas. Por otro, las religiones con sus diferentes libros «divinos» están disponibles. Si no podemos hacer responsable de ello al grandioso espíritu de la creación —porque él nunca se equivocaría y tendría que introducir después nuevas correcciones, porque él nunca enfrentaría a los pueblos, ni le diría a cada religión que solo ella está en lo cierto—, ¿a quién elegiríamos como responsable? Los textos están ahí: el Antiguo Testamento, la Torá, los Evangelios, el *Libro del Mormón* y muchos otros. Ya que el creador del universo, según los relatos religiosos, no está disponible, tenemos que buscar otras soluciones para hacer del sinsentido existente algo con un sentido más o menos pasable. Otra alternativa sería tirar a la basura todos los textos religiosos; ¡eso no se puede! Entonces estaríamos acusando de mentir sin cesar a todos los profetas desde Enoc hasta Joseph Smith, ya que estos redactaron en primera persona sus experiencias. Al mismo tiempo estaríamos ignorando todos los datos técnicos, médicos o astronómicos de los antiguos textos; dictados estos por algunos «dioses» o «señores». ¡Una vergüenza!

Si los extraterrestres inspiraron parte de los textos religiosos antiguos, entonces ¿dónde están ellos? Si el «Señor» del *Libro del Mormón* prendió en el pasado una mecha que acabó milenios más tarde en una explosión intelectual, ¿qué pretendía con ese juego?, ¿qué ganó con ello? Yo ya no soy el único que se hace ese tipo de preguntas. La zona lingüística anglosajona rebosa de literatura popular sobre ese tema. Los profesores Bracewell y Deardorff han escrito sobre las estrategias de los extraterrestres. [100, 101, 102]

Existe una hipótesis según la cual la Tierra es un refugio para los extraterrestres, una especie de «parque zoológico». La condición

para que funcione el zoo es que les vaya bien a los guardas y a los visitantes del zoo. Por eso está prohibido a los visitantes que destrocen los nidos de los pájaros raros, que den perros de comer a los cocodrilos, agitar a los leones o robar serpientes venenosas. Todos los visitantes del zoo se han ceñido a las reglas. Los animales están en el zoo únicamente para ser observados y estudiados desde la distancia. Los guardas, por su parte, respetan de igual modo las reglas del juego.

Pero los guardas saben que entre los animales hay algunos que están dotados de mayor inteligencia que otros. Esta especie —el humano— tiene la capacidad de pensar filosóficamente, de abstraer, de entender las matemáticas, de crear cultura muy diversa y de desarrollar tecnología. Los guardas saben también que el humano intentará escapar del zoo, es solo una cuestión de tiempo. ¿Deben dejar que se escape? ¿Podría convertirse en un peligro para los guardas y los visitantes del zoo?

Como humanos no sabemos (todavía) cuántas civilizaciones galácticas existen ahí fuera. No se puede descartar que entre ellas haya civilizaciones agresivas. Quizá exista una civilización extraterrestre que tenga un metabolismo diferente al nuestro o cuya anatomía o funciones sean como las de los insectos. Probablemente no le gustaríamos a una forma de vida como esa. Quizá exista también una civilización parecida a la de los humanos que sea agresiva, porque después de ganar una guerra planetaria ha extendido su agresividad al universo. También se puede pensar en una especie igualmente agresiva que trabaje egoístamente para su mundo originario y que intente ampliar su rango de influencia; quizá busque oro o uranio. En contra de este tipo de sociedades, otros extraterrestres fundan un «club galáctico», la ONU extraterrestre, en cuya carta pone, entre otras, cosas que a ninguna civilización extraterrestre le está permitido entrometerse en el desarrollo de una civilización emergente a menos que esta civilización emergente acceda al club galáctico por sus propios medios. Los guardas y los visitantes permanecen entre ellos.

Pero no eternamente. No se le puede prohibir a un niño que crezca, ni a una sociedad que alce el vuelo. Para todas las formas de vida del universo valen los mismos derechos. Sin embargo, hay una barrera que el animal «humano» tiene que superar antes de poder escaparse del zoo; tiene que poner a prueba su carácter apacible. Esto no va a suceder mientras que las tercas religiones se abalancen sobre los creyentes de otras comunidades. Estas preguntan: ¿somos amantes de la paz?, ¿estamos dispuestos a dejar a un lado nuestra agresividad?, ¿somos capaces de entendernos a pesar de las diversas inclinaciones religiosas? Tarde o temprano, estas preguntas se contestarán por sí solas. La Tierra y toda su evolución nunca fue un sistema cerrado; desde el comienzo de los tiempos estuvimos y seguiremos unidos a la evolución cósmica hasta tiempos lejanos. Todavía estamos en un «zoo» juntos razas diferentes, religiones, con los caracteres y tipos más diversos, y junto a nosotros viven plantas y animales. Este zoo es al mismo tiempo la escuela. Si pasamos las pruebas de supervivencia en el zoo, somos lo suficientemente maduros para entrar en contacto con el cosmos. Si no las superamos, nos destruiremos a nosotros mismos y posiblemente al zoo entero. En este curioso marco tiene lugar un proceso de selección. Los humanos tienen que administrar su zoo con raciocinio, mediante conversaciones, inteligencia y una actitud pacifista antes de que el «club galáctico» meta mano.

Por eso el embargo, por eso los guardas permanecen quietos. Esto sirve tanto para observar a las especies como para proteger de los humanos a los guardas y a los visitantes del zoo. No obstante, el embargo sobre el «zoo de la Tierra» no es total. Está permitido ayudarnos a dar diminutos pasos en tanto en cuanto seamos nosotros los que libremente pidamos esta ayuda y seamos dignos de ella. ¿Cómo es posible que se nos brinde apoyo para dar «diminutos pasos» y que, por otra parte, exista un embargo sobre la Tierra? ¿Y qué significa «demostrar que somos dignos» de esa ayuda? ¿No demuestran todas las religiones a sus correspondientes Mesías la más grande de las dignidades?

El doctor en radioastronomía Ronald Bracewell, de la Universidad de Standford en Estados Unidos, defiende la opinión de que en un primer momento todos los gobiernos de la Tierra guardarían en secreto cualquier mensaje proveniente de formas de vida extraterrestres. El motivo de esto es que la nación en concreto que descifre las señales extraterrestres espera alcanzar, mediante el conocimiento venido desde fuera, la supremacía con respecto a otras naciones. La supremacía no solo en el aspecto militar, sino también en los contextos sociológico, económico, tecnológico, religioso y cultural. Incluso si los mensajes extraterrestres fueran recibidos, descifrados o proclamados por grupos de investigación privados o personas individuales, las instituciones gubernamentales y universitarias podrían calificarlos de «ridiculeces», «fanfarronería» o «errores» y así encerrar esos mensajes dentro de una campana hermética. ¿Cómo, entonces, podrían llegarnos los mensajes extraterrestres, «ayudas para dar pequeños pasos», sin que sean inmediatamente censurados a nivel nacional? [100] ¿Cómo se soluciona el problema?

El adoctrinamiento «en diminutos pasos» tendría que darse de forma que ni los gobiernos, ni los centros de educación superior tuvieran oportunidad de reprimirlo. Los mensajes de fuera tendrían que poder ser, por una parte, accesibles al público y, por otra parte, no deberían parecer «aceptables o creíbles» a los ojos de los militares y la ciencia [102]. Si algo no es «creíble», según la costumbre humana, será puesto en ridículo. Y todo lo que aparentemente es ridículo no despierta el interés ni de las instituciones gubernamentales, ni de los centros de educación superior. Para la sociedad una religión no es cosa de «ciencia» sino de creencia. Por ello, la ciencia no toma en serio los mensajes que se descifran de los textos religiosos. Por eso, el embargo permanece intacto y los humanos siguen recibiendo ayudas para dar «diminutos pasos» que les acerquen al conocimiento. «En todo caso, no más rápido de lo que la humanidad, en general, necesitaría

para estar preparada interiormente de cara a mensajes extraterrestres», según el profesor Bracewell.

¿Qué tiene esto que ver con los relatos religiosos y el *Libro del Mormón*? ¡Todo! Los textos antiguos ya contienen información y datos sobre actuaciones extraterrestres. Ahora imaginémonos que el «Señor» del *Libro del Mormón* apareciera de repente, sin que se le hubiera concertado, vestido con todos sus atuendos en un ovni de alta tecnología sobre un estadio de fútbol absolutamente lleno de gente; sobre un lugar de peregrinaje, o sobre grandes ciudades, mezquitas islámicas, templos budistas o sobre la venerable catedral de los mormones en Salt Lake, Estados Unidos. ¿Qué tendrían que inventar los creyentes de las religiones? ¿Qué balbucearían los prestigiosos científicos si repentinamente tuvieran que reconocer que durante los últimos siglos no han extendido más que sinsentidos sobre la vida extraterrestre y sobre la posibilidad de atravesar distancias de años luz? ¿Qué tendrían que inventar los judíos o los mormones si de la nada su Dios resulta ser un extraterrestre? ¿Qué ocurriría en la mente de los militares que invierten sumas interminables del dinero de los impuestos en defensa antiaérea, en cazas y radares si, de pronto, apareciera ante ellos un extraterrestre? ¿Cómo se sentirían cientos de miles de antropólogos y sus millones de ejércitos de principiantes si, por así decirlo, en un abrir y cerrar de ojos, quedara claro que no solo ha habido evolución sino además ataques artificiales planeados al genoma humano? Los resultados se traducirían en un choque cultural y religioso. No estaríamos preparados psicológicamente para ello. Pero sería más grave que viéramos volar verdaderos extraterrestres por nuestro firmamento. Interpretaríamos tal acontecimiento como una agresión. Se tiene miedo de los agresores, ellos quieren destruir aquello que queremos y colocar en su lugar algo extraño. El caos entre los dioses sería total.

Para evitar esto se elaboran cuidadosamente planes cuya duración alcanza hasta milenios. Las religiones hacen esto posible. Se le inculca a la humanidad algo «divino» pero subcutáneamente

de forma que esta se da cuenta de ello, se tiene que dar cuenta de ello en el momento en que la propia evolución ha alcanzado la tecnología adecuada para pensar en los viajes entre dimensiones. Todos los extraterrestres estaban muy adelantados con respecto a nosotros, si no, no hubieran podido acortar nunca distancias interestelares. Ellos conocen nuestra psique, nuestro comportamiento, ya que nosotros fuimos creados por ellos a su «imagen y semejanza»; esto no contradice la evolución al tratarse de una mutación planeada en la evolución existente. Como nos conocen tanto como a sí mismos, la apertura a las estrellas tiene lugar de forma lenta, con cuidado, dejando que la sociedad se adapte. Y esta sociedad es cambiante. Los que son dirigidos reciben empujones, que desvían su manera de pensar en una dirección determinada —pero nunca bofetadas.

Al igual que nosotros explicamos desde un punto de vista tecnológico las aparentes maravillas de los dioses y las reproducimos, hasta cierto punto, los dioses son comprensibles. Una tecnología que nos aventaja en solo dos generaciones nos parece «mágica» o «enigmática». ¿Cómo reaccionaría vuestro tatarabuelo ante una proyección holográfica? ¡Como ante una aparición!

¿Por qué los dioses de la Antigüedad se complicaron tanto? Inmediatamente podían haber explicado quiénes son y qué querían.

¡Lo han hecho! Pero solo las generaciones que les suceden produjeron, partiendo de los textos antiguos, una mezcla de sinsentidos asombrosa, de acuerdo con su forma maniática de entender los asuntos religioso-psicológicos. Y con nuestros antepasados de la Edad de Piedra no podían mantenerse conversaciones sobre alta tecnología. Los extraterrestres tenían claro que los textos serían adaptados a lo largo de milenios. Pero precisamente en esas adaptaciones había datos escondidos con sentido suficiente como para ser comprendidos por las generaciones futuras a pesar de los cambios que se darían en el conocimiento:

Muchas personas creen que piensan cuando en realidad solo están reordenando sus prejuicios.

(William James, filósofo, 1842-1910)

Yo confío en que los dioses del pasado no podían sentirse heridos, ni se ofendían, de acuerdo con la visión que tengo con respecto a esos tiempos. El conocimiento era lo que dotaba las cosas de sentido. ¿Cómo se intenta demostrar esto?

Joseph Smith, fundador de la religión de los mormones, describe la aparición del mensajero Moroní como sigue [52]:

Cuando me dirigía a Dios para rezar, me percaté de que mi cuarto se había iluminado, cada vez se iluminaba más, hasta que la habitación se volvió más clara que el mediodía; cuando de pronto apareció junto a mi cama un ángel que flotaba en el aire ya que sus pies no tocaban el suelo... Después de estas señales vi cómo la luz del cuarto se localizaba en torno a él, quien me había hablado, hasta que la habitación se volvió de nuevo oscura... menos a su alrededor...

La misma aparición, con las mismas palabras, se repitió tres veces, como si el mismo disquete se hubiera proyectado varias veces como un holograma. ¿Y la voz? Puede que fuera transmitida de forma telepática o fonéticamente directamente a la cabeza de John Smith. Nuestra tecnología ya domina esto último, mientras que lo primero se está investigando en numerosos laboratorios. ¿Y por qué Joseph Smith y en el año 1823? Él vivía cerca de aquella colina llamada Cumorah, en la que estaban escondidas algunas planchas, así como las piedras traductoras Urim y Thummin. (J. Smith: «Cerca del pueblo Manchester, del condado de Ontario, en el Estado de Nueva York, hay una colina de dimensiones considerables que es la más alta de la región. En la parte oeste de la colina, no muy lejos de la cima, se encontraban las planchas bajo una piedra de tamaño considerable dentro de una caja de piedra»). La tecnología aterrizó en esa colina hace tiempo. Joseph Smith había pasado por allí varias veces y en su búsqueda del verdadero dios estaba preparado para recibir un mensaje. Aquellas pocas planchas que encontró en la caja de piedra no podían ser todas las que integraban el *Libro del*

Mormón, ya que este es demasiado extenso. ¿Se acuerdan, queridos lectores, del «Libro de Adán de piedra de zafiro» sobre el que hablé en el primer capítulo? ¿Se acuerdan de que Set y otros mantuvieron conversaciones sobre este libro? Puede que las piedras traductoras Urim y Thummin hubieran funcionado de la misma forma. Estas contenían los dibujos —las «piedras traductoras» servían de plantilla—, y volcaban el texto del *Libro del Mormón* directamente en el cerebro del devoto y asombrado Joseph Smith, quien quedó muy impresionado.

Oigo los gritos de los creyentes enfadados mientras me dicen «¡sacrilegio!». Poco a poco, estimados críticos del mundo religioso. En lo esencial, vuestros relatos son correctos y coinciden completamente con vuestra comunidad de creyentes. El contenido del *Libro del Mormón* es absolutamente acertado —a excepción de algunas partes que fueron añadidas después—. No obstante, la visión moderna cambia el sentido del «Señor» y este también tuvo ese propósito. Mandó *confeccionar la biblioteca de metal expresamente para personas del futuro*. Además, el «Señor» no se presentó como un espíritu:

(Libro del Mormón, Eter, capítulo 3, 6)

Y sucedió que cuando el hermano de Jared hubo dicho estas palabras, he aquí, el Señor extendió su mano y tocó las piedras, una por una, con su dedo. Y fue quitado el velo de ante los ojos del hermano de Jared, y vio el dedo del Señor; y era como el dedo de un hombre, a semejanza de carne y sangre; y el hermano de Jared cayó delante del Señor, porque fue herido de temor.

(3, 9)

Y el Señor le dijo: A causa de tu fe has visto que tomaré sobre mí carne y sangre; y jamás ha venido a mí hombre alguno con tan grande fe como la que tú tienes; porque de no haber sido así, no hubieras podido ver mi dedo. ¿Viste más que esto?

(3, 15)

Y nunca me he mostrado al hombre a quien he creado, porque jamás ha creído en mí el hombre como tú lo has hecho. ¿Ves que eres creado a mi propia imagen? Sí, en el principio todos los hombres fueron creados a mi propia imagen.

Increíble. El «Señor» tiene apariencia de humano y le pregunta al hombre que si vio más que el dedo. Como Dios omnisciente tendría que haberlo sabido. Se muestra en una apariencia física, pero también podría haberse aparecido como un espíritu, como él asegura. (Tampoco el Moisés de la Biblia vio nunca a su Dios, pues le estaba prohibido mirarlo). ¿Y por qué diablos este «Señor» no es el grandioso espíritu de la creación?

- Aplica la tecnología: construcción de barcos, piedras brillantes, esfera parlante, brújula, planchas de metal.
- El «Señor» va a América para corregir su propia religión porque esta se estaba desarrollando de manera incorrecta. (La poderosa y antigua Iglesia del cristianismo es descrita en el *Libro del Mormón* como una «gran prostituta».)

El grandioso espíritu de la creación, eterno y omnipresente, no hubiera necesitado hacer correcciones ni hubiera roto ningún contrato. Sin embargo, en el Antiguo Testamento firmó contratos eternos tanto con Noé como con Abraham.

Los ancestros de los mormones construyeron numerosos templos durante su viaje desde Sudamérica hasta el Norte. Así está escrito en el *Libro del Mormón*. Se trató de templos «del estilo de los de Jerusalén». Una de estas construcciones incomprensibles se encuentra en lo alto de los Andes peruanos: el templo de Chavín de Huantar. Ningún arqueólogo ha averiguado quién hizo esa construcción a 3180 metros de altura; por eso se habla con todo respeto de la «cultura Chavín». Tampoco se ha podido datar la fecha de la construcción. Los expertos argumentan que Chavín de Huantar fue un lugar de peregrinaje, el centro religioso de un pueblo desconocido que apareció de la nada en el valle del río Mosna y en el que predomina la cultura Chavín, establecida allí durante algunos siglos. ¿Un lugar de peregrinaje? ¿Hacia qué dios peregrinaban los indios? En Chavín de Huántar divinidades volantes encontraron estelas totalmente incomprensibles y grabados misteriosos. Abajo,

en la plaza principal, un colaborador del arqueólogo Julio C. Tello encontró un obelisco que hoy se encuentra en el Museo Arqueológico de Lima: el obelisco Tello. Ya que nadie podría hacerse una idea de estos grabados, los muestro en este libro. ¡Que la luz ayude a descifrarlos! La estela Raimondi resulta igual de incomprensible, fue encontrada también en Chavín de Huantar y hoy se encuentra también en el Museo Arqueológico de Lima. El bloque está compuesto de diorita, un mineral de las profundidades, tiene 1,75 de altura, 73 centímetros de ancho y 17 centímetros de grosor. Los arqueólogos hablan de un «dios jaguar», de «dioses serpiente o dioses gato», «cetros, monstruos, máscaras» e incluso de la «imagen perfecta de la mayor encarnación divina: la esposa de Viracocha» [104]. Únicamente Wolfgang Volkrodt, un ingeniero de élite, se encargó de la estela Raimondi y llevó a cabo un proceso de documentación impoluto que apunta a que, en realidad, los grabados muestran dibujos técnicos «de una precisión y una simetría absolutas» [104]. Los dibujos muestran la construcción perfecta de una máquina de vapor con «dedos en forma de gatillo, émbolos rotatorios, palancas de mando, muelles laminados y articulaciones esféricas». La máquina podía sujetar cuerdas y cargar pesos.



Dibujos de una de las misteriosas columnas de Chavín de Huántar.

Los ingenieros tienen otros ojos, un conocimiento diferente al de los arqueólogos, y aun si el análisis de Volkrodt es impecable y puede probarse hasta el último detalle, no les interesa a los arqueólogos. Sus anteojos no les permiten tener otra visión aparte de la propia. Libros como el de Volkrodt o el de Blumrich, el jefe ingeniero de la NASA que analizó de forma minuciosa y frase por frase el viaje espacial del profeta Ezequiel del Antiguo Testamento [107], no se encuentran entre la literatura especializada de los arqueólogos. Estas obras, como la de Volkrodt y la de Blumrich, aumentan la raquítica visión de forma satisfactoria. Abren las ventanas y dejan entrar pensamientos frescos. ¡Pero hagamos oídos sordos! Ojos que no ven, corazón que no siente.



Piedra grabada de Chavín de Huántar que muestra a un dragón echando fuego por la boca.

Desgraciadamente, los seres voladores y los grabados de la estela Raimondi fueron realizados con tanta finura y precisión sobre la dura diorita que no se puede pensar en herramientas tradicionales. Esto lo reconocen incluso los ignorantes y por eso muestro las imágenes. Aquí entraron en acción fuertes taladros giratorios. ¿Quién podía realizar ese tipo de técnicas? Yo apunto a la opción de un pueblo con un «Señor» muy versado en este tipo de tecnología que puso a disposición del pueblo no solo la diorita para que fuera tratada excepcionalmente, sino también planchas de metal para que fueran grabadas con precisión. Y a los aplicados mormones, quienes siempre están buscando copias de la biblioteca de metal de sus antepasados, les recomiendo que intenten realizar mediciones bajo el Templo de Chavín de Huantar.

Profeso un gran respeto a los relatos del *Libro del Mormón* y presto especial atención a las historias de *Eter* y *Nefi*, sin embargo, no puedo estar de acuerdo con ellas en un punto. Una y otra vez se pueden encontrar en el *Libro del Mormón* partes en las que está insertado (aparentemente) Jesucristo, el (aparente) fundador del cristianismo. La Iglesia de Jesucristo, así lo dice el «Señor» en el *Libro del Mormón*, no se desarrolló según lo previsto, caminó en una dirección totalmente equivocada y por eso él, el Hijo de Dios, visita ahora América para fundar, esta vez, una Iglesia «verdadera», la «Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días». Entiendo la aparición de Jesucristo. Joseph Smith y sus intrépidos hombres

llegaron a América expuestos a una gran presión. Allí solo existía la religión cristiana —en sus diferentes variantes— y allí no había cabida alguna para los otros relatos completos del *Eter* y del *Nefi*. Joseph Smith y sus seguidores fueron perseguidos por los cristianos americanos, calumniados, humillados y torturados. No pocos de los jóvenes mormones acabaron en la cárcel, incluso Joseph Smith. Tenía que hacerse una «corrección» que pudiera armonizarse con Jesucristo, el Hijo de Dios. Por eso este apareció en el *Libro del Mormón*. Esto resulta comprensible desde un punto de vista humano, pero no es correcto. (Al igual que las apariciones de Jesucristo en el libro de Enoc que fueron introducidas por otra persona y que no aparecen en el texto original de Enoc en ninguna parte).

Toda la historia de Jesucristo, empezando por el «pecado original», la «Inmaculada Concepción», la «Redención», la «Resurrección» junto con la «Ascensión» —todo, claros indicativos de la creencia cristiana— no es cierto de ningún modo. Esto no lo dice el sabelotodo Erich von Däniken, sino profesores en Teología de renombre como, por ejemplo, el doctor H. Küng y el doctor J. Drewermann [105, 106]; o el concienzudo investigador y crítico de la Iglesia Karlheinz Deschner [107]. No obstante, si la Iglesia reposa sobre un fundamento equivocado, si no existieron los pecados originales y por ello tampoco la Resurrección, entonces lógicamente ningún hijo de Dios llamado Jesucristo pudo haber llegado a América para reformular, esta vez, mejor y sin errores su propia religión. *Errare humanum est* —decían los antiguos latinos—. Errar es de hombres, no de dioses.

¿Para qué la biblioteca de metal de Ecuador? Después de que hace milenios el «Señor» no se manifestara en ningún parte como «el grandioso espíritu de la creación», después de que aplicara la tecnología y no las maravillas, pierde credibilidad. ¡Para el futuro! Quiere probar con toda claridad a las personas del futuro que él fue quien movió los hilos en algún momento. Esto no funciona en una sociedad crítica que duda de todo, que puede falsificar y hacer

pedazos imágenes y programas de ordenador, que ya no cree en ninguna maravilla, que reniega de todo lo sobrenatural y que toma como bandera la razón científica. Maravillas, por cierto, que serán puestas al descubierto de nuevo dentro de veinte años. Las personas exigen pruebas sustanciosas, científicas e intachables de tipo material. Estas tienen que poder tocarse, fotografiarse, datarse y tener un gran valor informativo. Estas tienen que ser, como se formula en el *Libro del Mormón*, «de gran valor». Los destinatarios no son las personas de hace milenios, ¡somos nosotros! Esta conclusión es absolutamente decisiva, ya que al fin y al cabo el «Señor» mandó grabar unas planchas de metal hace milenios para que salieran a la luz en el futuro. Esas pruebas del «Señor» deben aparecer en un tiempo en que «se dirá que las maravillas han terminado; y parecerá como si alguien hablara de los muertos». (*Libro del Mormón*, capítulo 8, 16). Con la biblioteca de metal nos encontramos precisamente ante la puerta del conocimiento.

En el mejor de los casos, se puede especular sobre el objeto de los procedimientos «divinos». Los mensajes son inequívocos: el «Señor» de la Antigüedad no es idéntico al grandioso espíritu de la creación. Este último no cometería errores y no necesitaría hacer, más tarde, ninguna corrección. Expresamente él manda confeccionar planchas de metal para las personas del futuro porque quiere probar que fue él, hace milenios, el que daba las órdenes. El grandioso espíritu de la creación no necesitaría probar nada.

Me da la sensación de que los así llamados dioses del pasado entonces ya planearon su regreso para siempre; y quieren que respetemos lo que ellos hicieron por nosotros. Crearon a los hombres «a su imagen y semejanza».

(Libro del Mormón, capítulo 8, 14)

Y bienaventurado aquel que saque a la luz estas cosas; las cuales serán sacadas de la oscuridad y expuestas a la luz, de acuerdo con la palabra de Dios... Y Dios bendecirá al que lo saque a la luz.

CIENCIAS NATURALES EN NAZCA

Ha sido desvelado el misterio de Nazca informaban los titulares del prestigioso periódico *Frankfurter Allgemeinen Zeitung* del día 14 de julio de 2007 [109]. Los subtítulos añadían lo siguiente: los geoglifos del desierto no son para los extraterrestres, sino para las procesiones religiosas. Naturalmente, yo recibí mi parte: «Las teorías sobre los ovnis del arqueovisionario Erich von Däniken están confundidas respecto a las líneas de kilómetros de largo y las figuras de animales que fueron trazadas en el desierto hace milenios».

Al menos eso. Este artículo informa de que el arqueólogo peruano Johny Isla ha encontrado la solución final. Se trata de antiguos caminos destinados a las procesiones. Esto ha sido claramente constatado por un equipo de arqueólogos suizos, alemanes y peruanos. Por ello, Johny Isla ha formado, junto con Markus Reindel, del Instituto Arqueológico Alemán, un equipo interdisciplinar de expertos; y Markus Reindel presentó los resultados del gremio de expertos ante el Centro Científico de Bonn.

Fantástico. De nuevo, esta la «solución posible más a mano» y todo el resto de investigaciones son innecesarias. El mundo está en orden. ¡Aleluya! Pero aquí, como siempre, las cosas no son lo que parecen. Pero todo a su debido tiempo.

Una vez existió un pueblito dormido detrás de siete montañas al sur de Perú. Estaba unido a la gran capital de Lima mediante caminos sin empedrar y llenos de polvo que solo recorría quien tenía que hacerlo necesariamente. El camino transcurría a lo largo de cientos de kilómetros a través de un desolado desierto de arena y guijarros en dirección a Chile. Cada noventa minutos aparecía en el camino, como adormilado, un humilde pueblo indio: siempre allí donde el agua que provenía de los lejanos Andes seguía su cauce en dirección al océano Pacífico.

Hoy la mitad de ese camino, entre Nazca y Lima —aproximadamente 500 kilómetros— es una autopista de cuatro carriles y el resto es una carretera ampliada y pavimentada que se retuerce a través del desierto y colinas muy secas. Del nido dormido de Nazca ha surgido una pequeña ciudad con un museo, un pequeño parque, tiendas y dos bancos. Los hoteles, de diferentes rangos, tratan de ganar algo de dinero con los turistas y fuera del límite de la ciudad hay un pequeño aeropuerto en el desierto, con su torre y su bar. Desde aquí salen los vuelos por los que los turistas pagan 150 dólares para sobrevolar la «Pampa de Nazca», mundialmente conocida. A algunos les entran náuseas cuando los pilotos se ven obligados a realizar una maniobra tras otra con sus pequeños aviones.



Vistas desde el cielo hay pocas dudas de que estas figuras parecen pistas de aterrizaje.

Bajo el avión se abre el «libro de imágenes más grande del mundo». Del desierto de arena y grava aparece una araña sobredimensionada, después un colibrí, un mono, numerosas espirales, un pez y, entre medias, líneas tan finas como un hilo, ¡a lo largo de kilómetros! Y en las laderas de las montañas aparecen cabezas rodeadas de rayos; a esto se le suman las «Pistas». Estas parecen antiguas pistas de aeropuerto desgastadas, cuyos contornos todavía relucen a través de la arena. La más larga de ellas llega a medir aproximadamente tres kilómetros.

Pero ¿qué demonios es este mundo de Nazca? Lo primero de todo, Nazca es misteriosa, enigmática y, de alguna forma, también siniestra. El desierto de Nazca es al mismo tiempo abarcable e invisible. Está lleno de magia, resulta seductor, parece lógico y al mismo tiempo absurdo. Nazca es como cien rayos proyectados sobre la razón. Si los ojos pudieran gritar, lo harían en Nazca. El mensaje de Nazca está oculto y cubierto, todas las teorías sobre él resultan contradictorias. Quien se dé por satisfecho en Nazca con

soluciones simples, probablemente cree en el conejo de Pascua. El paisaje parece insondable e indisoluble, parece que fue quemado y no tiene sentido. En Nazca se prenden los cables de la razón y no pueden seguir creyendo y —¡lógicamente!— dan vueltas en círculo. Nazca se ha resistido a toda explicación, a pesar de que año tras año los «arqueocriminalistas» aparecen diciendo que han resuelto el misterio de Nazca. La ciencia —en Nazca, la arqueología— intenta aplicar, de forma artificial, el conocimiento y el pensamiento moderno a las personas que vivieron hace mucho tiempo y cuya visión del mundo no era la que nosotros tenemos. Estamos enamorados de nosotros mismo y por eso damos por hecho que somos astutos, ingeniosos y que fuimos bendecidos con el don de la perspicacia. Creemos que la metodología científica nos conduce irremediabilmente al cielo del conocimiento. De esta forma, durante milenios han surgido teorías sobre Nazca, especulaciones, locuras y comentarios disparatados acerca de Nazca que al final no han revelado nada definitivo. Nazca es igual que una máquina del tiempo en el pasado de la humanidad. El que se acerca a Nazca tiene que cambiar su modo de pensar —es cierto que el esquema arqueológico proyecta verdades a la superficie; medioverdades.

En la primavera de 1927, el arqueólogo peruano Toribio Mejia Zesspe estaban trabajando en una pequeña parte de uno de los lados del valle del río Nazca. Trepó cuesta hacia arriba y, mientras hacía una pausa para tomar aliento, miró hacia abajo a la pampa. Algo le pareció raro. Allí, en la zona desértica negruzca y marrón que había debajo de donde él estaba, había dibujadas líneas totalmente rectas. Tan solo pasados trece años, después de que hubiera medido con pasos la distancia de las curiosas líneas, Toribio Mejia Zesspe escribió un artículo sobre sus descubrimientos [110]. En junio de 1941, el historiador neoyorquino Paul Kosok sobrevoló Nazca con un avión deportivo. Desde arriba avistó numerosas «Pistas», «Líneas» y «Espirales». Su artículo sobre aquello no se publicó hasta 1947 [111].

Entretanto, la geógrafa y matemática alemana, la doctora Maria Reiche, había volado a Perú desde Dresden. La señora Reiche no sabía nada de las líneas de Nazca, a ella lo que le interesaba eran las conexiones con el calendario que tienen muchos lugares que servían de observatorios del Sol. Por casualidad conoció a Paul Kosok, quien le informó entusiasmado sobre las marcas tan curiosas que había en el suelo. Así, Maria Reiche empezó a ocupar su tiempo con Nazca, al principio solo de forma parcial. Pero pronto quedó fascinada por las imágenes del suelo. Junto a Paul Kosok, la doctora Maria Reiche publicó en la revista especializada *Archaeology* un largo artículo sobre aquella meseta [112].

Durante los años siguientes, Maria Reiche se obstinó con Nazca. La investigación del altiplano desértico se convirtió en toda su vida y durante años intentó desentrañar su misterio. Por aquel entonces, Maria Reiche incluso llegó a comparar algunas de las «pistas» con un aeropuerto. Cita: «De pronto las personas a bordo del avión descubren triángulos y cuadrados de enormes dimensiones que parecen haber sido trazadas con una regla y que rodean zonas diáfanas. Se podría pensar que estas zonas son aeropuertos» [113].

Cuando yo escribí lo mismo en 1967 —en un momento en el que todavía no había aparecido el libro de la señora Reiche— fui duramente criticado [114]. Desde aquello, en todos los medios de comunicación posibles se ponen frases en mis labios que yo nunca publiqué, ni dije en ninguna parte. De forma intencionada, algunas publicaciones que se las dan de serias, extienden cosas sin sentido totalmente inconcebibles. Esto es un ejemplo que se repite por sistema y que hace que se citen de forma incorrecta las palabras de alguien y después pululen por los archivos de prensa para volver a ser citadas incorrectamente de nuevo.

Además de eso, muchas publicaciones que dejan mucho que desear, e incluso son científicas, pregonan a los cuatro vientos con total indignación que yo he afirmado que la superficie de Nazca era «la estación de las naves extraterrestres» [115]. Ninguna de las personas que han tergiversado mis palabras ha leído mis libros [116,

117], y ni si quiera mi libro sobre Nazca *El retorno de los dioses*^[24]. Si los hubieran leído y hubieran seguido difundiendo las mentiras de siempre, tendría que culpar al que las escribe. Uno toma informaciones falsas de otro y además introduce nuevas hipótesis. Este es el motivo —perdónenme ustedes— por el que ya no puedo tomarme en serio a ninguno de estos autores científicos que escriben sobre Nazca.

La doctora Maria Reiche no encontró la respuesta de Nazca. Cuando falleció hace algunos años, siendo muy querida por todos, la dotada dama afirmó que quizá Nazca tenía alguna relación con los chamanes o los espíritus.

Abundan las teorías sobre Nazca; yo las enumero todas en mi libro sobre Nazca y por eso en este punto prescindo de poner las fuentes bibliográficas exactas [118]. Aquí estás las teorías más corrientes; Nazca fue/fueron:

- Un calendario astronómico.
- Signos tribales de los indios.
- Un lugar de culto para los dioses del agua.
- Un lugar de culto para los dioses de las montañas.
- Un culto a la agricultura.
- Parcelas de cultivo.
- Marcas que delimitaban fronteras.
- Rediles para animales.
- Caminos para actividades sacrales.
- Caminos para las procesiones.
- Informaciones geométricas.
- Un lugar para los trabajos ceremoniales.
- Copias de visiones.
- Una taller colosal de tejedores.
- Un mapa.
- Un atlas cultural.
- Un santuario preincaico.

- Un punto prehistórico desde el que despegaban globos.
- Una orgía de cultos de todo tipo.

De esta forma, en Nazca se llevan a cabo trabajos arqueológicos laboriosos que cada dos años alimentan con nuevas respuestas la literatura especializada. ¿Qué hacen verdaderamente los arqueólogos y sus sudorosos estudiantes?

Hacen lo que tienen que hacer: excavar. Se trata de un trabajo científicamente impoluto, y los que participan en él son, por lo general, pequeños equipos de personas que, sin excepción, son íntegras y honradas. Su trabajo consiste en estratificar las rocas, buscar huesos, pequeñas paredes, textiles, cerámica o maderos. Se hace una recopilación, se ordena, se compara y se data. Al final se sacan conclusiones —que suelen provenir de los que dirigen las excavaciones— y estas, procedentes directas de la escuela clásica de la arqueología, se introducen en el juego perturbador de Nazca.

Ahora los arqueólogos viven de los escombros. Su visión es la de un mundo en evolución. Una cosa siempre da lugar a otra. De relativamente pocos fragmentos se sacan conclusiones y estas se aplican a las líneas de Nazca y Palpa. Otras cuestiones que estén detrás de las cuestiones son superfluas e indeseables. Si existen dudas, se ridiculizan. Las refutaciones de los estudiantes carecen de trascendencia para el profesor. Los conocimientos superficiales se convierten en conocimientos definitivos y estos les son impuestos a la siguiente generación de estudiantes. Y pronto estas opiniones se consolidan en todas las mentes de los científicos y de los periodistas.

¿Qué podemos hacer para impedir esto? Afortunadamente, todavía existen científicos que, provistos de aparatos de medición, fundamentan sus teorías en las mediciones registradas y no en cualquier ideología. Yo sabía que el profesor doctor Gunther Reppchen, de la *Hochschule für Technik und Wirtschaft Dresden* (HTW-Dresden^[25]), venía efectuando, desde mediados de los años 90, mediciones precisas en Nazca. El profesor Reppchen es el

director del Departamento de Geodesia y Cartografía, y Nazca se había convertido en «objeto de estudio» para los científicos de Dresde, porque la señora Maria Reiche nació en esta ciudad. El equipo de científicos de Dresde se propuso reproducir todas las figuras y líneas de Nazca en un modelo digital del terreno.

El profesor doctor Reppchen y yo nos reunimos por primera vez en Dresde, en la Universidad donde trabaja y donde se presentaba una exposición sobre Nazca. Este experto, con aspecto serio y cuyo pasatiempo favorito es investigar la Antártida, tiene poco que decir acerca de los extraterrestres pero mucho acerca de mediciones exactas. En un segundo encuentro, le pregunté si su facultad estaría dispuesta a asumir un encargo de investigación sobre Nazca que tenía poco que ver con la arqueología tradicional. Finalmente, extraje algunas imágenes reseñables de mi archivo de Nazca, tengo unas 5000, y comencé a marcar en rojo zonas concretas. A continuación le hice algunas preguntas que un arqueólogo nunca haría por considerarlas innecesarias:

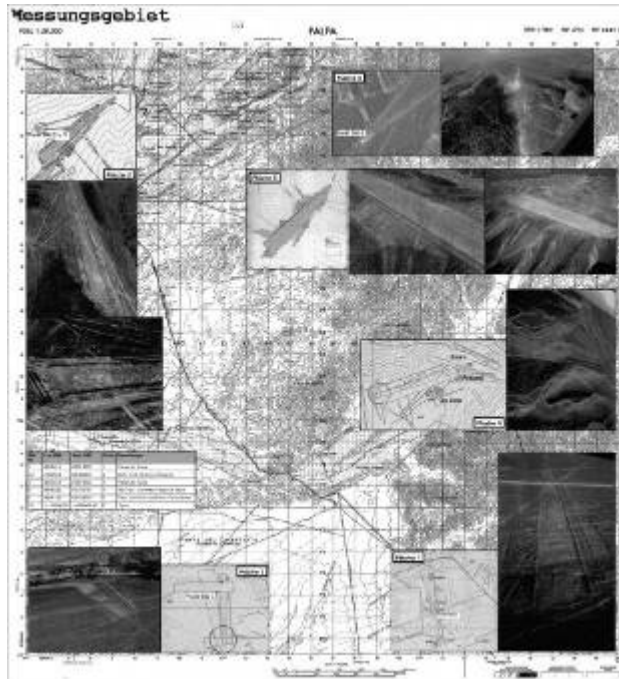
- ¿La estrecha línea en zigzag que se observa en la imagen pasa realmente por debajo de la «Pista» o se trata de un efecto óptico?
- ¿Las finas líneas que solo miden aproximadamente un metro están hechas del mismo material que las «Pistas» o se trata de una superficie excavada?
- ¿Se puede identificar en torno a las líneas, las «Pistas» y los cantos rodados algún cambio en el campo magnético, concretamente en las intersecciones, y en comparación con el desierto sin líneas?
- ¿Existen irregularidades en la conductividad eléctrica del suelo si comparamos las «Pistas» con los alrededores?
- ¿Se puede medir la radiactividad?
- ¿Existe algo en este terreno que no se encuentre habitualmente, como minerales, metales, oro, mica, etc.?

- ¿Podemos identificar si las diferentes «Pistas», y en particular las que se cruzan, proceden de épocas distintas?



Debajo de la pista más ancha puede apreciarse la línea en zigzag.

Etc... etc. Todas mis preguntas estaban relacionadas con la ciencia exacta y conmensurable. El profesor Reppchen enseguida se dio cuenta de que se trataba de una investigación interdisciplinaria y que había que integrar en el proceso a una universidad peruana. Aunque solo fuera para obtener los permisos. La zona de Nazca ha sido declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. No se puede entrar, y mucho menos hacer mediciones sin autorización. De esta manera se forjó una red de científicos de varias universidades, cada uno especialista en su propio campo de investigación. A la cabeza, estaba la doctora Kerstin Hartsch, una geóloga de renombre que consideraba que indagar cuestiones fuera de lo convencional la enriquecía profesionalmente.



Los instrumentos de medición mostraron anomalías eléctricas.

La Fundación Erich von Däniken promovió esta iniciativa y asumió la financiación del proyecto de investigación. La HTW de Dresde se asoció con la Universidad Católica del Perú (PUCP). Era crucial contar con los permisos necesarios para poder investigar *in situ*. Estos fueron otorgados, gracias al respaldo parcial de la Embajada de Alemania, por el Instituto Nacional de Cultura INC. Durante las investigaciones sobre el terreno estuvo presente un representante del INC y un arqueólogo de la Universidad de Lima. Ambos científicos, incansables, Reppchen y Hartsch, viajaron varias veces a Perú para organizar el rompecabezas. En su labor entraron en juego instrumentos de medición caros y de última generación, los permisos aduaneros, las conversaciones con distintas facultades y especialistas o asuntos más banales como el alojamiento para los estudiantes que participaban.

Nos resultó raro que nadie hasta el momento hubiera realizado mediciones del campo magnético en Nazca ni tampoco análisis geoquímicos o geoelectrónicos. Lo primero que hizo el equipo de investigación fue estudiar la superficie del desierto. ¿Qué tipo de elementos y minerales había? En la llamada «Hamada», nombre

que reciben las zonas compuestas por un material de grano fino y pedregoso, se encontró hierro, magnesio, aluminio, calcio, cobre, oro, plata y, muy a menudo, cerca de los dibujos excavados, arcilla, la materia prima de la cerámica. Nada extraordinario.

En la zona desértica de Nazca se encuentra una extraña montaña; yo la llamo «la montaña cortada», pero los geólogos no lo comparten. Considero que está cortada porque no tiene cima, sino una superficie plana cerca de la punta que no se parece en nada a las montañas de los alrededores. Estas tienen una forma que corresponde a nuestra idea de montaña, con una cima. Debajo de la superficie de «la montaña cortada» se puede reconocer desde del aire una línea en zigzag. Esta montaña con la línea en zigzag debajo de la «Pista» me llamó poderosamente la atención, no tenía nada que ver con el resto. En el extremo sur de la «Pista» sobre la montaña citada, los arqueólogos descubrieron pequeñas construcciones hechas con paredes de piedra. Se las clasificó, como de costumbre, como una especie de lugares ceremoniales. Precisamente en este punto de Nazca, que nunca sabremos si era importante, no le estaba permitido trabajar al equipo de investigación interdisciplinario. El arqueólogo de Bonn doctor Markus Reindel, el mismo que en esta ciudad en el verano de 2007 anunció triunfante que las líneas de Nazca eran claramente vías rituales, prohibió las mediciones. Nos preguntamos qué razón tuvo para hacer esto. Un equipo formado por científicos alemanes e investigadores peruanos de la Universidad Católica de Lima, junto con un representante del Instituto Nacional de Cultura, quiere realizar mediciones en esta zona, y además cuenta con los permisos para hacerlo. A pesar de que estas mediciones son inofensivas y que, en consecuencia, no dañan ni el suelo ni los muros, un arqueólogo alemán prohíbe los trabajos en este lugar. ¿Acaso teme los resultados de las mediciones?

Afortunadamente, las cuestiones que quería resolver no solo afectaban a la «montaña cortada» y las labores del equipo internacional de investigación se orientaron, al menos por el

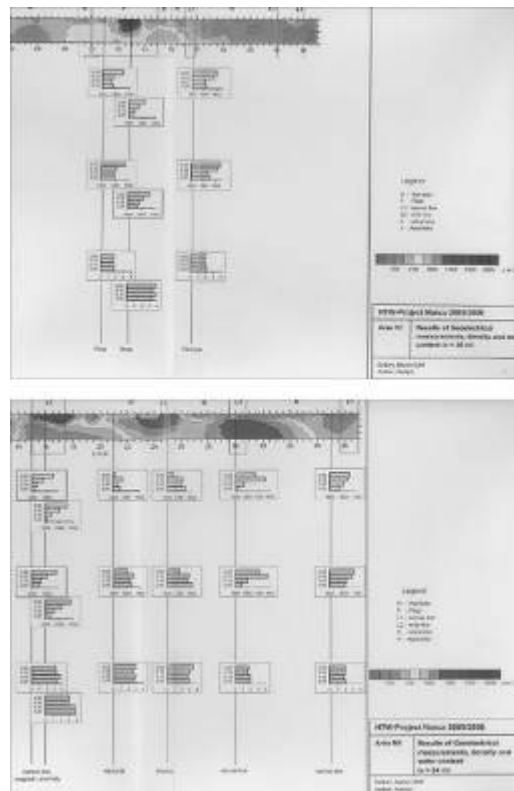
momento, a otras zonas. ¿Existían en los alrededores, y en particular en las «Pistas», irregularidades geoelectricas? La geoelectricidad es la conductividad de la corriente eléctrica en el suelo. Si nos encontramos en un baño que esté húmedo, un impulso de corriente puede ser mortal, en consecuencia, en un desierto la conductividad eléctrica tendría que ser muy débil. Para poder medir esta geoelectricidad se pegan sondas al suelo y se emiten impulsos de corriente alterna muy tenues. Al mismo tiempo se mueven los electrodos, poco a poco, a lo largo del suelo y se mide la resistencia eléctrica. Dependiendo de la distancia en la que se encuentren los electrodos, se puede establecer la resistencia eléctrica hasta una profundidad de dos metros. Y así comenzaron las primeras irregularidades.

Normalmente, la resistencia eléctrica es muy baja en una zona desértica. Esto también ocurría en las áreas desérticas de Nazca. Pero ¡cuidado!, de repente, y al final de una «Pista» o de una «Línea» fina, la medición de la resistencia eléctrica sobrepasó *hasta mil veces* los valores habituales. Esto se puede observar en los puntos de las tablas que se muestran en el libro. Había pasajes en la denominada «Área N4» en los que podía probarse una resistencia eléctrica muy fuerte directamente sobre y en los márgenes de la «Pista». En la «Pampa del Calendario» el centro de la resistencia eléctrica se encontraba dos metros por debajo de la superficie. También podían identificarse anomalías eléctricas y de gran potencia en secciones dispersas, si bien estas no se registraban en la superficie. La causa de estas anomalías no tiene explicación.

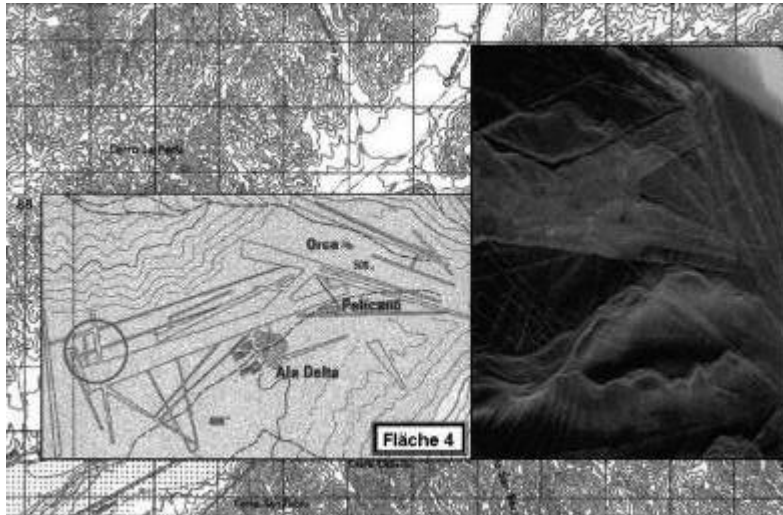
Con mi pregunta me refería a si existen campos magnéticos en puntos muy concretos. La base de las mediciones geomagnéticas es el campo magnético de la Tierra. Para llevarlas a cabo se necesita un magnetómetro de cesio. Los resultados reflejaron una diferencia significativa entre las diversas «Líneas» y la famosa zona. En la «Pampa del Calendario» se descubrió, dentro de una «Pista», una red de anomalías. En la imagen, todos los puntos claros representan una aglomeración de imposibilidades magnéticas. Esto

resultó tan chocante que los aparatos de medición no podían volver a marcar los valores normales. Desconcertante.

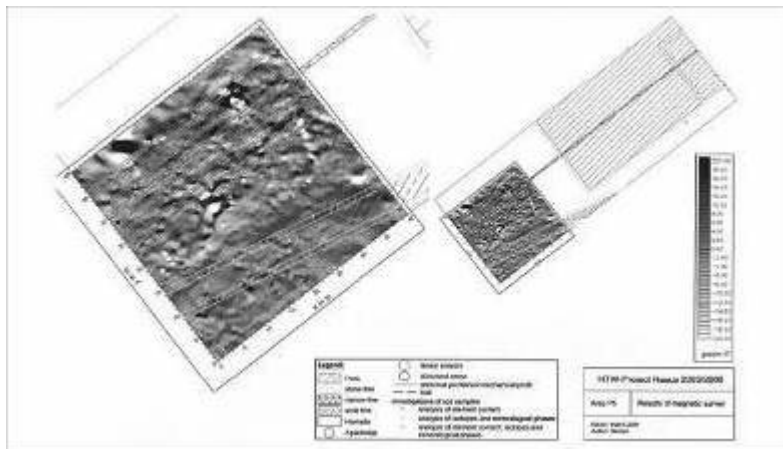
En la zona de medición «Área P2» (Sacramento) aparecieron nuevas anomalías eléctricas, y debajo de las líneas en zigzag se registraron resistencias eléctricas muy elevadas por debajo de la superficie. A pesar de que el arqueólogo doctor Reindel prohibió realizar mediciones en la «montaña cortada», más adelante el equipo de investigadores interdisciplinario consiguió, al menos, fijar sondas de medición en dos lugares. Muy cerca de la línea en zigzag, justo en el extremo de parte sudoeste, se volvieron a registrar perfiles geoelectricos que inmediatamente coincidieron con la línea en zigzag. ¿Realmente no hay nada extraordinario en Nazca? ¿Solo se trata de vías rituales?



Informes de las medidas geoelectricas de las áreas N1 y N4.



Fuertes anomalías eléctricas fueron detectadas en el área N4.
 (Imagen por cortesía de la Fundación Erich Von Däniken, Suiza)



Resultados correspondientes al área P5.

La «Pista» en la «montaña cortada» no cubre toda la superficie de la cumbre. A ambos lados de la «Pista» hay extremos que se cruzan en varios tramos con las líneas en zigzag. Los vértices de estas líneas en zigzag se encuentran justo donde el terreno es irregular. Ahí podemos encontrar surcos de gravilla que se han formado a causa de las escasas precipitaciones. Lógicamente, el agua ha tenido que fluir justo por encima de estas líneas en zigzag para que pudiera formarse una corriente en el extremo del terreno

que arrastraba consigo gravilla. Esto se muestra claramente en las imágenes. ¿Por qué las líneas en zigzag no fueron también arrastradas por la corriente? ¡Que el divino Atahualpa me ayude!

Los canales de erosión, que van desde el terrero irregular donde se encuentran las líneas en zigzag hasta las profundidades, miden más de un metro de ancho. Desde aquí el agua debe haber fluido hasta la superficie cóncava. En esta «montaña cortada» con la «Pista» y las líneas en zigzag, en la que se almacenó el agua antes de que se perdiera en el subsuelo, no debería haber nada más que gravilla. Sin embargo, las imágenes muestran lo contrario. Aquí también podían registrarse anomalías magnéticas nítidas. En el principio (o en el final) de la «Pista» se encontró una construcción rectangular de piedra de 2 metros de ancho y 3,10 metros de largo. Todavía se mantenían las paredes de hasta 92 centímetros de alto. Si lo analizamos desde un punto de vista, esta construcción rectangular solo podía tratarse de una estructura sagrada. Un lugar de peregrinaje o punto donde los sacerdotes celebraban algún ritual. ¿Por qué nadie se pregunta de qué tipo de ceremonias se trata y por qué justo en el comienzo (o en final) de la «Pista»? ¿Qué había de extraordinario en ese punto?

Llegados a este punto, aprovecho para echar por tierra otro sinsentido que se da en la literatura técnica. En este género se suele afirmar que resultó muy fácil crear estas líneas y pistas. Después de todo, el sol brilla desde hace siglos sobre la explanada desértica y, por lo tanto, la parte superior es más oscura que el fondo. Solo hacía falta apartar un poco de arena o unas cuantas piedras para que apareciera el fondo claro [119], [120]. Este fenómeno se da en algunos puntos, yo mismo lo he constatado, pero en otros no puede darse. En el supuesto de que «la montaña cortada» se hubiera formado simplemente raspando la superficie, la línea en zigzag, que está debajo, también tendría que presentar huellas de raspadura. Además, si esto hubiera sido así, los extremos a ambos lados de la «Pista» tendrían que tener el mismo

color, pero no es así. Lo vemos en la foto. ¿Es lógico seguir pensando que solo son vías rituales?

Tanto en como alrededor de Nazca las cosas no son tan sencillas y naturales como deberían serlo y como la gente quiere que sea. Mis preguntas también guardaban relación con la edad de las pistas en la «Pampa de San Ignacio» (Área P5). Hay dos «Pistas» que van en la misma dirección y que se solapan al principio. El equipo de investigación afirmó que la pista a la izquierda del dibujo tenía que ser más antigua que la que aparece a la derecha. Este resultado solo muestra la comparación entre ambas «Pistas» pero no nos da información acerca de su verdadera edad. No obstante, todo el territorio de Nazca tiene que ser, sin lugar a dudas, mucho más antiguo de lo que la arqueología considera. ¿Por qué? Porque varias «Pistas» y «Líneas» en la superficie son casi imperceptibles, sin embargo, existen y se encuentran debajo del terrero irregular.

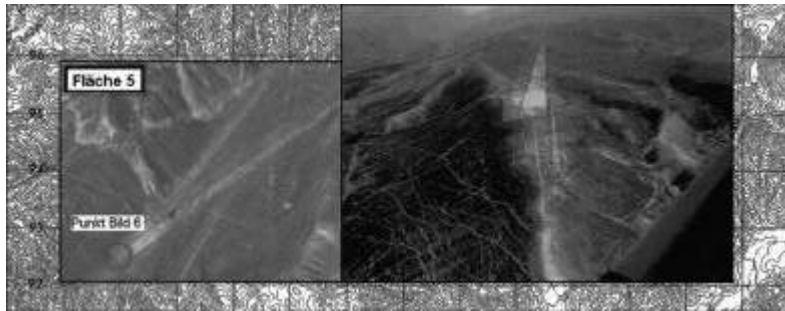
¿Se puede afirmar que no hay nada fuera de lo común en Nazca? ¿Qué pasa con los elementos químicos? Como era de esperar, el equipo de investigación encontró componentes normales. En el caso del arsénico, los contadores comenzaron a vacilar. La concentración de arsénico era de 10 a 17 veces mayor que el índice normal. Esto es altamente tóxico. ¿Con qué fines se usa el arsénico? Hoy en día se mezcla con aleación de plomo para medir la resistencia. Se emplea en la fabricación de circuitos integrados y en la electrónica. Los «semiconductores de arseniuro de galio» juegan un papel importante en la fabricación de componentes de alta frecuencia como circuitos integrados y componentes electrónicos en la tecnología informática. El arsénico también se emplea como diodo emisor de luz o de láser.



¿Puede esta pista ser un camino procesional?

Las concentraciones de arsénico en los puntos donde se realizaron las mediciones eran claramente demasiado altas. Estas son muy distintas a las concentraciones de otros elementos que se encuentran en la zona de Nazca-Palpa registradas en la tabla de promedios.

La geóloga, la doctora Kerstin Hartsch, se percató de algo más. En la Panamericana, la carretera que va de Lima a Chile pasando por la explanada de Nazca, se podían ver, entre las masas oscuras de gravilla, capas que emitían un brillo deslumbrante. Este fenómeno se puede distinguir claramente desde el punto más alto de Sacramento o detrás de la pequeña escuela de Ilipata. ¿Qué era esto? Cuando estuve en Nazca por primera vez, raspé con la navaja la materia blanca, parecida a la sal, esparcida por todo el terreno, y, más tarde, intenté diluirla en agua, primero caliente y después fría, pero sin éxito. Los estudios mineralógicos mostraron la presencia en un 70 por 100 de un material informe que no estaba compuesto por minerales arcillosos. Un análisis con el microscopio electrónico de barrido mostró unas estructuras vidriosas que únicamente se forman cuando la materia prima disminuye de temperatura muy rápidamente. ¿Cómo es posible? ¿No hay misterios por descubrir en Nazca?



Área P5. La pista de la izquierda es mucho más antigua que la de la derecha. (Imagen por cortesía de la Fundación Erich von Däniken, Suiza)



Las pistas solo son visibles desde el aire. ¿Quién supuso que pudieran verse alguna vez?

El informe científico del equipo de investigación germano-peruano sacó las siguientes conclusiones:

- En comparación con el entorno virgen, los resultados de las mediciones magnéticas mostraron diferencias claras entre las líneas y las pistas y el terreno de alrededor sin ellas.
- Las mediciones geoeléctricas registraron, sin margen de error, anomalías hasta dos metros por debajo de los geoglifos.
- En el entorno geológico de Palpa/Nazca podemos encontrar una alta presencia de arsénico en los sedimentos.
- En cascajales concretos cercanos a Palpa se encontró un material blanquecino que está compuesto principalmente por cristal. No se ha podido averiguar el origen de este material.

¿Es realmente tan sencillo el mundo desde el punto de vista de la arqueología? ¿No hay nada misterioso en todo esto? ¿Existe algo que todavía esté sin aclarar? Los hombres crearon enormes vías rituales para honrar a los dioses. ¡De acuerdo, no tengo nada en contra de que construyeran estas vías para venerar a los dioses! Pero quiero recalcar que las «Pistas» de Nazca y Palpa terminan de forma abrupta. ¿Dónde están los senderos por los que deberían llegar a estas vías espirituales? Los fieles debieron llegar por algún camino. ¿Y cómo pudieron subir la montaña en vertical? ¿Cuáles eran los dioses venerados y para qué clase de dioses se excavaban dibujos en el suelo que pueden verse, excepto algunas excepciones, desde el cielo? ¿Me explico con suficiente claridad?

Aquellos que no conozcan la literatura de la India, en la que se describen los distintos objetos volantes que recibían el nombre de «vimanas», que no sepan nada acerca del objeto volante del rey Salomón, ni tampoco de Ezequiel y su detallada descripción de una nave extraterrestre, ni entiendan nada acerca de «perlas del cielo» tibetanas o las «barcas de los dioses» egipcias, no pueden hacer juicios de valor sobre Nazca. No deberían hacerse valoraciones infundadas de un lugar tan maravilloso como Nazca, ya que, tarde o temprano, uno hace el ridículo. Y para terminar, quiero añadir que en mis libros no consta en ninguna parte que las «Pistas de aterrizaje» de Nazca sean obra de los extraterrestres y que utilizaran esta zona como «aeropuerto para sus naves».

El hombre es mucho más complicado que su pensamiento.

(Paul Valery, 1871-1945)

Bibliografía

[1] «Das geheimste Buch der Welt», en PM. *Peter Mosleitners Magazin*, febrero, 2007.

[2] Kennedy, Gerry, & Churchill, Rob: *Der Voynich-Code*, Berlín, 2005.

[3] Voynich, Wilfried, Michael: «A Preliminary Sketch of the History of the Roger Bacon Cipher Manuscript», de *Transactions of the College of Physicians of Philadelphia*, volumen 43, 1921.

[4] Gawsewitch, Jean-Claude: *Le Code Voynich*, Yale, Estados Unidos, 2005.

[5] Bacon, Roger: *Epistola de secretis deinstrumentis artificionis mirabilibus artis et de natura operibus*, I, cap. 4.

[6] Geiles, Herbert: «Spuren der Luftfahrt im alten China», en *Astronomische Zeitschrift*, Hamburgo, N.º 9, 1917.

[7] Laufer, Berthold: «The Prehistory of Aviation», en *Field Museum of Natural History, Anthropological Series*, vol, XVIII, N.º 1, Chicago, 1928.

[8] Kanjilal, Dileep, Kumar, Prol, doctor: «Fliegende Maschinen im alten Indien», extracto tomado de Däniken, Erich, von: *Habe ich mich geirrt*, 1985.

[9] Kebra Negest, die Heiligkeit der Könige. *Abhandlungen der Philosophischphilologischen Klasse der Königlich Bayrischen Akademie der Wissenschaften*. Hersg. Carl Bezold, vol. 23, departamento 1, Múnich, 1905.

[10] Kulke, Ulli: «Geheime Botschaften aus dem Mittelalter», en *Die Welt*, 10 de marzo de 2007.

[11] Delitzsch, Friedrich: *Die grosse Täuschung*, Stuttgart, 1921.

[12] Pouwels, Louis y Bergier, Jacques: *Die Entdeckung des ewigen Menschen*, Berna/München, s. a.

[13] Lechtman, Heather: «Vorkolumbianische Oberflächenveredlung von Metall», en *Spektrum der Wissenschaft*, agosto 1984.

[14] Schleiermacher, F.: *Platons Werke*, Erster Band, Berlín, 1804

[15] Berdyczweski, M. J. (Bin Gorion): *Die Sagen der Juden von der Urzeit*, Fráncfort del Meno, 1913.

[16] Oberg, James, Edward: *New Earths - Restructuring Earth and Other Planets*, Nueva York, 1981.

[17] Eisenmenger, J.: *Entdecktes Judentum*, Königsberg, 1711.

[18] Bergmann, J.: *Die Legenden der Juden*, Berlín, 1919.

[19] Aram, Kurt: *Magie und Zauberei in der alten Welt*, Berlín, 1927.

[20] Grünwedel, A.: *Mythologie des Buddhismus in Tibet und in der Mongolei*, Leipzig, 1900.

[21] Wahrmund, Adolf : *Diodor's von Sicilien, Geschichts-Bibliothek*, libro 1, Stuttgart, 1866.

[22] *Die Heilige Schrift des Alten und des Neuen Testaments. Württembergische Bibelanstalt*, Stuttgart, 1072.

[23] Al-Makrizi: *Das Pyramidenkapitel nin al-Makrizis «Hitat»*, traducido por E. Graefe, Leipzig, 1911.

[24] Schmökel, Hartmut: «Die Himmelfahrt Henochs. Neue Aufschlüsse aus Keilschriften», en FAZ, N.º 159, 12 de julio de 1973.

[25] Kautzsch, Emil: *Die Apokryphen und Pseudepigraphen des Alten Testaments. Band I + II*, Tubinga, 1900.

[26] Messel, Nils: *Der Menschensohn in den Bilderreden des Henochh*, Giessen, 1922.

[27] Hofmann, Helmut: *Das sogenannte hebräische Henochhbuch*, Bonn, 1984.

[28] Riessler, P.: *Altjüdisches Schrifttum ausserhalb der Bibel. Die Apokalypse des Abraham*, Augsburg, 1928.

[29] Ebermann, Oskar: *Sagen der Technik*, Leipzig, 1930.

[30] Schott, Albert: *Das Gilgamesch-Epos*, Stuttgart, 1977.

[31] Bopp, Franz: *Ardschunas Reise zu Indras Himmel*, Berlín, 1824.

[32] Blavatsky, Helene: *Die Geheimlehre, Band I*, Londres, 1888.

[33] Roy, Potrap Chandra: *The Mahabharata*, Calcuta, 1891.

[34] Bonwetsch, Nathanael, G.: *Das sogenannte slavische Henochhbuch*, Leipzig, 1922.

[35] Como fue mencionado anteriormente, la llamada «Redacción más extensa» de los capítulos XXI, 3-XXXII, 12.

[36] Yoshimura, Sakuji u. A.: *Non-Destructive Pyramid Investigation by electromagnetic Wave Method*, Waseda University, Tokio, 1987.

[37] Däniken, Erich, von: *Der Jüngste Tag hat längst begonnen*, Múnich, 1995. (Último capítulo).

[38] Fuchs, C.: «Das Leben Adam und Evas», en *Die Apokryphen und Pseudepigraphen des Alten Testaments*, Band II, Hildesheim, 1962.

[39] Agrest, Matest, M.: «The historical evidence of Paleocontacts», en *Ancient Skies*, vol 20, N.º 6, Highland Park, Illinois, 1994.

[40] Däniken, Erich, von: *Der Götter-Schock*, Múnich, 1992.

[41] Hoerner S.+ Schaifers, K.(Hersg.): *Meyers Handbuch über das Weltall*, 1067.

[42] Kanjilal, Dileep, Kumar: *Vimanas in Ancient India*, Calcuta, 1985.

[43] Burrows, M.: *Mehr Klarheit über die Schriftrollen*, Múnich, 1958.

[44] Berdyczweski, M. J. (Bin Gorion): *Die Sagen der Juden von der Urzeit*, Fráncfort, 1913.

[45] Apelt, Otto: *Platon — sämtliche Werke. Band VII, Gesetze*, 1988.

[46] Gaius Plinius Secundus: *Die Naturgeschichte*, traducido por el Dr. G. C. Wittstein, 1. Band, Leipzig, 1881.

[47] Bürgin, Luc: *Geheimnisvolle Archäologie*, Múnich, 1998.

[48] Bürgin, Luc: *Rätsel der Archäologie*, Múnich, 2003.

[49] Landmann, Erhard: «Das so genannte Voynich Manuskript. Eine wissenschaftliche Abhandlung», en *Magazin 2000 Plus*, N.º 233.

[50] Däniken, von, Erich: *Aussaat und Kosmo*, Dusseldorf, 1972 (en su traducción al español: *El oro de los dioses*).

[51] Blinkhorn, Jorge, E.: «Un verdadero mundo subterráneo en América», en *El Telégrafo*, 28 de septiembre de 1969, Guayaquil.

[52] *Wir fanden die Wiege der Menschheit. Exklusiv-Bericht von der «Expedition Moricz 1969»*, La Plata Ruf, Buenos Aires, diciembre, 1969.

[53] *Vistazo*, diciembre 1969, Guayaquil.

[54] *Das Buch Mormon*, Edición 16, 1966.

[55] Däniken, von, Erich: *Strategie der Götter*, Düsseldorf, 1982.

[56] Lambert, Wilfried G, y Millard, Alan Ralph: *Atra-Hasis, the Babylonian Story of Oxford*, 1970.

[57] Sitchin, Zecharia: *Der zwölfte Planet*, Zug, 1979.

[58] Cordan, Wolfgang: *Das Buch des Rates Popol Vuh - Schöpfungsmythos und Wanderung der Quiché-Maya*, Düsseldorf, 1962.

[59] Honoré, Pierre: *Ich fand den weissen Gott*, Fráncfort, 1965.

[60] Falconi, Gustavo, L. Dr.: *Escritura. Protocolización de la Denuncia*. Presentada por el Señor Juan Moricz, Guayaquil, 21 de julio de 1969. (EvD Archivo N.º 0232).

[61] Utermann, Utz: *Carta al señor Erwin Barth von Wehrenalp*, Editorial Econ, Düsseldorf, del 7 de octubre de 1972. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[62] Carta de Erich von Däniken al señor Blumenschein, redactor de la revista Stern, Hamburgo, el 17 de septiembre de 1972. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[63] Carta de Ramón G. Peña del 12 de septiembre a Erich von Däniken. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[64] Carta de la señora Pia Buob, Eigenvasenstrasse 14, Zurich, para Erich von Däniken el 22 de octubre de 1972.

[65] Carta Erwin Barth von Wehrenalp, Editorial Econ, Dusseldorf, al profesor doctor Udo Oberem, Universidad de Bonn del 27 de septiembre de 1972 (EvD Archivo N.º 0238/ Documentación Econ.)

[66] Carta del profesor doctor Udo Oberem al señor E. v. Wehrenalp, del 12 de octubre de 1972. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[67] Carta de Erwin Barth von Wehrenalp a su Excelencia, el embajador de Ecuador, el profesor doctor Ramón Burneo, del 6 de octubre de 1972 (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[68] Carta del embajador de Ecuador en Alemania, señor profesor doctor Ramón Burneo, al señor Von Wehrenalp, del 18 de octubre de 1972. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[69] Carta de Erich von Däniken a los señores Peña y Moricz sobre el lugar Peña, Guayaquil, del 11 de noviembre de 1972. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[70] Carta de Erich von Däniken a los señores Peña y Moricz sobre el lugar Peña, Guayaquil, del 29 de diciembre de 1972. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[71] Carta de Erich von Däniken a Erwin Barth von Wehrenalp, Editorial Econ, Dusseldorf, del 7 de enero de 1973 (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[72] Carta del abogado doctor G. Peña a Erich von Däniken del 26 de enero de 1973. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[73] Documento de los participantes en la «Expedición de 1969». Firmada de puño y letra por todos los participantes. (EvD Archivo, N.º 0232).

[74] Carta de Erich von Däniken al abogado Peña, Guayaquil, del 1 de febrero de 1973. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[75] Carta de James B. Mobley de Media Associates Company, Los Ángeles, a Erich von Däniken del 5 de marzo de 1973. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación Econ.)

[76] Carta de Erich von Däniken al doctor M. Peña, Guayaquil, del 16 de marzo de 1973. (EvD Archivo, N.º 0238/Documentación

Econ.)

[77] Thompson, Ron: «Mystery of Ecuador's secret Treasure», artículo de revista del 17 de junio de 1973 (EvD Archivo, N.º 0095).

[78] Artículo de la revista del 3 de agosto de 1976 en *El Universo*, Guayaquil, Juan Moricz realizaría nueva expedición a Cueva de Tayos.

[79] Artículo de revista del 6 de agosto de 1976 en *El Universo*, Guayaquil: Pueden tildarme de loco, pero hay seres superiores bajo la tierra. Y otros artículos diversos EvD, N.º 02699). Archivo EvD, N.º 02699).

[80] Carta de Erich von Däniken a Neil Armstrong, Cincinnati, el 18 de febrero de 1977. (Archivo EvD, N.º 01752).

[81] Carta de Neil A. Armstrong, profesor de Aeronáutica Espacial de la Universidad de Cincinnati a Erich von Däniken del 24 de febrero de 1977. (EvD Archivo, N.º 01752).

[82] Artículo de revista en *Westdeutschen Allgemeinen Zeitung*, del 20 de octubre de 1982: Auf den Spuren nach den Wesen vom anderen Stern.

[83] Kaufhold, Peter: *Von den Göttern verlassen*, 1983.

[84] Däniken, Erich, von: *Meine Welt in Bildern*, Düsseldorf, 1973.

[85] Carta del profesor doctor Gebhardt a Erich von Däniken, del 29 de noviembre de 1972 (Archivo EvD, N.º 0238, Documentación Econ).

[86] Artículo de la profesora doctora Haeter Lechtmann en *Spektrum der Wissenschaft*, agosto, 1984.

[87] Berlitz, Charles: *Geheimnisse versunkener Welten*, Fráncfort, 1973.

[88] Borges, Alberto: «La cueva de los Tayos. Entrada a una civilización subterránea», *Vistazo*, Guayaquil, julio, 1976.

[89] Diversas expediciones escritas por numerosos autores en: *Boletín Histórico*. Publ. del Órgano de la Dirección de Historia y Geografía Militares del Estado Mayor Conjunto de la FF. AA. Ecuatoriano, año 1, N.º 3, julio 1977. Así como continuaciones en el mismo boletín (Archivo EvD N.º 03149).

[90] Hall, Stan: *Tayos Gold. The Archives of Atlantis*, 2005. (Se puede solicitar en: @BookSurge.com).

[91] Véase: <http://www.goldlibrary.com>.

[92] Das Buch Mormon. 16. Aufl. Kirche Jesu Christi der Heiligen der Letzten Tage.

[93] Däniken, von, Erich: *Die Götter waren Astronauten*, München, 2001.

[94] Kebra Nagast, *Die Herrlichkeit der Könige; Abhandlungen der Philosophisch-philologischen Klasse der Königlich Bayerischen Akademie der Wissenschaften*. Herg, Carl Bezold, 23. Band, departamento 1, München, 1905.

[95] «Stinkbomben in Atomlagern», en *Der Spiegel*, 1981, N.º 51.

[96] «Atomzeitalter», en *Spiegel Special*, 1995, N.º 61.

[97] Posner, Roland: *Warnungen an die ferne Zukunft - Atommüll als Kommunikationsproblem*, München, 1990.

[98] «Indianer prophezeien den Untergang des weißen Mannes», en *Weser-Kurier*, 21 de enero de 1980.

[99] The New York Times, 25 de febrero de 1957.

[100] Cerf, Christopher, y Navasky, Victor: *The Experts Speak*, Nueva York, 1984.

[101] Ptolemäus: *Almagast*, Cambridge, 1974.

[102] Bracewell, R. N.: *The Galactic Club. Intelligent life in Outer Space*, San Francisco, 1975.

[103] Deardorff, J. W.: «Examination of the Embargo Hypothesis as an Explanation for the great Silence», tomado de *Journal of the British Interplanetary Society*, 40, 1987.

[104] — «Possible Extraterrestrial Strategy for Earth», *Quarterly Journal of the Royal Astronomical Society*, N.º 27, 1986.

[105] Wedemeyer, Inge, von: *Sonnengott und Sonnenmenschen*, Tübinga, 1970.

[106] Volkrodt, Wolfgang: *Es war ganz anders: Die intelligente Technik der Vorzeit*, München, 1991.

[107] Küng, Hans: *Unfehlbar? Eine unerledigte Anfrage*, Zürich 1989 (y otros libros del mismo autor).

[108] Drewermann, Eugen: *Der sechste Tag. Die Herkunft des Menschen und die Frage nach Gott*, Zürich, 1998.

[109] Deschner, Karlheinz: *Das Kreuz mit der Kirche*, Düsseldorf 1974 (y otros títulos del mismo autor).

[110] Blumrich, Joseph: *Da tat sich der Himmel auf. Die Begegnungen des Propheten Ezechiel mit außerirdischer Intelligenz*, Rottenburgo, 2003 (en inglés: *The spaceships of Ezechiel*, Nueva York, 1974).

[111] Hilmar Prganatz: «Das Geheimnis von Nazca ist gelüftet», *FAZ* del 14 de julio de 2007, N.º 161, página 9.

[112] Toribio Mejia Zesspe: *Acueductos y caminos de la hoya del Río Grande en Nazca*. Actas y Trabajos Científicos del XXVII Congreso 1939, vol 1, Congreso Internacional de Americanistas, Lima, págs. 559-569, 1940.

[113] Kosok, Paul: «The Mysterious Markings of Nazca», en *Natural History*, vol. LVI, 1947.

[114] Kosok, Paul y Reiche, Maria: «Ancient Drawings on the Desert of Peru», en *Archaeology*, vol II, 1949.

[115] Reiche, Maria: *Geheimnis der Wüste*, Stuttgart, s. a.

[116] Däniken, Erich, von: *Erinnerungen an die Zukunft*, Düsseldorf, 1968.

[117] Légare, Felix: «Les Lines de Nazca. Trop belles pour être vrais», *La Revue Québec Science*, 1995.

[118] Däniken, Erich, von: *Meine Welt in Bildern*, Düsseldorf, 1973.

[119] — *Habe ich mich geirrt?*, Múnich, 1985.

[120] — *Zeichen für die Ewigkeit*, Múnich, 1997.

[121] Kern, Hermann, y otros relacionados con Maria Reiche: *Peruanische Erdzeichen*, Múnich, 1974.

[122] Silvermann, Helaine: «Beyond the Pampa: The Geoglyphs in the Valleys of Nazca», en *National Geographic Research and Exploration*, 1990, páginas 435-456.

[123] Däniken, Erich, von: *Die Götter waren Astronauten*, Múnich, 2001, páginas 180-261.

Referencia de las imágenes

- Fotografías 1-5, 26 y 27: Beinecke Library, Universidad de Yale, Estados Unidos.
- Fotografías 6-25, 28-43 y 50: Erich von Däniken, CH-3803, Beatenberg.
- Fotografías 44-47 y 49: Erich von Däniken-Stiftung. CH-3800, Interlaken.

Epílogo

Queridas lectoras, queridos lectores:

Para terminar, me gustaría presentarles la sociedad de *Archäologie, Astronautik y Seti*^[26] —con su abreviatura AAS—. Buscamos nuevas respuestas porque las viejas nos resultan bastante insatisfactorias.

Nuestra meta es aportar pruebas de que se han producido visitas de los extraterrestres a nuestra Tierra en tiempos pasados. Para ello queremos seguir las reglas básicas en lo relativo a cómo se genera el conocimiento científico, pero sin dejarnos limitar por dogmas o paradigmas.

Cada dos meses publicamos la revista *Sagenhafte Zeiten*, revista que remitimos a los socios de AAS. Organizamos conferencias y reuniones a escala nacional e internacional y realizamos viajes de estudios a ciudades de interés arqueológico.

La aportación anual como socio es de aproximadamente 40 euros. Científicos renombrados forman parte de nuestra sociedad, así como otras personalidades de otras profesiones.

Me alegraría que ustedes solicitaran otro tipo de informaciones gratuitas sobre la AAS en la dirección postal:

CH-3803 Beatenberg. Internet AAS.

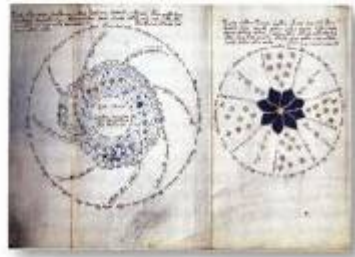
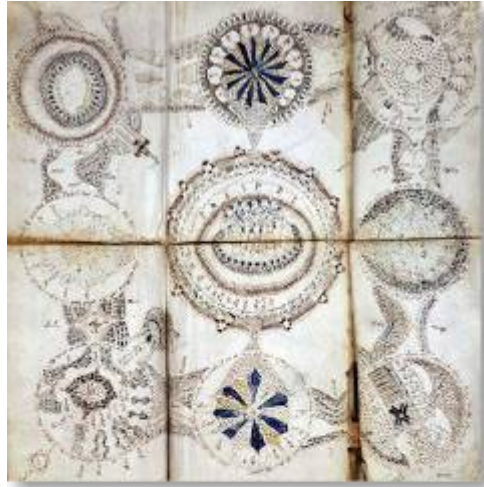
Fotografías



Página del manuscrito Voynich con el dibujo de una planta inidentificable.



Páginas del manuscrito en las que se aprecian tanto sus extraños dibujos como su cuidada e indescifrable escritura.



Algunos elaborados diseños de lo que parece ser cartas astronómicas.



Folio 76 del manuscrito Voynich. (Imagen por cortesía de la Beinecke Library de la Universidad de Yale)



El padre Crespi con algunos objetos de su colección.



Extraños símbolos en una de las piezas. ¿Podemos ver espermatozoides?



Otra curiosa pieza que muestra lo que puede ser algún tipo de escritura.



Una pieza dorada con una figura sorprendente. ¿Un lejano visitante tal vez?



Rostros y seres fantásticos aparecen habitualmente en muchas piezas.



Detalles de la pieza anterior.



Desconocemos todo sobre la edad y el origen de estas piezas.



Animales y símbolos se mezclan en esta cuadrícula.



En la parte superior se aprecia claramente la figura de un elefante. ¿Elefantes en América?



¿Estamos ante una escritura desconocida?



Parte inferior de una pirámide con escritura y de nuevo la figura de un elefante.



Un panel muy trabajado con símbolos mucho más elaborados.



Detalles del panel anterior.



En la cueva la roca parece tallada.



Estela Raimondi de Chavín de Huántar.



El ingeniero Wolfgang Volkrodt cree que estas piezas muestran antiguas máquinas de vapor.



La famosa araña, símbolo de Nazca y ahora mundialmente conocida, solo visible desde el aire.



Las espectaculares líneas de Nazca aún esperan por parte de los arqueólogos una respuesta sobre su origen y finalidad.



ERICH ANTON PAUL VON DÄNIKEN (Zofingen, 14 de abril de 1935) es un escritor suizo en lengua alemana. Es conocido por haber sido una de las primeras personas que han difundido la hipótesis de que la Tierra pudo haber sido visitada por extraterrestres en el pasado.

Es un prolífico escritor; se estima que ha vendido más de 63 millones de ejemplares de sus 26 libros, que han sido traducidos a 32 idiomas. Populariza sus hipótesis a través de sus numerosos libros, vídeos y programas de televisión. Su influencia se ha dejado sentir también en el campo de la ciencia ficción y en el movimiento New Age.

Notas

[¹] Medida de longitud y distancia china equivalente a 644,40 metros.
N. del T. <<

[2] Biblioteca Beinecke de Libros Raros y Manuscritos. N. del T. <<

[3] Término inglés que literalmente significa «dar forma a una tierra» y que se refiere al proceso de hacer habitable un mundo con el fin de vivir en él. N. del T. <<

[4] La cursiva pertenece al autor. <<

[5] La cursiva pertenece al autor. <<

[6] La cursiva pertenece al autor. <<

[7] El libro de Enoc (Edaf, 2005). <<

[8] La cursiva pertenece al autor. <<

[9] La cursiva pertenece al autor. <<

[10] Los nombres de esta lista pueden variar según la versión que usted lea. <<

[11] La cursiva pertenece al autor. <<

[12] La cursiva pertenece al autor. <<

[13] La cursiva pertenece al autor. <<

[14] La cursiva pertenece al autor. <<

[15] Acta para la libertad de información. <<

[16] Publicado como *El oro de los dioses* en español. N. del T. <<

[17] La cursiva pertenece al autor. <<

[18] Segundo canal público de la televisión alemana. Las siglas ZDF significan Zweites Deutsches Fernsehen (segundo canal de televisión). N. del T. <<

[19] Periódico de Colonia. N. del T. <<

[20] Significa *Mi mundo en imágenes*. N. del T. <<

[21] Centro de investigación de materiales en arqueología y etnología. N. del T. <<

[22] Del alemán *Los dioses fueron astronautas*. N. del T. <<

[23] Del alemán *El Club de los Martes*. N. del T. <<

[24] En el original *Zeichen für die Ewigkeit. N. del T.* <<

[25] Escuela Superior de Tecnología y Economía de Dresde. *N. del T.*

<<

[26] Astrología, astronáutica y SETI. El acrónimo inglés SETI significa *Search for ExtraTerrestrial Intelligence* o en español, búsqueda de vida extraterrestre. *N. del T.* <<